

LA
COMPAÑERA
ELEGIDA
DE LA LUNA

JENNIFER EVE

La compañera elegida del Alfa

un romance paranormal de hombres lobo con enemigos a amantes

(Guerras Míticas Alfa)

Jennifer Eve

Copyright © 2024 by Jennifer Eve

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)

Capítulo 1

Kiara

Llevaba días corriendo. La búsqueda de mi madre me había llevado desde Montana hasta los bosques de Colorado, y estaba tan cerca de encontrarla que algunas noches juraba oír su voz surgiendo de la oscuridad. Me estaba esperando, y dondequiera que estuviera, quienquiera que se la hubiera llevado, yo iba a rescatarla.

La última vez que la había visto había sido meses atrás, cuando me ayudó a escapar. Mi hermosa madre, con el pelo ondulado y plateado colgándole de los hombros, agotada y despeinada después de que huyéramos del almacén en el que nos habían encerrado... ésa era la imagen que me impulsaba a seguir adelante. —Kiara —había dicho desesperada mientras los dragones nos buscaban con linternas—, corre, escóndete, no mires atrás. No vengas por mí. Volveré a ti, te lo prometo.

Si hubiera sido más joven, me habría resultado más fácil huir, esconderme y esperar. Pero ahora no; tenía dieciocho años y era mucho más valiente. Huir mientras permitía que mi madre cayera bajo las luces de los dragones buscadores ya era bastante cobarde. Debería haberme quedado a su lado, pero iba a compensarla por haberla dejado atrás.

Los dragones ya me seguían la pista. Deben de haberme descubierto cuando rocé el territorio de lobos más septentrional del Bosque Nacional Gunnison. Pensé que estaría a salvo cruzando estas fronteras, pero en cuanto reconocí el olor del líder de los dragones de Inkscale, Lothair Javier, supe que aquí no encontraría tregua. El lado positivo era que sospechaba que allí estaría mi madre, ya fuera en las garras de los dragones o escondida, no lo sabía, pero lo averiguaría. No era fácil rastrear a un cambiaformas unicornio. No dejaban rastro y podían desaparecer en cuanto les quitabas los ojos de encima. Pero había otras formas de detectar a uno: una inusual sensación de calma, un atractivo magnético. Yo mismo era sensible a la presencia de los unicornios. Bueno... a medias.

Era mitad unicornio, mitad lobo. Y aunque había sido bendecida con los dones de ambos tipos de cambiaformas (un agudo sentido del olfato, magia curativa y la ausencia de un olor a unicornio que me identificara), también estaba maldita con las debilidades de ambos. Mi alergia a la plata

me hacía vulnerable a algunos metales, como a los cambiaformas lobo, y al igual que los unicornios, no podía tocar la sangre fresca, a pesar de mi perpetua hambre carnívora. También seguía teniendo olor a lobo. La diosa de la Luna, Vana, me influía tanto como la diosa del Cielo, Selene, y a veces sufría visiones contradictorias de ambas. Aunque lo intentara, no podía vivir la vida de un humano normal. Mi bestia híbrida estaba en guerra consigo misma. La única sensación de paz que había conocido me la había inculcado mi madre, y desde que me la arrebataron, mi corazón y mi mente se habían agitado. Tenía que encontrarla antes de que el precario equilibrio de mi gracia, mi hambre y mi ira estallara en una tormenta caótica y me destrozara a mí mismo.

Bajo el brillo de las estrellas, corrí hacia el noreste. El hedor a aceite quemado me picaba en la nariz mientras las sombras se agitaban siniestramente a mi alrededor. El chasquido de las ramas delataba la fisicidad de esas sombras: dragones que se lanzaban en mi persecución. Había cometido el error de pasar demasiado tiempo en los límites de este territorio, y ahora los Inkscales sabían que estaba aquí. En el cuerpo de mi bestia, miré por encima del hombro y los vi estrellarse entre los árboles, con sus ojos amarillos clavados en mí. Jadeando, empujé con más fuerza, saltando por encima de un tronco caído. Mis zarpas golpeaban el suelo en un rápido silencio mientras los dragones se agitaban ruidosamente detrás de mí. Mientras uno se tambaleaba y se detenía junto al tronco, el resto que me perseguía trepaba sobre el que estaba atascado, revolcándose unos sobre otros como feroces olas oceánicas. Un par de ellos empezaron a acercarse a mí. Oía sus chirridos cada vez más cerca. Pero no tenía miedo. No era la primera vez que entraba en contacto con los Inkscales; llevaba meses huyendo de ellos. No, lo único que sentía era determinación.

Una sombra eclipsó la luz de las estrellas y una pesada masa se estrelló contra mi trasero. Gruñendo, caí al suelo e inmediatamente me giré para enfrentarme a mi atacante. El pecho del dragón se cernía sobre mí, con los brazos extendidos y unas garras negras y curvadas dispuestas a aferrarme por los flancos. Mostré los dientes y lancé un chasquido al reptil, que no sirvió para disuadirlo. Pronto, los otros que me perseguían estarían sobre mí; no podía perder tiempo. Cuando el dragón se encabritó y abrió las fauces para atraparme, respiré hondo e incliné la cabeza.

El impacto fue inmediato. Luego, un chillido de dolor. Un torrente de sangre caliente.

Con toda la fuerza que pude reunir, sacudí la cabeza de lado a lado, librándome del peso que tenía encima. Un oscuro agujero brillaba en la garganta del dragón. La sangre que corría por mi cara chisporroteaba y manchaba mi pelaje; el dolor era suficiente para hacerme llorar, pero no

me importaba. El dragón se había empalado en el único rasgo físico que había heredado de mi madre: mi cuerno de unicornio en espiral y opalescente, que ahora brillaba de un rojo violento.

Mientras el dragón gorgoteaba y se ahogaba con su sangre, me puse en pie. Los otros Inkscales estaban a unos segundos de caer sobre mí. Eché a correr, pero mi lentitud les había dado ventaja. Los dientes me agarraron por el anca derecha y me rastrillaron hasta el tobillo. Apreté los dientes y corrí con más fuerza a pesar del dolor. Mirando por encima de mi hombro, experimenté un destello de preocupación al ver lo cerca que estaban. Entonces, para mi sorpresa, se detuvieron, rasgando la hierba y tropezando unos con otros.

Debería haberme dado cuenta de por qué se habían detenido, pero sólo sentí alivio.

Hasta que el suelo desapareció bajo mis pies.

De repente, me precipité por el aire, con el corazón saltándome a los pulmones mientras buscaba una explicación a la ingravidez de mi cuerpo. Con los ojos muy abiertos, observé cómo la tierra caía hacia las verdes crestas, cómo el bosque se tambaleaba en la ladera de una montaña a la que no me había dado cuenta de que me acercaba. Entonces, en el lapso del siguiente latido de mi corazón, mi cuerpo chocó con la ladera. La agonía se apoderó de mí y caí rodando por la pendiente, rebotando contra los arbustos y las rocas. Todo a mi alrededor se difuminó mientras descendía. Me pareció que había tardado minutos en caer por la montaña y que cada golpe era un fuego artificial de dolor creciente, cuando en realidad sólo había tardado unos treinta segundos en detenerme en una zona de frondosas zarzas. Me quedé tumbada en un saliente, mareado, mientras miraba hacia arriba, desde donde había caído. La tenue luz de la luna iluminaba a los dragones que miraban por encima del saliente, buscándome. Agitaron las alas y levantaron el vuelo. Pero no debieron de verme, porque se alejaron valle abajo mientras yo permanecía inmóvil, aturdida por la caída.

Cuanto más tiempo permaneciera allí, mayor era la posibilidad de que me encontraran. Serían capaces de oler mi sangre, por no hablar de mi olor a loba. Tenía que moverme.

Con una fuerte inhalación entre los dientes, me incorporé e intenté ponerme en pie. Me temblaban las piernas y las costillas gritaban de dolor. No podría ir muy lejos y, por un momento, pensé que estaba totalmente jodida. No había prestado atención a por dónde corría y eso sería mi muerte. Un momento de ignorancia acabaría con mi vida y con cualquier posibilidad de encontrar y rescatar a mi madre. Pero entonces me fijé en la grieta oscura que había a mi lado.

Había un agujero entre la maraña de raíces bajo un árbol firmemente anclado en la ladera de la montaña. Entré tambaleándome en el agujero, metiéndome todo lo que pude en la oscuridad antes de darme la vuelta y contemplar la noche.

Los Inkscales subían y bajaban por el valle, buscando. Chillaban y siseaban entre ellos, profiriendo ruidos dracónicos de frustración. A lo lejos, me pareció oír un par de ladridos de lupinos. Tal vez fuera mi imaginación. Por lo que sabían los dragones, podría haberme roto los huesos y haber muerto en algún lugar más abajo de la montaña. No podían verme; planeaban por encima de las zarzas saturadas de mi olor, pero no podían aterrizar sin herirse en las espinas y la densa maleza. Lo más probable era que esperasen hasta el amanecer, cuando la luz de su Dios Sol les permitiría distinguirme entre la vegetación. Pero yo no iba a esperar tanto.

Inspirando profundamente, cerré los ojos y me concentré en todas las heridas que había sufrido en los últimos minutos. Mi magia no era lo bastante fuerte como para curarme del todo. La sangre que me manchaba por todas partes -la sangre de dragón en la cara, mi propia sangre filtrándose por el anca esquilada y los cortes y rasguños de la caída- me estaba envenenando poco a poco. Ni siquiera podía lamerme para limpiarme, o sufriría efectos aún peores por ingerir sangre. Pero al menos podía curarme las peores heridas para poder huir de aquí mientras aún estaba oscuro.

Un suave cosquilleo recorrió mi cuerpo. Mi magia había sido invocada desde el pozo de mi cuerno de unicornio y corría por mis venas y se filtraba en mis músculos. La herida de la sien se cerró y dejó de sangrar. Las costillas sobre las que había aterrizado, seguramente fracturadas por el impacto, palpitaban y se calentaban. Otros huesos rotos volvieron a unirse. Mi tobillo, que se había torcido bruscamente, volvió a crujir en su sitio. Aunque sabía que aún tenía que curarme manualmente, al menos ya no sufriría dolores agudos y punzantes cada vez que intentara andar.

Durante largos minutos, permanecí tumbada y dejé que mi magia reparara lo que pudiera. El pesado batir de alas de los dragones se desvaneció lentamente y pude oír sus garras trepando por la ladera de la montaña. Los Inkscales no tardarían en volver; tenía que moverme rápido si quería evitar quedar atrapada aquí.

Me tragué mi agonía y salí del agujero. Con las extremidades aún temblorosas, me arrastré por debajo de las zarzas, soportando su espinosa maraña hasta que salí al otro lado adornado con hojas y ramitas. Luego, con pasos cuidadosos, seguí bajando por la montaña, de vuelta al terreno llano. Me vi obligada a mirar hacia arriba y a mi alrededor, como un ratón siempre alerta ante las garras de las rapaces. De vez en cuando, una sombra voladora cruzaba las estrellas.

Finalmente, llegué al fondo del valle y me arrastré entre los árboles. El sonido de un arroyo era música para mis oídos. Su suave murmullo me hizo avanzar hasta que, por fin, vi la luz de las estrellas brillando en su superficie. Con un suspiro, me detuve al borde del agua, agaché la cabeza y bebí para aliviar la sequedad de mi garganta. Pero la sed no era mi principal preocupación; necesitaba limpiarme la sangre.

El agua helada fue un alivio para mis doloridas patas. Llevaba tanto tiempo corriendo que no me había dado cuenta de lo cansados que tenía los pies y de lo agradable que sería la sensación de adormecimiento.

En el agua, enjuagué todo el repugnante y pegajoso carmesí de mi pelaje. Bañándome bajo las estrellas, sabía que no estaba a salvo. Siempre había ojos sobre mí. Pero, al menos por ese momento, sentí que podía lavar el mal y la corrupción de los dragones que querían matarme. Mi ira se calmó.

Entonces, al otro lado del arroyo, las sombras volvieron a tomar forma.

Nunca podría estar verdaderamente sola.

Capítulo 2

Colt

Habíamos abandonado la Mansión Hexen, pero eso no significaba que pudiera dejar el territorio sin vigilancia. Patrullar mi hogar, realizando las tareas que había hecho desde que era un niño, era lo único que me mantenía cuerdo.

Desde la muerte de mi hermana Catrina, me sentía como una máquina sin alma. ¿O fue la marcha de Billie lo que me lo hizo? Era difícil precisar el suceso exacto que lo había cambiado todo, porque todo había ocurrido en una sucesión tan rápida que no parecía real cuando nos quedamos solos en casa mi padre y yo. Por supuesto, no habíamos estado solos durante mucho tiempo. Los dragones se habían mudado cuando la mansión Hexen se convirtió en su base de operaciones, y los únicos momentos que había pasado a solas habían sido en la seguridad de mi dormitorio, durante las largas noches en las que me preguntaba si algo habría cambiado de haber sido más fuerte, más inteligente, lo bastante valiente para hacer lo correcto. Me gustaba mi soledad, pero incluso eso se estaba volviendo intolerable.

La soledad había convertido mi cabeza en una cámara de eco de pensamientos de culpa, todos gritándome que no debía seguir a mi padre. David Hexen era un mentiroso. Un asesino. Había matado a mi madre, había matado a los padres de Billie y había agredido sexualmente a Billie. David Hexen era un villano, y yo, Colt Hexen, era el único hijo que le quedaba, su heredero de facto. No tenía otra opción que obedecerle. No podía convertirme en uno de los objetivos de mi padre. Mi corazón no podía soportarlo.

Supuse que eso significaba que nunca sería lo bastante fuerte para hacer lo correcto.

¿Podría ser el Alfa que él quería que fuera?

Aparté todos esos pensamientos de mi mente mientras patrullaba el territorio de Dalesbloom. Mi manada de lobos se había convertido en la mayor amenaza de la zona de Gunnison. Aunque habíamos sufrido algunas pérdidas durante los recientes ataques, seguíamos siendo cerca de treinta fuertes, y con al menos doce dragones, seguíamos siendo la fuerza más dominante, imponiéndonos a nuestros enemigos sin remordimientos. Sin embargo, eso no significaba que

fuéramos invencibles; aún había amenazas de las que tenía que protegerme a mí y a mi manada. La Guardia de los Mitos había enviado agentes a nuestro territorio en busca de mí, de mi padre y de otros que habían entrado en su lista de exterminio. Si me encontraban, me matarían. Después de lo que habíamos hecho en casa de los Mundy -matar a Niko y Oslo, robar a Muriel- y después de haber disparado a todo el mundo, sabía que había eliminado cualquier posibilidad de redención a los ojos de los alfas de Grandbay y Eastpeak. Gavin Steele y Everett March me matarían la próxima vez que me vieran. Aislin también lo haría.

La había cagado. Supuse que esa era otra razón por la que tenía que ponerme del lado de mi padre. El perdón era un sueño imposible.

Tenía que defenderme de ellos y proteger a mi manada de su venganza. Por eso esa noche me encontraba en la frontera noreste de Dalesbloom, buscando señales de la Guardia de los Mitos. Mi manada había huido de la Mansión, sabiendo que sería demasiado fácil que la Guardia de los Mitos nos encontrara allí, y nos habíamos refugiado en algún lugar donde no sospechábamos que ellos o las otras dos manadas nos encontraran. Nos esconderíamos allí hasta que mi padre hubiera completado el ritual Lycan con el cuerno de unicornio de Muriel. Aún faltaban un par de semanas para la luna llena, pero después mi padre adoptaría su nueva forma caótica, desataría el caos entre nuestros enemigos y me dejaría a mí para recoger los pedazos. Todos los demás estarían muertos. Pero si teníamos suerte, los que sobrevivieran en Dalesbloom podrían salir de su escondite. Nuestras vidas serían drásticamente diferentes, pero al menos todo habría terminado. Sólo teníamos que esperar hasta entonces.

No esperaba encontrar nada interesante aquella noche. Al cruzarme con los olores de una partida de caza de Inkscale, casi me había desviado para evitarlos hasta que un olor peculiar y desconocido surgió de la hierba. En mi forma de lobo, me detuve y olfateé el suelo, lamiéndome la nariz para refrescar el olor. No reconocí de quién era. Los dragones debieron de pensar que merecía la pena investigar, porque sus olores se mezclaron con el del extraño y estaba claro que habían salido tras él.

Mi deber era asegurarme de que mi territorio estuviera a salvo. Si los Inkscales estaban cazando a otro lobo metamorfo, tenía que saberlo, al menos para llevarle esa información a mi padre. Así que me aventuré tras los olores, trotando rápidamente entre los árboles, preguntándome qué encontraría.

Lothair había mencionado comer lobos antes. Canibalizar a otros cambiaformas. No me sorprendería que los dragones destrozaran y se comieran a algún pobre forastero desventurado

que se encontrara en nuestras fronteras, aunque la idea me hiciera sentir enferma.

A lo lejos, oí cómo se desarrollaba la refriega. Habían encontrado al lobo que seguían. El bosque se llenó de gruñidos y consideré la posibilidad de quedarme atrás hasta que volviera a reinar el silencio, pero me picó la curiosidad. Aceleré el paso a medida que el aire se volvía más denso. El hedor de la sangre y la firma del alquitrán caliente se me anegaron en la garganta. Entrecerré los ojos e intenté ver lo que atacaban, pero sólo pude distinguir un borrón de formas que se agitaban unas sobre otras, los feroces depredadores que se unían para acabar con su presa. Sólo podía distinguir destellos plateados. Estaba tan distraído intentando ver lo que tenía delante que no me fijé en el cadáver hasta que fue demasiado tarde. Al tropezar con el enorme obstáculo, caí y rodé, pero me puse de pie rápidamente y miré con qué había tropezado.

El dragón seguía vivo a duras penas, resollando ruidosamente por un enorme agujero en la garganta.

¿Lo había hecho el lobo? ¿Cómo...?

Tragando saliva, dejé al dragón moribundo para continuar la persecución. No podía hacer nada por el Inkscale y, de todos modos, ni siquiera estaba segura de querer hacer algo. Escudriñando los árboles, divisé a los dragones agrupados más adelante antes de que todos se perdieran de vista. Poco después, me di cuenta de lo que había puesto fin a la persecución. El suelo se desplomó de repente, mientras las montañas orientales se alzaban a mi alrededor. Desde la cornisa, vi a los dragones elevarse, volando por la noche en busca de su presa. Mi cola se elevó sobre mi espalda, balanceándose mientras esperaba a que divisaran a su objetivo, pero no parecían saber adónde se había ido.

Con unos ladridos agudos, llamé su atención. Giraron en el aire y sus guturales vocalizaciones expresaron su frustración. No me correspondía darles órdenes, y estuve a punto de retroceder y dejar que continuaran su caza, pero una punzada de compasión en mi corazón me impulsó a erguirme. Gruñí, instando sin palabras a los dragones a retirarse por el momento. Podía buscar en la ladera de la montaña mejor que ellos mientras estuviera oscuro; mi olfato era más fuerte y, a diferencia de los dragones, yo no era demasiado grande para maniobrar entre los arbustos sin enredarme. Chillaron en señal de protesta, y algunos de ellos siguieron recorriendo la ladera de la montaña hasta que todos retrocedieron, volando por encima de mi cabeza y desapareciendo entre los árboles de los que habían salido. Seguramente para recoger a su camarada caído.

Bajé con cuidado por la ladera de la montaña. El hedor de la sangre ardió con más fuerza en mi

nariz y, con él, identifiqué rasgos que me dijeron más cosas sobre el lobo al que seguía. Era hembra, cercana a mi edad, si no un poco más joven. Y era una loba, sí, pero también había algo más en ella: algo dulce, aireado, inusual. Sentía como si la mitad de su olor fuera de lobo, y la otra mitad estuviera ausente pero aún de algún modo perceptible. No sabía cómo describirlo, aparte de que olía igual que una suave brisa. Ralentizó el ritmo aplastante de mi corazón y aportó claridad a mis pensamientos, como si el olor que estaba siguiendo perteneciera a algo que pudiera reconfortarme.

Eso no puede estar bien. Nada me reconfortaba estos días.

El olor me condujo a una estrecha grieta en la cresta. Dudé fuera del agujero; entonces, acercándome lentamente, me di cuenta de que estaba vacío. Quienquiera que hubiera estado dentro debía de haberse marchado hacía unos instantes. El suelo seguía caliente donde ella yacía, y el aire zumbaba con una sensación de magia. Continué siguiendo el rastro, fortaleciéndome contra las espinas que raspaban mi pelaje. Cuando logré salir, el olor se hizo más intenso y me di cuenta de que se dirigía hacia el arroyo acunado por los acantilados de la montaña. Si no tenía cuidado, el viento podría captar mi olor y alertarla de que me acercaba, así que caminé rodeando el arroyo, tomándome mi tiempo. En la oscuridad, no podía ver nada, pero sabía que ella estaba allí. Siempre al margen de mi conciencia. Aquellos minutos me parecieron una eternidad, obsesionado con ella y con lo que encontraría. Tenía que saberlo.

Finalmente, llegué al otro lado del arroyo. Mi pelaje negro me disimulaba bien entre las sombras. Me escabullí entre los árboles y me detuve en su borde, divisando por fin a la criatura que había estado acechando.

Un pelaje blanco perla colgaba sedosamente de su esbelto cuerpo, pegado a sus músculos y a la curvatura de sus costillas. Sus largas y elegantes patas estaban sumergidas en el arroyo, y su cola estaba adornada con mechones de un tono iluminado por la luna. Parecía irreal, la forma en que llevaba su cuerpo, cómo se bañaba en el agua y barría el carmesí de su pelaje. Pero el detalle más magnífico, lo que la hacía realmente sublime, era el cuerno reluciente que surgía de su frente y captaba la luz de las estrellas con un destello. Gotas de agua ensangrentada rodaban por sus sienes, y por fin comprendí lo que le había hecho a aquel dragón.

Ante mí había una criatura imposible. La imagen de la divinidad: una loba con cuerno de unicornio. Inmediatamente supe que no era una extraña cualquiera. Tenía que ser la hija de Muriel.

Odiaba admitir que mi segundo pensamiento, después de que se me pasara el asombro, fue lo contento que se pondría mi padre conmigo si le devolvía a esta criatura.

Me vio en cuanto salí de las sombras y me acerqué al agua. Su cuerpo se tensó y su cola se levantó. Mi cuerpo reaccionó de la misma manera, el pelaje de obsidiana se erizó mientras clavaba mis ojos en ella. Mis impulsos estaban divididos: quería gemir con deferencia y suplicarle que no huyera, decirle que estaba a salvo, pero también quería abalanzarme sobre ella, rodearle el cuello con los dientes y arrastrarla de vuelta a casa. La horrible tormenta de emociones que había reprimido todo este tiempo se impuso.

Mi ira era irresistible.

Dejarla ir sólo me haría más fracasado, y no podía aceptarlo.

Me lancé a través del arroyo, chapoteando sin cuidado en mi persecución. La híbrida respondió con un gruñido alarmante y, cuando le clavé los dientes en la nuca, balanceó el cuerno para esquivarme. Mis patas resbalaron en las frías piedras del río bajo el agua. Era demasiado rápida para mí, a pesar de las evidentes heridas que tenía en el anca. Me lancé tras ella, hambriento de cualquier sensación de victoria. Había perdido todas las batallas que había librado hasta entonces. Nada me salía bien. Yo quería esto, y debería haber sido fácil, pero a pesar de mis esfuerzos, la loba-unicornio volvió a la orilla mientras yo me arrastraba por el agua, y cuando llegué de nuevo a la hierba, se había desvanecido entre los árboles, dejándome con el fantasma de su olor. Me atormentaba su tentador aroma, el recuerdo de su belleza etérea y la vergüenza de haber intentado hacerle daño.

Jadeando y chorreando, me quedé de pie ante los árboles y miré fijamente a la oscuridad, preguntándome si aquel momento había sido un sueño. No sabía si volvería a verla o si debía contarle a alguien lo ocurrido.

Todo lo que sabía era que la quería. De alguna manera que pudiera curar todo el dolor que había soportado, la quería.

Capítulo 3

Kiara

Sólo tenía minutos para mí antes de que llegara otro cazador furtivo para secuestrarme, esclavizarme o descuartizarme por mi cuerno. Era exasperante que en ningún lugar estuviera a salvo, ni siquiera el tiempo suficiente para lavar la sangre de mi pelaje. El lobo salió de las sombras, tan oscuro como la noche misma, y se zambulló en el río para cazarme. Apenas pude esquivarlo antes de huir; por suerte, me había curado lo suficiente para correr.

Adentrándome en territorio enemigo, debería haber esperado que cada vuelta revelara otra hostilidad. Era tan agotador que apenas podía recuperar el aliento antes de tener que volver a correr. Nadie en este mundo blandía amabilidad hacia mí, sólo las hojas de sus dientes.

Después de todo lo que había pasado esta noche, aquel lobo, el último ser vivo que había visto, se convirtió en el único objetivo de mi ira. Ni siquiera un metamorfo con el que compartía la mitad de mi raza podía dejarme vivir en paz. Por eso, recordaría la cara de aquel lobo, su olor a pino, el color de sus ojos azules como el abismo de un océano. Si lo volvía a ver, le clavaría mi cuerno en la garganta como había hecho con el dragón. No me importaba que su sangre me envenenara. Fuera quien fuera, su recuerdo quedaría impreso para siempre en mí, su falta de piedad merecía el castigo más severo. Estaba tan furiosa en ese momento, mientras huía por el bosque, que no deseaba otra cosa que dar media vuelta y matarlo.

Aunque sólo fuera porque hacerlo pondría en mayor riesgo mi captura, seguí avanzando.

Durante el resto de la noche, me dirigí directamente hacia el norte. Afortunadamente, volví a encontrar el arroyo; viajé por el agua, esperando que diluyera mi olor para que nadie pudiera rastrearme. Seguí avanzando hasta el amanecer, cuando un dolor punzante en los pies me instó a descansar. A la luz dorada de un nuevo día, encontré un mechón de hierba larga entre un bosquecillo de árboles y allí me tiré al suelo, doblando las piernas debajo de mí. Habría sido mejor si hubiera tenido otro agujero donde esconderme, pero estaba demasiado cansada para seguir moviéndome. La zona que me rodeaba era lo bastante abierta como para tener tiempo de sobra para huir si alguien intentaba atacarme. Mientras durmiera con un ojo abierto y sólo durante un par de horas, estaría bien.

Pero había subestimado mi agotamiento. En cuanto recosté la cabeza y cerré los ojos, el sueño se apoderó de mí.

Un bosque de coníferas sin luna se extendía a mi alrededor. La niebla plateada se enroscaba alrededor de mis pies, oliendo dulcemente a rosas mientras el trinar de los insectos llenaba el crepúsculo. Grandes rocas grises pintadas con musgo verde marcaban el camino. Reconocí este lugar.

El sueño se alejó de mí tan delicadamente como la niebla, como una cortina que se desprende de mi espalda cuando me pongo en pie. Caminé entre las rocas, recordando su aroma terroso. En su superficie había marcas oscuras, runas antiguas que deletreaban el nombre de los antiguos dueños de este territorio: la Manada de la Nube Brillante. No podían dejar su huella en el olor, así que la dejaron en grabados primigenios hechos por cuellos diestros. Si uno miraba con suficiente atención, podía ver los microscópicos granos de queratina opalescente desgastados contra la roca. El cuerno de un unicornio era muchas cosas: un faro, un depósito, un instrumento de escritura, un arma. Mi madre me había contado que sus antepasados dejaban sus firmas grabadas en las rocas, y sólo otros unicornios versados en la lengua de Selene, la Diosa del Cielo, o quienes hubieran estudiado nuestra raza serían capaces de interpretarlas. Para cualquier otro, no parecían más que raspaduras glaciares, erosión milenaria.

Reconocí este lugar. Mi madre y yo éramos las últimas de nuestra manada en habitar nuestro territorio genealógico. Nos vimos obligadas a abandonarlo hace meses, pero en el crepúsculo perpetuo de mi sueño, no me cuestioné por qué estaba de nuevo aquí. El lugar al que pertenecía no debía justificar ningún cuestionamiento. Sentí paz al caminar sobre las huellas de mis antepasados.

Mientras caminaba, los sonidos de los insectos se mezclaban y confundían con la sinfonía del bosque en un extraño zumbido. Un millón de voces se entrelazaban entre los árboles como una cinta de gasa. Era extraño, nunca había oído este sonido en el bosque. Seguí el sendero hollado hasta que los árboles empezaron a ralear, y entonces la penumbra se abrió a mi alrededor. Una paleta de rosas y violetas, degradados de tonos de finales de primavera en rico resplandor, eran el telón de fondo de estrellas centelleantes acunadas por nubes algodonosas y añiles. Estos cielos estaban frescos en mi memoria. Estas llanuras abiertas por las que una vez corrí junto a mi madre, nuestro hogar, una extensión infinita de libertad. Mi infancia fue mágica. Este hogar significaba mucho para mi linaje. Mi madre y yo éramos los únicos que quedábamos para protegerlo. Ansiaba volver a él.

Las luciérnagas se agitaban entre mis piernas. Sus lucecitas amarillas parpadeaban y giraban a mi alrededor, juguetonas, místicas, como estrellas danzando en medio de mí. Me encantaron, me asombraron mientras las observaba, hasta que una luciérnaga desapareció ante mis ojos en la incipiente noche. Y poco a poco, todas las luciérnagas desaparecieron. Las sombras las devoraron. Largas alas de cristal vibraron en el aire. De repente, las libélulas inundaron las llanuras, convirtiendo el suave zumbido en un estruendo ensordecedor, y rodeándome de tal manera que no podía ver.

La paz que una vez sentí en mi hogar se vio amenazada.

Corrí para escapar de la nube y me volví hacia el bosque. Los pinos se alzaban más altos de lo que recordaba, proyectando sombras ominosas que me arañaban al pasar. Busqué la familiaridad de las rocas, las runas de mi familia que me protegían, pero el musgo había desaparecido de su superficie. Las antiguas marcas de los unicornios estaban ahora devastadas por profundos tajos. Como si algún monstruo hubiera venido y grabado su nombre sobre el nuestro. El dulce aroma de la rosa se había convertido en el de la podredumbre, un hedor horrible que me obstruía la garganta.

Mi hogar había sido profanado. Era el único lugar seguro que me quedaba, y ahora, en este sueño que se había convertido en pesadilla, ni siquiera la seguridad del hogar podía aliviarme de mis terrores. Algo había salido terriblemente mal.

El enjambre de libélulas me persiguió a través de los árboles, envolviéndome por completo. Volaron hasta mis oídos, se aferraron a mi nariz y me mordieron los ojos. Cuando abrí la boca, se me metieron por la garganta hasta que ya no pude respirar. Agitándome, caí al suelo, sintiendo que me comían por dentro. Se estaban apoderando de mí, taladrándome el cráneo...

Me desperté con un aullido.

Con el corazón acelerado, miré frenéticamente a mi alrededor, sólo para encontrar el bosque quieto y silencioso. El sol ya estaba directamente encima de mí, golpeando mi pálido pelaje y advirtiéndome de que ya había dormido demasiado. La cabeza me latía con fuerza y aún sentía el cuerpo pesado cuando me levanté. Estaba claro que aún necesitaba descansar, pero con las alarmas sonando en mi mente y los músculos tensos por la cautela, no creía que pudiera permitirme quedarme aquí más tiempo. Sin pensarlo, eché a correr de nuevo, sin saber adónde iba, sólo que tenía que moverme.

El sueño me perseguía. Hacía que mi corazón se apretara de añoranza por el hogar que había dejado atrás. Todo lo que quería era volver al antiguo territorio de la manada Brightcloud, donde mi madre y yo siempre habíamos estado a salvo, de vuelta a la cabaña en el bosque donde había crecido. Después de rescatar a mi madre, allí iríamos. La vida volvería a la normalidad y volveríamos a ser felices.

Quizá el susto del sueño me había vuelto descuidada. No prestaba atención a dónde iba, sólo sabía que había continuado hacia el este, y no buscaba olores en el aire, sólo reproducía mis recuerdos de casa. Una vez más, un paso ocioso se convirtió en mi perdición.

En cuanto levanté la pata, el cepo en el que me había metido se tensó alrededor de mi muñeca y tropecé, sin esperar haberme enganchado tan repentinamente. Miré el alambre que rodeaba mi pata delantera, gruñí y tiré, pero no conseguí liberarme. Me apoyé en las ancas e intenté roerlo, pero era demasiado grueso y ni siquiera mi cuerno me ayudó.

Joder. ¡Otra vez! Este no era el lugar para distraerme, pero aquí estaba, sin mirar por dónde caminaba. Y esta vez, no pude salirme del camino del peligro.

En cuestión de minutos, como si de algún modo les hubieran notificado que algo había caído en su trampa, unos cuerpos humanos se materializaron entre los árboles. Me ericé, dando vueltas a mi alrededor y enseñando los dientes. Pero no olían a dragón ni a lobo. Eran humanos, y no humanos cualquiera que se maravillarían ante un lobo con cuernos. Reconocí su olor.

La Guardia de los Mitos.

Cinco humanos armados con rifles negros me rodearon. Un hombre alto, con el pelo ralo y ojos críticos, canosos en las mejillas, se adelantó.

—Relájate —dijo, pero nada en la orden era relajante—. No vamos a hacerte daño. Kiara Vale, ¿verdad?

Con humanos por todos lados, me agazapé y eché las orejas hacia atrás, evocando una mirada de ferocidad. Me tenían acorralado, pero no iba a caer fácilmente.

—Te prometo que no estamos aquí para hacerte daño —dijo el hombre—. Somos la Guardia de los Mitos. Hemos estado intentando recuperar a tu madre, Muriel Vale. Por favor, confía en nosotros.

No me fiaba de nadie. Pero en cuanto pronunció el nombre de mi madre, escondí los dientes y entrecerré los ojos. Tenía razón: mi madre estaba aquí. Muy probablemente en las garras de los dragones. Y estaban intentando salvarla, lo que significaba que podían ser mis aliados. Pero ¿necesitaba la ayuda de alguien? Había llegado hasta aquí sola.

—¿Por qué no te conviertes en humano para que podamos hablar? —preguntó el hombre.

¿Y perder cualquier forma de defensa que tuviera? Le miré fijamente a los ojos y levanté la pata atrapada, tirando del cable.

—Te liberaré. Lo siento. No era para ti —dijo.

Permanecí rígida mientras se acercaba, enseñando los dientes de nuevo cuando se acercó lo suficiente como para desbloquear el cepo. En cuanto solté la pata, salté entre dos humanos. Gritaron sorprendidos, el hombre me imploró que me detuviera, que me quedara, y consideré brevemente la posibilidad de ignorarlo para seguir corriendo. Pero si sabía dónde estaba mi madre, tal vez podría utilizarlo.

Me detuve y me volví de espaldas a la libertad del bosque. De cara a los humanos y manteniéndome firme, empecé a cambiar.

Hacía meses que no tenía forma humana. La transformación me dolió más de lo que esperaba.

Después de que mis huesos crujieran y se movieran en su sitio, mis músculos se estiraran, adelgazaran y reconstruyeran, y mi piel perdiera su pelaje y se volviera suave, me quedé desnuda en la hierba ante la Guardia de los Mitos. El pelo largo y blanco me caía alrededor de la cara mientras los miraba. La ira ardía en mis ojos.

—¿Dónde está? —dije con voz ronca.

Todos me miraban asombrados, como si nunca hubieran visto a una chica desnuda.

Sin embargo, yo sabía qué era lo que realmente no habían visto nunca. No era que fuera una chica desnuda, sino que yo -una criatura imposible- era por fin humana y les hablaba. Yo era un híbrido raro, mi existencia de repente tangible.

—Te lo contaremos todo mientras confíes en nosotros —dijo el responsable, haciendo un gesto a uno de sus compañeros para que me buscara algo de ropa—. Ven con nosotros a la ciudad. Te presentaré a otros cambiaformas lobo. Te mantendremos a salvo.

—¿Confiar en ti? —me burlé—. Tú eres la razón por la que mi madre y yo fuimos atacados en primer lugar.

—Lo sé. Y lo siento.

—¿Quién eres? —pregunté.

El hombre tomó aire y se irguió. —Me llamo Sebastian Hicks. Voy a ayudarte, Kiara.

No quería tener nada que ver con la Guardia de los Mitos. Pero si este hombre estaba diciendo la verdad acerca de saber dónde estaba mi madre, entonces no tenía más remedio que confiar en él.

Capítulo 4

Colt

Caminando penosamente hacia donde se había escondido mi manada, sólo podía pensar en la criatura celestial que había visto antes. No podía apartarla de mis pensamientos. Tan pálida y perfecta, casi resplandeciente a la luz de las estrellas. Más que hermosa, su rostro anguloso y su cuerno brillante prometían a la humanidad que su forma humana era aún más impresionante que la de su bestia. Todo en ella, desde su olor hasta su mera postura, me cautivaba. Y yo había intentado hacerle daño.

Recurriendo a la soledad una vez más, no me molesté en ir a ver a los dragones porque podían arreglárselas solos. Fui directo hacia el sur a través del territorio de Dalesbloom y luego consideré desviarme, dando rodeos para no tener que dar explicaciones a mi padre. Sin embargo, lo mejor era acabar de una vez porque en algún momento tendría que volver.

Al amanecer, había seguido los olores de mis compañeros de manada hasta una región cercana a la confluencia de los tres territorios. En el centro del territorio de Dalesbloom, cerca de las fronteras meridionales, pero al norte de la unión de los territorios de Grandbay y Eastpeak, las montañas se volvían escarpadas y abruptas. Un traicionero cañón se abría paso bajo una ladera que luego se elevaba por encima del resto del Bosque Nacional Gunnison. Sólo había un camino que llegaba hasta aquí, y rara vez era transitado, si es que lo era alguna vez. Extrañamente, el olfato de todos los lobos se enturbiaba en esta zona. Los cambiadores de lobo no utilizaban su olfato aquí debido a la mina de plata abandonada, cuyos efectos eran extensos y concentrados, incluso cuando la mayor parte del mineral había sido extraído de la montaña hacía mucho tiempo. La presencia persistente de la plata era tan intensa que privaba al lobo de su capacidad olfativa, así que, aunque estaba peligrosamente cerca de Eastpeak y Grandbay, esta mina abandonada era el lugar perfecto para escondernos.

Ascendí laboriosamente por la montaña, atravesé la vegetación hasta que se convirtió en piedra. En lo alto de la cresta, cabía esperar un exuberante valle enclavado entre las montañas; en cambio, era una fosa estéril rodeada de salientes, como una boca abierta, sembrada de montones de grava desplomada salpicados de maleza. Reptiles de obsidiana yacían tendidos bajo el sol naciente, negándose a esconderse aquí, mientras lobos y humanos merodeaban en una patrulla

ociosa. Todos me miraban, una mancha oscura en el borde de la mina. Todos estaban en guardia, y todos tenían hambre, ya que no podíamos cazar mientras estábamos escondidos. Si hubiera sido un extraño, me habrían acosado. En cambio, me vieron descender a la mina y dirigirme hacia una caverna abierta.

Toda la actividad reciente había levantado un polvo y una suciedad que me secaban la garganta. Me adentré en la oscuridad, y mis ojos, que se estaban reajustando, vieron a varios metamorfos más dentro, durmiendo, comiendo, leyendo con la linterna, jugando a las cartas... cualquier cosa para pasar el tiempo mientras se veían obligados a estar lejos de sus hogares. Sin dejar de mirar al frente, me adentré en la mina, hasta una alcoba donde guardaba mis pertenencias: mi bolsa llena de ropa, un par de libros, una pistola y mis zapatos. Todavía tenía que ir a trabajar de lunes a viernes en la empresa de corretaje de seguros en la que me contrataron el año pasado, pero cada vez me resultaba más difícil ocultar mi cansancio y fingir que no me estaba jugando la vida todos los días en esta guerra secreta. Afortunadamente, hoy era domingo y podía descansar.

Tras volver a mi forma humana, me vestí con vaqueros y un jersey negro. Me sentía sucio. El único acceso a una ducha que tenía era la caravana que uno de mis compañeros de manada había aparcado en la carretera que llevaba a la mina, pero ya lo aprovecharía más tarde. Primero tenía que hablar con mi padre.

No estaba mucho más adentro de la mina. Ni siquiera necesitaba una linterna; a lo largo del túnel, mis compañeros de manada habían colocado linternas que escupían una luz amarilla apagada por las paredes de roca. Al doblar una esquina, vi sombras alargadas que ondulaban por la caverna y oí voces que se apagaban en el silencio. Finalmente, me encontré con los ojos de mi padre, David Hexen, que estaba con su nuevo Beta, Garrett Roydon. Mi padre se relajó al ver que era yo y volvió a centrar su atención en Garrett, continuando con lo que había estado diciendo antes.

—Dado que los de la Guardia de los Mitos están buscando a lo largo del borde oriental, deberíamos poder enviar una partida de caza a la parte occidental del territorio esta noche. No quiero que vuelvan a menos que sea con al menos dos ciervos —dijo David—. Y necesito que vayas a la estación de tren a las seis de la tarde y recojas un palé del muelle de carga. Estará a nombre de Brandon Gillam. Tendrás que firmar por él, cosa que ya he aprobado de antemano.

Garrett se cruzó de brazos. —La estación está en Eastpeak. No me arriesgaré a encontrarme con la Guardia de los Mitos o alguno de los lobos de Everett, ¿verdad?

—Ponte sombrero y gafas de sol —replicó irritado mi padre.

—De acuerdo —Garrett se dio la vuelta, llamando mi atención brevemente antes de salir de la caverna por un túnel diferente.

Cuando los pasos del Beta se alejaron, me acerqué a mi padre. No quería acercarme demasiado, ya que su rabia podría hacer que arremetiera contra mí y me dejara una cicatriz junto a la que Gavin me había hecho en la nariz. David parecía más cansado que todos nosotros, con bolsas bajo los ojos, el pelo despeinado, la barba desaliñada y un olor corporal que asomaba por debajo de su camisa de vestir manchada. Me miró con el ceño fruncido. —¿Qué pasa, Colt?

Me paré frente a él con las manos a los costados. ¿Realmente quería confesar lo que había visto anoche? Bueno, si no decía nada, los dragones lo harían.

—Anoche encontré algo —empecé, encontrándome con la mirada de mi padre. Su expresión no había cambiado: decepción constante y rabia subyacente. Inspiré lentamente y continué—. Los dragones estaban cazando a un lobo cambiaformas en nuestra frontera noreste.

—¿Y?

—No era una loba cambiaformas cualquiera.

Los ojos de David se entrecerraron hasta convertirse en rendijas. Se acercó un paso, su presencia imponente. Quise retroceder, pero me mantuve firme ante mi padre. —¿La conocemos?

—En cierto modo —Mis puños se cerraron—. Creo que es la hija de Muriel Vale. Es una loba blanca con un cuerno de unicornio.

Mi padre abrió mucho los ojos. Sus cejas se alzaron sobre su frente antes de que su nariz se arrugara en una mirada de sarcástica diversión. —Ah, ¿sí?

Asentí con la cabeza.

—¿Me estás diciendo que no sólo tenemos a Muriel Vale en nuestro poder, sino que tenemos a su hija -una metamorfa que posee otro cuerno de unicornio- justo en nuestra puerta? Las cosas están saliendo mucho mejor de lo que esperabais—ijo David lentamente.

No estaba tan sorprendido como yo pensaba. Yo habría dicho que las cosas no estaban saliendo exactamente bien, pero lo único que le importaba a mi padre era conseguir un cuerno de

unicornio, así que supongo que "mucho mejor de lo previsto" es subjetivo.

—¿Y dices que la encontraste?

—Me encontré con ella después de que había escapado de los dragones. Estaba en el arroyo.

—¿Y?

David esperaba que le dijera que la había atrapado. Desvié la mirada cuando respondí. —Huyó antes de que pudiera acercarme demasiado.

No lo vi, pero oí su frustración en un gruñido. —Niño idiota—. El insulto me dolió. Luego se rio por lo bajo—. No importa. Esperaba que Kiara siguiera a su madre hasta aquí. Ahora que sé que está a nuestro alcance, podemos ser más tácticos para capturarla.

—Es más peligrosa de lo que crees —advertí—. Empaló a un dragón y lo mató. Estoy seguro de que oirás más sobre ella cuando regresen los Inkscales.

—¿Lo hizo? —se rio—. ¿Un híbrido de unicornio, masacrando a mis dragones?

No son tus dragones, quería decirle.

La risa de David continuó, ganando cuerpo y fuerza. —Tiene gracia. Supongo que será mejor que la atrapemos rápido antes de que se envenene intentando defenderse.

—Puedo volver a buscarla esta noche —le ofrecí.

—Sí. Lo harás. Pero quiero que vayas con los Inkscales —dijo mi padre—. No puedo permitir que te empalen a ti también.

—De acuerdo.

David había empezado a pasearse, frotándose la barba y dirigiendo su atención a unos papeles esparcidos sobre una mesa plegable que habían colocado en la habitación. La luz de la linterna pasaba sobre él desde distintos ángulos, resaltando su aspecto mugriento. Estaba muy lejos de ser el hombre pulcro que solía ser hace apenas un par de meses. En su mente se desarrollaban maquinaciones, podía verlo. Pero cuando se acercó erráticamente a mí, no esperaba que me cogiera por la mandíbula y me acercara. —No le digas nada a nadie sobre la presencia de Kiara —gruñó—. ¿Lo has entendido?

—Lothair se va a enterar por los dragones —dije.

—No estoy preocupado por Lothair. Me preocupan más los chuchos de Grandbay y Eastpeak.

Se me revolvió el estómago. —No seguirás pensando que intento hablar con Aislin y Billie...

—No me sorprendería —gruñó David. Me tiró la cabeza a un lado, retorciendo mi cuerpo.

Tambaleándome, me obligué a mantenerme erguido y me abstuve de frotarme la mandíbula, donde aún podía sentir la intensidad del apretón de mi padre. —No estoy en contacto con ellos. Después de lo que pasó en casa de los Mundy, no tienen motivos para confiar en nada de lo que digo. ¿Por qué iba a perder el tiempo con ellos?

—Porque eres un tonto sentimental, Colt. No creas que no conozco a mi propio hijo.

—No quiero tener nada que ver con ellos.

David se burló. —Bien. Ya sabes lo que pasará si te pillo comunicándote con ellos.

Me mataría. No era la primera vez que me amenazaba.

Cuando mi padre volvió a acercarse a mí, mi cuerpo se puso rígido, esperando otro golpe. Pero me puso la mano en el hombro y apretó. —Ahorremos tiempo e informemos a Lothair de lo que has visto, ¿vale?

Asentí y seguí a David por un túnel, adentrándome en la mina. Mi padre se había vuelto tan impredecible que cualquier movimiento rápido que hiciera podía provenir de un lugar violento. Mi confianza en él se había marchitado hacía tiempo, pero si quería seguir viviendo y mantener el legado Hexen, tenía que hacer lo que él decía. Tenía que abandonar a Billie y Aislin. Y, para probarme a mí mismo que era lo suficientemente fuerte, cazaría a esta chica Kiara y se la entregaría a mi padre.

El túnel se abrió de nuevo en otra gran sala. Antes de que la mina se convirtiera en una operación industrial a gran escala, se había excavado a mano, y esta sala era lo más lejos que habían llegado en busca de mineral de plata. Vetas de reluciente metal blanco seguían surcando la piedra. Iluminadas por linternas había cinco personas, cuatro de las cuales -incluida una mujer rubia y embarazada- estaban de pie y hablaban en voz baja entre ellas. La quinta persona era una mujer de pelo plateado sentada en el suelo rocoso; alrededor de sus muñecas había unas esposas sujetas a un grueso cable, que estaba sujeto a unos ganchos metálicos clavados en la roca.

Muriel levantó los ojos, con la piel arañada por la suciedad y los moratones. Me miró directamente, como si ya supiera lo que había ocurrido.

David se burló: —Parece que pronto tendrás compañía, unicornio.

Su mirada se desvió hacia mi padre. Entonces, palideció, dándose cuenta de lo que él quería decir. —No...

Lothair y Sibyelle se retiraron de su conversación con los demás para unirse a David y a mí mientras nos acercábamos a Muriel.

—Sí —se regodeó David—. Tu hija Kiara ha llegado a Dalesbloom.

Capítulo 5

Kiara

A pesar de que todos mis instintos me gritaban que no me subiera a un coche con Sebastian Hicks, de la Guardia de los Mitos, lo hice de todos modos. Me dio un pantalón de chándal gris y un jersey negro para que me los pusiera, y cuando le exigí que me armara para tranquilizarme, me dio a regañadientes un pequeño cuchillo para que lo sujetara. Yo quería una pistola, pero se negó. Estaba bien, sabía manejar bien un cuchillo.

Sentado en el asiento trasero del todoterreno, mis músculos estaban agarrotados por la anticipación de una traición inevitable. Esperaba que me encerraran en el vehículo, me esposaran y vendaran los ojos y me llevaran a algún lugar lejano. Cualquier movimiento repentino de los humanos sentados a mi alrededor me producía una mirada aguda, con los dedos apretados alrededor del mango del cuchillo. Atravesamos la ciudad de Eastpeak y llegamos al perímetro. Necesitaba todas mis fuerzas para no preguntarme una y otra vez adónde íbamos.

Mi silencio me recompensó con la conducta enigmática que había estado tratando de sostener, manteniendo a los humanos a raya ya que no sabían cómo leerme. Bien.

Nos detuvimos ante una gran casa de piedra blanca y ángulos agudos que estaba empotrada en la ladera de la montaña. En la entrada había aparcado un coche gris que habría parecido caro si no estuviera lleno de arañazos y abolladuras. Esperé pacientemente a que Sebastian saliera del todoterreno y me abriera la puerta, luchando contra el impulso de huir de vuelta a los árboles en cuanto mis pies tocaron el suelo. La luz del sol del atardecer me aliviaba la cara. Cerré los ojos e inspiré, luego miré hacia la puerta principal de la casa, que se había abierto para dejar ver a un hombre enorme con el pelo rubio sucio recogido en un moño. Pasó por delante de todos y me miró fijamente. Me ericé, sintiendo su amenaza y sabiendo inmediatamente qué papel desempeñaba en las manadas de lobos de aquí. Era un alfa.

—Ven —me instó Sebastián en voz baja.

Cuchillo en mano, me acerqué a la puerta principal mientras el Alfa y una mujer pelirroja salían a recibirnos. La hembra me miró asombrada y luego sonrió mostrando los dientes, mientras su

compañero Alfa la miraba con total estoicismo. Igualé su expresión fría, dudando en aceptar la calidez del gesto de la mujer.

—Everett —empezó Sebastian—, ella es Kiara Vale. Disculpa por sacarte de Grandbay para esto, pero pensé que sería menos estresante para todos presentarte en un ambiente más íntimo.

—Bienvenida a Eastpeak. Soy Everett March, Alfa de la Manada de Eastpeak, y ella es mi compañera, Aislin Mundy. Supongo que la búsqueda de tu madre, Muriel, te ha traído hasta aquí —dijo Everett.

Asentí una vez.

Everett me tendió la mano. Pensé que iba a darme un apretón de manos, pero era sólo para acompañarme a la puerta. —Entra. Estoy seguro de que debes estar cansada de tus viajes.

Tenía razón, pero no iba a admitirlo.

Seguí a Sebastian al interior de la casa. Los otros humanos se quedaron fuera, vigilando el lugar. En el enorme salón, de paredes blancas y suelo gris, me senté en un sofá gris mientras Aislin se iba a otra habitación. Sebastian y Everett estaban al otro lado de la mesita.

—Es un alivio que te encontráramos antes que a los Inkscales —dijo Sebastian—. Después de detectarte cerca del territorio de Dalesbloom, nos preocupaba que te capturaran además de a Muriel.

—Casi me cogen —respondí con frialdad.

—¿Cómo y cuándo? —preguntó Everett.

Miré entre los dos hombres. —Anoche me crucé con ellos. Los dragones me persiguieron durante horas. Sólo escapé cayendo por un acantilado —dije, sintiendo sus ojos atraídos por la herida cicatrizada de mi sien—. Luego me crucé con un lobo negro de ojos azules. También me atacó.

Sebastian y Everett intercambiaron miradas.

—¡Ese bastardo! —exclamó Aislin desde el otro extremo de la habitación. Tenía un vaso de agua en una mano y un cuenco de ensalada en la otra. Visiblemente enfadada, se abalanzó sobre mí, pero supe que su ira no iba dirigida contra mí cuando colocó con delicadeza la comida y la

bebida ante mí. —Ese lobo probablemente era Colt —dijo—. ¿Te hizo daño?

—No —Cogí el vaso de agua y bebí. La sensación de frío en la garganta me despertó el hambre, recordándome que hacía tiempo que no comía. Mi atención se centró en la ensalada, con sus espinacas, col rizada, tomates cherry y pepinos. Entre bocado y bocado, no me molesté en levantar la vista hacia ellos, pero mantuve el cuchillo en una mano—. Cuéntame cómo capturaron a mi madre.

Everett suspiró. —Ella había estado bajo el cuidado de otra manada de lobos: nuestros vecinos, Grandbay. Durante un mes, la habían estado protegiendo de los lobos cerca de cuyo territorio te encontraron. Dalesbloom. El alfa de allí, David Hexen, formó una alianza con los Inkscales, y durante ese mes, lanzó ataques cada vez más violentos contra Grandbay y Eastpeak. Muchos de nuestros lobos han muerto —El estoico Alfa frunció el ceño ahora, y su voz se ensombreció al hablar de las tragedias que él y sus compañeros habían soportado—. Hace una semana y media, invadieron la casa de los padres de Aislin, donde se encontraba tu madre. Mataron al padre de Aislin y robaron a Muriel.

Finalmente levanté los ojos al concluir su relato. —Entre vuestras dos manadas de lobos, ¿no fuisteis capaces de protegerla?

Mi respuesta despreocupada hizo que Aislin se erizara. —¡Lo intentamos! Pero incluso uniendo nuestras dos manadas, nos superan en número Dalesbloom y los Inkscales —La ira tiñó su voz.

Everett apoyó una mano en el hombro de Aislin, dándole un consuelo tácito.

—Entonces, ¿dónde está mi madre ahora?

—No lo sabemos —dijo Sebastian—. Los Dalesbloom han abandonado su territorio y no hemos podido rastrearlos.

Mis cejas se alzaron de incredulidad. —¿Cómo es posible que no puedan rastrearlos? Apestaron la parte noreste de su frontera. Sólo tienes que ir allí y seguir el olor.

Everett negó con la cabeza. —No lo entienden. Entrar en territorio Dalesbloom es una sentencia de muerte para nosotros.

—Entonces envía a la Guardia de los Mitos.

—Lo intentamos —respondió Sebastian—. O nos atacan o no los encontramos. La trampa en la

que caíste... esperábamos atrapar a alguien de Dalesbloom o a uno de los dragones.

—Me cuesta creer que no puedas localizarlos. Están aquí. Anoche me persiguieron —dije, aumentando mi ira. Mi bestia híbrida se enfureció al recordar lo de anoche. Me habían atacado, ¿y esta gente insistía en que no podían averiguar de dónde demonios venían sus enemigos?—. Entonces, ¿ni siquiera saben dónde tienen a mi madre?

—Señorita Vale, hacemos lo que podemos —dijo Sebastian.

—No tenemos mucho tiempo antes de la próxima luna llena. Si sigue con ellos, le arrancarán el cuerno de la cabeza y lo usarán en un ritual Lycan.

—Somos muy conscientes de ello —gruñó Everett.

—Y aun así, te dedicas a dar vueltas esperando que caigan en tus pequeñas trampas, en lugar de buscar a los monstruos que se llevaron a mi madre —acusé, poniéndome en pie—. A diferencia de ti, yo no tengo miedo de hacer lo que hay que hacer. Gracias por venir a verme, pero siento que estoy perdiendo el tiempo aquí.

—Espera. No puedes irte —dijo Aislin—. Debes quedarte donde podamos protegerte.

—No necesito tu protección.

—No estamos de acuerdo —dijo Sebastian.

Everett se cruzó de brazos. —Estás poniendo en peligro a todo el mundo aquí yéndote solo. Si además te atrapan, tendremos el doble de Lycans corriendo después de la luna llena.

—Estaré muerta, así que no me importará —dije. Eso fue egoísta de mi parte, seguro, pero era la verdad. Lo único que me importaba era rescatar a mi madre, y lo que les pasara a esas personas si yo fracasaba no era mi problema. Después de terminar mi ensalada y mi vaso de agua, les di la espalda a todos y me dirigí a la puerta.

Todos se movieron conmigo.

—Hablamos en serio, Kiara —advirtió Sebastian.

Aislin trotó detrás de mí. —¡Mira, es muy importante que vengas con nosotros a Grandbay!

En cuanto sentí que me cogía el brazo, me di la vuelta y le aparté la mano de un manotazo. —No me toques.

La pelirroja se echó hacia atrás e hizo una mueca. —¡Nos preocupamos por ti y por Muriel! Sólo danos una oportunidad.

—No. Quizá si tuvieras un plan de verdad, pero no lo tienes —Me di la vuelta y abrí la puerta. En el momento en que la luz del sol me golpeó, todos los humanos de la Guardia de los Mitos se volvieron hacia mí. Seguí adelante.

Sebastian apartó a Aislin de un empujón para seguirme por la puerta. —Kiara, lo siento, pero no podemos dejar que te vayas —dijo el hombre alto.

Sin dejar de caminar, le miré por encima del hombro, pero cuando vi que venía a por mí, eché a correr.

—¡Detenedla! —Sebastian gritó a los demás.

Alarmados por la repentina orden, los humanos se revolviéron entre apuntarme con sus rifles y abalanzarse sobre mí. Sólo un par de ellos decidieron interceptarme físicamente, saltando para agarrarme por los brazos. Su atrevimiento me hizo estallar de rabia. Cuando sentí que una mano me rodeaba la muñeca, la aparté y fruncí el ceño. Entonces, alguien me agarró la otra mano, la que sostenía el cuchillo; tiré, pero no pude liberarme. Me enfrenté a aquel humano y le lancé el puño libre a la cara, pero él se agachó y esquivó el golpe. De repente apareció otra persona y me agarró del otro brazo.

—¡Kiara! ¡Escúchanos! —Everett dijo detrás de mí.

—Mierda. No la manosees, joder —espetó Aislin a los humanos de la Guardia de los Mitos.

—Estamos intentando ayudarla —argumentó Sebastian por encima de los gritos.

Tenía demasiadas manos encima. Me agité, intentando liberarme, pero estaba rodeada. Me sentía abrumada, como si me estuvieran capturando de nuevo. Dijeron que estaban de mi lado, pero se negaron a dejarme libre. Intentaron tirarme al suelo, incapacitándome. Alguien había conseguido quitarme el cuchillo. Estaba indefensa.

La bestia rugía en mi interior. El instinto me dijo que me transformara, pero en cuanto mi cuerpo empezó a cambiar, la conciencia se desvaneció. Me desplomé, envuelto en manos que me

agarraban.

Unas mandíbulas chillonas chasqueaban a mi alrededor. Luché contra la presión que azotaba mi cuerpo. Las garras se clavaban en mi pelaje, los dientes se enterraban en mi cuello y el hedor a aceite quemado me sofocaba. No podía luchar contra las cosas que me atacaban. Me estaban destrozando. Ya podía sentirlo en las extremidades, en el pecho y en la frente, donde me arrancaron el cuerno del cráneo.

Un cuerpo se estrelló contra la vorágine que me rodeaba y los monstruos se dispersaron en una cacofonía de chillidos. Atónita, observé cómo la masa de tinta se alzaba más grande que todo lo demás, pero no eran ojos amarillos los que me atravesaban... no. Su mirada brillaba como las profundidades de un océano premonitorio. Me miraba como si debiera ser él quien me destrozara, no ellos.

Gruñí, pero no podía moverme.

Me respondió con un gruñido. Lo último que recordaba en el sueño eran sus dientes.

Capítulo 6

Colt

Había estado siguiendo a los dragones cuando caí sin avisar.

Cuando volví a abrir los ojos, los vi amontonándose sobre algo delante de mí. Desorientado, vi cómo la masa retorcida destrozaba a la pobre criatura que tenían debajo; supuse que habían cazado algo mientras yo estaba inconsciente. Pero cuando me puse en pie tambaleándome, lo que me rodeaba me reveló que no estaba en el mismo lugar donde había caído. Aquí no había árboles, sólo piedra negra y estéril. El cielo era de un violeta sombrío y sin estrellas, el eterno crepúsculo de un extraño sueño. El vicioso enjambre de dragones me atrajo, pero no fue la violencia, sino la criatura que tenían en sus garras lo que me hizo avanzar. Fuera lo que fuera lo que tenían, quería que fuera mío.

Me abalancé sobre ellos, disipando la multitud con un rugido distinto a todo lo que había salido de mí. Me sentí más fuerte que antes. Los dragones se alejaron y supe que era un sueño porque, en la realidad, me habrían clavado los colmillos a mí. Ahora, en el sueño, estaba de pie, con la cabeza erguida y la cola erizada, mirando a la criatura que había rescatado de los monstruos. La reconocí al instante.

Su pálido pelaje tenía el brillo cromático del crepúsculo. Su cuerno brillaba incluso en ausencia del resplandor de la luna. Volvió sus ojos púrpura claro hacia mí, y yo enseñé los dientes, confundido y hambriento a la vez. La híbrida. Ahora tenía la oportunidad de atraparla. Ella retrocedió a la defensiva, pero mi cuerpo se movió de todos modos, acercándose a ella con la intención de agarrarla. A pesar de su boca llena de dientes y del cuerno que blandía contra mí, me abalancé sobre ella y nos enzarzamos en una escaramuza, tratando de dominarnos mutuamente. Ella se retorció, me apartaba de un puntapié mientras yo iba a por su nuca, hasta que, finalmente, los dos estábamos tan enredados el uno con el otro que no sabía dónde acababa mi cuerpo y empezaba el suyo. Éramos una alfombra de pelaje blanco y negro, con las colas atrapadas y los dientes clavados en la piel del otro, ahogados por el dolor y la abrasadora satisfacción.

En algún momento del sueño, perdimos de vista lo que se suponía que estábamos haciendo.

¿Pelearnos o tocarnos? ¿Inhalar el aroma del otro? La deseaba tan total y completamente que me resultaba imposible separarme de ella. No podía acercarme lo suficiente a ella, a menos que... estuviera dentro de ella.

Aquella revelación me despertó de golpe. Como lobo, tosí y me desplomé, mi cuerpo me expulsó hasta que me transformé de nuevo en humano y quedé tendido en el suelo. Los árboles se alzaban sobre mí y sus copas tapaban el sol del atardecer. Respirando con dificultad, rodé sobre el estómago y me apoyé en los codos, con la espalda subiendo y bajando en exhalaciones agitadas. A mi alrededor, el bosque permanecía inmóvil. Los dragones hacía tiempo que se habían ido.

Me arrodillé despacio y me pasé los dedos por el pelo. La intensidad del sueño me había dejado el cuerpo temblando. Sentía calor en el pecho y en el estómago. Me dolían partes del cuerpo donde recordaba que me había mordido, pateado y empujado en un intento de escapar. El sueño me había parecido tan real. La textura de su pelaje, su aroma dulcemente lupino y ligero como el agua de rosas. Ansiaba volver a sentirla, aunque el significado del sueño empezaba a asentarse lentamente. Había soñado con ella así por una razón.

Era nuestro Sueño Lunar. Desafiando toda lógica, Kiara Vale, la imposible e inmaculada híbrida de lobo y unicornio, era mi pareja predestinada. Y yo debía entregársela a mi padre para que la sacrificara.

Estaba seguro de que lo odiaría. ¿Y yo? No sabía cómo me sentía al respecto. Todavía quería poseerla, sólo que mi deseo por ella era cien veces más fuerte ahora. Me mataría por dentro, o dejarla ir y salvar su vida o satisfacer mis impulsos y capturarla. No importa cómo terminara esto, no terminaría felizmente.

Peor aún, sabía que, si la mataba, como mi hermana Catrina había hecho con su compañero predestinado, Joseph Nym, me maldeciría para no volver a tener un compañero predestinado.

Joder.

Me dolía el cuerpo, pero tenía que alcanzar a la partida de caza a pesar de lo que acababa de ocurrir. Me preparé yforcé otra transformación, con la agonía disparándose a través de mis miembros y bajo mi piel. Todavía caliente por la transformación que había sufrido hacía unos minutos, mi anatomía volvió a cambiar de forma. Cuando me convertí en lobo, luchaba por mantenerme en pie, con las venas palpitantes y los oídos zumbando. Jadeando, me puse a correr

y salí tras los Inkscales.

El resto de la noche, temí la posibilidad de cruzarme con el olor de Kiara. No quería enfrentarme a la verdad de nuestra Sueño Lunar tan rápido, y cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de que tampoco quería capturarla todavía. Quería cazarla, solo. Quería encontrarla e hincarle el diente, sí, pero al mismo tiempo quería mucho más que eso. Fue un alivio cuando los dragones y yo llegamos a un lugar más allá de las fronteras orientales, repleto del hedor de los humanos de la Guardia de los Mitos y de Kiara. Llegamos a la conclusión de que ellos la habían encontrado primero. Eso significaba que estaría lejos de aquí. A salvo.

A salvo de mí, claro.

Cuando por fin regresamos a la mina, hacia las tres de la madrugada, guardé silencio mientras los dragones se convertían en humanos e informaban a Lothair de nuestros hallazgos. Lothair no me dedicó ni una segunda mirada; nadie más sabía lo del Sueño Lunar. Nos despidió y yo volví a mi rincón en las cavernas para reflexionar sobre la situación. Era lo único que podía hacer.

Era susceptible de obsesionarme. Siempre lo había sido. Me había obsesionado con Aislin cuando mi hermana mayor empezó a salir con Gavin Steele; se me había metido en la cabeza que, una vez que nuestras manadas se fusionaran, Aislin y yo formaríamos la pareja Beta perfecta. Tenía un plan y estaba convencido de que funcionaría sin problemas. La resistencia de Aislin sólo me hizo creer que tenía que luchar por la perfección para que funcionara. Había pensado que, si era persistente, daría sus frutos. Sólo tenía que hacer que me deseara, tenía que ser tímido y deseable e inalcanzable, porque si algo sabía de Aislin era que era feroz en su búsqueda de cosas que no podía tener. Sin embargo, nunca había mordido el anzuelo, lo que sólo había hecho que me obsesionara aún más.

También me había obsesionado con Billie, pero de otra manera. Mi amor por ella había sido complicado, a la vez seguro e inseguro. Había podido refugiarme en que ella era una constante en mi vida, siempre alguien a quien podía recurrir en Hexen Manor debido a cómo mi padre la asfixiaba. Estaba mal por mi parte aprovecharme de eso, pero nunca hice nada al respecto porque me gustaba cómo estaba siempre ahí para mí, cómo yo era el único que la trataba bien, lo que hacía que ella me apreciara aún más. Era mi hermana adoptiva y no estaba emparentada por sangre, así que me resultaba más fácil ser posesivo con ella, recurrir a su consuelo cada vez que Aislin me desairara. Antes de que nuestras vidas implosionaran, incluso había pensado que ella y yo podríamos haber huido de Dalesbloom. Yo podría haber sido todo lo que ella necesitaba en un compañero: un mentor, un protector, una fuente de amor. ¿Cómo de jodido era eso? Más tarde

me di cuenta de que la había estado manipulando, aprovechándome de cómo mi padre le había robado su independencia. Y cuando me enteré de que mi padre la había agredido sexualmente, me di cuenta de que yo no era mejor que él. Yo no quería eso.

La obsesión sabotaba mis relaciones. Aislin y Billie habían tenido suerte de que Everett y Gavin las salvaran de mí. Pero la noche después de recibir mi Sueño Lunar, temí que mi obsesión volviera a arruinar mi corazón y mi mente, exponiendo demasiado de mí a alguien que no quería corresponderme.

Deseaba tanto a Kiara. Más de lo que nunca había deseado a Aislin o a Billie. Y estaba bastante seguro de que ese deseo iba a destrozarme el corazón hasta hacerlo irreparable.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, la única solución que se me ocurrió fue informar a mi padre de inmediato. Destruir cualquier posibilidad de llevar a cabo este sueño. Si tenía que sacrificar a mi compañera predestinada para proteger mi corazón, que así fuera. Lo haría.

Me acerqué a mi padre en la habitación donde tenía la mesa plegable con todos sus papeles. En un rincón se alzaba una pila de cajas de cartón densamente retractiladas. Sabía que había armas enterradas en lo que fuera que llenara esas cajas.

Con la luz de una linterna iluminando la huella, David estaba inclinado sobre los papeles, con un bolígrafo en la mano mientras trabajaba lo mejor que podía mientras estaba exiliado en esta mina, igual que el resto de nosotros.

—Tengo que decirte algo —le dije.

Mi padre me miró. —¿Qué?

Me acerqué más, buscando su mirada. —Ayer tuve mi Sueño Lunar.

Enarcó las cejas. Se sentó erguido y me miró de arriba abajo como si le sorprendiera que yo pudiera experimentar algo así, como si nunca hubiera imaginado que alguien pudiera estar unido a mí. —¿Quién es?

—Kiara.

Apretó los puños contra la mesa y se le tensaron los músculos de la mandíbula. —No puedes hablar en serio.

—Es una broma cruel —respiré, apartando la mirada. Odiaba a la Diosa de la Luna por haberme hecho esto.

Pero mi padre sólo se rio. —¡Cuáles son las posibilidades!

—¿Cómo es que ella es parte de nuestra Línea Alfa?

—No lo sé. Sólo puedo suponer que tiene alguna conexión con los Hexen a través de su padre lobo —dijo. Poniéndose de pie, mi padre dio un paso más hacia mí—. Entonces, ¿compartes... sentimientos con ella ahora?

—Lo más probable. No he sentido mucho excepto dolor.

—¿Puedes decir dónde está?

—No.

—Pero si te la encontraras, te sería fácil persuadirla para que viniera contigo. Ya sabes lo que pasa cuando las parejas predestinadas se encuentran.

Sí. Nos cegó el amor y la lujuria el uno por el otro. Probablemente por eso, en el sueño, habíamos dejado de luchar para saborear tocarnos. Apreté los labios para no soltar este pensamiento. —Seré persuadido con la misma facilidad.

—No, no lo harás. No si quieres que tengamos éxito —amenazó mi padre—. Sabes lo que tienes que hacer ahora, Colt. Encuéntrala tan pronto como puedas.

—En cuanto la traiga en esta dirección, se resistirá. Como sólo es mitad loba, podrá oler a los dragones a pesar de la presencia de la plata.

—Entonces llévala a la Mansión Hexen. Mantenla allí bajo el pretexto de protegerla de los Inkscales.

¿Y arriesgarme a desarrollar sentimientos durante el tiempo que la tendría bajo mi custodia hasta la luna llena? ¿Mentirle, fingir que me importaba nuestro vínculo predestinado, para luego matarla? Fruncí el ceño y miré al suelo. No era mi idea de un plan perfecto para evitar un engaño amoroso, pero era un plan, que era más de lo que se me había ocurrido a mí. —De acuerdo.

Mi padre me puso la mano en el hombro, luego me ahucó la nuca y volvió a reclamarme la mirada. —Bien. Sé que esta vez no me decepcionarás.

Odiaba a mi padre y a la vez deseaba desesperadamente complacerle. Al menos, dada esta nueva dirección, tendría algo en lo que poner todo mi empeño en lugar de obsesionarme con un futuro que nunca podría tener.

Capítulo 7

Kiara

Jadeante, me sacudí y aparté de inmediato todas las manos que tenía sobre mí. Un coro de gritos se alzó entre la gente que me rodeaba. Las náuseas me revolvían el estómago y tenía las encías resbaladizas de saliva. Rodando sobre mis manos y rodillas, incliné la cabeza entre los hombros y respiré con dificultad, lanzando miradas de muerte a cualquiera que osara intentar cruzarse con mis ojos. Teniendo en cuenta lo que acababa de soportar, lo último que deseaba era toda aquella atención.

—Que todo el mundo se aleje de ella —exigió Aislin, cogiendo a la gente por los brazos y apartándolos.

Mientras la Guardia de los Mitos se retiraba, Sebastian les hizo un gesto para que se mantuvieran en guardia. —Mantengan sus rifles apuntando a ella por si acaso.

—¿Qué vas a hacer, dispararle si intenta huir? Joder, eres tan malo como David —regañó Aislin.

—Sólo estamos tomando precauciones —dijo Sebastian.

—Cállate y apártate —respondió Aislin.

Por fin había encontrado afinidad en uno de los desconocidos del lugar. Mientras Aislin se arrodillaba a mi lado, me incorporé y me limpié la baba de la boca con el dorso del brazo. Era como si todo mi cuerpo rechazara el sueño que acababa de experimentar. El miedo y el asco me consumían, pero de ninguna manera dejaría que se me notara.

—¿Qué acabas de ver? —preguntó, bajando la voz para mí.

Mostré los dientes, reacio a contestar.

Aislin chasqueó la lengua. —Vamos. Sé lo que te ha pasado. Yo misma lo experimenté hace poco —Se inclinó un poco más y susurró—, tuviste un Sueño Lunar.

Desesperado por mantener la distancia entre nosotros, me retiré. Pero sabía que tenía razón. Miré

a la gente que nos rodeaba y volví a centrarme en Aislin. —No quiero hablar de eso aquí.

—De acuerdo. Volvamos dentro, entonces —dijo Aislin.

Me quedé parada, desconfiada.

—Te prometo que no vamos a hacer algo turbio contigo. Quiero decir, mierda. Eres la hija de Muriel. Amamos a Muriel. Queremos lo mejor para ella y para ti.

Entrecerré los ojos y evalué su sinceridad. No me gustaba cómo sonaba. Aislin parecía hablar con un tono constante de exasperación e impaciencia. Pero me sostuvo la mirada, insistiendo, y me pregunté si estaba siendo sincera sobre sus intenciones con respecto a mi madre. Si mamá se había quedado aquí con esos lobos durante tanto tiempo, tenían que caerle bien o al menos tener una razón para confiar en ellos, ¿no?

Me levanté y Aislin me esperaba a mi lado. Me llevó de vuelta a la casa mientras Everett permanecía cerca, con los brazos cruzados sobre el pecho y un aspecto poco impresionado. Tenía que preguntarme cómo Everett soportaba la audaz personalidad de su compañera si era tan estoico todo el tiempo. Probablemente ella lo estresaba más de la cuenta.

De vuelta en el salón, no sentí ninguna tranquilidad, sino claustrofobia. Volví a mi sitio en el sofá, donde la ensaladera y el vaso de agua seguían en la mesita, y me senté. Suspiré con los hombros caídos. Aislin se sentó a mi lado, pero no demasiado cerca. —Así que... ¿tu Sueño Lunar?

Sólo Everett había vuelto a la casa con nosotros. Por suerte, Sebastian se había quedado fuera. El hombre de la Guardia de los Mitos cada vez me caía peor, y eso que nunca me había caído bien. Sin embargo, era reconfortante que sólo Everett y Aislin escucharan lo que tenía que decir.

—Debe de haber sido el estrés —supuse, juntando las manos sobre las rodillas.

—Me ocurrió mientras hacía sparring con un compañero de manada —cuenta Aislin—. Me asfixió y quedé inconsciente.

—Tus amigos deberían haberme dejado huir—gruñí.

—Habría ocurrido tarde o temprano, Kiara. No puedes escapar del destino —dijo Everett—. Entonces, ¿quién es?

Por mucho que deseara demostrarle que estaba equivocado, sospechaba que Everett tenía razón. Si no hubiera ocurrido mientras estaba a salvo rodeada de la Guardia de los Mitos y de gente que decía preocuparse por mi bienestar, podría haber ocurrido mientras me atacaban los Inkscales. Eso habría acabado aún peor. Suspirando, apreté los puños hasta que se me blanquearon los nudillos. —El lobo que me atacó. Pelaje negro, ojos azules. Era él.

—Colt —respiró Aislin, repitiendo su nombre para mí—. Colt Hexen.

—También me atacó en el sueño.

Aislin negó con la cabeza. —Es que no hay quien te pare. Claro que tenía que ser él —Miró a Everett—. ¿Qué vamos a hacer?

El alfa de Eastpeak miró pensativo hacia la pared, pero no se atrevió a decir nada.

—¿Por qué dices su nombre así? ¿Qué hizo este Colt Hexen? —pregunté.

—Oh, ¿qué no ha hecho? —Aislin respondió enfadada—. Te diré todo lo que ha hecho, joder.

—Ais, espera —dijo Everett—. Tal vez esta es una conversación que es mejor tener con Billie.

—¿Quién es Billie? —intervine.

—La hermana de Colt —dijo Aislin—. Más o menos. Fue adoptada.

—Entonces, ¿ella también es una Hexen?

—No. Adoptado, como dije.

—Pero ella está de tu lado.

—Nuestro lado —corrigió Aislin.

—Llámalas y dile que venga aquí —le dijo Everett a Aislin.

—No quiero que se involucre más gente de la necesaria —dije.

—Confía en nosotros —dijo Aislin—, querrás conocer a Billie. Ella y Muriel estaban muy unidas.

Sentí una punzada en el corazón y juré para mis adentros: era por celos. Echaba mucho de menos a mi madre. Hacía meses que no la veía, y aquella gente había tenido la suerte de contar con su compañía durante semanas antes de perderla. Me inclinaba a creer que habían dado por sentada su presencia. No la necesitaban tanto como yo. Los celos despertaron cierta ira, pero la reprimí, escuchando cómo Aislin llamaba por teléfono a Billie.

Esperamos veinte minutos. En ese tiempo, algunos de los humanos de la Guardia de los Mitos se marcharon y otros llegaron para ocupar su lugar, entre ellos dos lobos, Carla y Brad. Todos se quedaron fuera, pero Everett iba periódicamente a hablar con ellos. Yo me quedé dentro con Aislin, mirando vaciamente por las ventanas, odiando estar atrapado aquí. Deseando poder hacer algo.

Un golpe en la puerta puso fin a mi espera. Aislin se levantó de un salto para recibir a la recién llegada y la condujo al salón. La nueva mujer era menuda, más o menos de mi edad, con el pelo castaño y suaves ojos verdes. Su agradable sonrisa explicó de inmediato por qué mi madre se había encariñado con ella. La amabilidad era evidente en su rostro y en su forma de comportarse. —Hola —me saludó—. Soy Billie. Tú debes de ser Kiara.

Me estremecí, no quería gustarle. —Sí.

Ella y Aislin se sentaron juntas en el otro extremo del sofá, su camaradería femenina se manifestaba en su proximidad mutua.

—Entonces, ¿Colt es tu compañero predestinado? —La sonrisa de Billie se marchitó un poco, transformándose en preocupación.

Asentí con la cabeza.

Las otras dos mujeres intercambiaron una mirada. —No le he dicho nada más que es tu hermano adoptivo —le dijo Aislin a Billie.

—Vale, bueno... Hay mucho que desentrañar sobre Colt —dijo Billie, frunciendo el ceño.

—Teniendo en cuenta que me ataca cada vez que me ve, sospecho que no es fácil llevarse bien con él —dije.

—Solía ser simpático —dijo Billie—. Crecimos juntos y, durante toda nuestra infancia, me trató mejor que, nadie en mi familia. Se preocupaba por mí. Pasaba tiempo conmigo. Me protegía.

Quería alejarme de la crueldad de mi familia, ya que mi hermana y mi padre sólo se preocupaban de encerrarme en la mansión y obligarme a trabajar. Colt y yo estábamos muy unidos. Cuando se enamoró de Aislin, yo lo apoyé. Pensé que harían una bonita pareja.

Aislin puso los ojos en blanco. —Nunca viste cómo se comportaba conmigo. Cuando no estabas cerca, era un capullo insufrible.

—Yo lo conocía mejor que tú —dijo Billie. Realmente se preocupaba por ti".

Aislin frunció el ceño, incrédula.

No estaba segura de cómo me sentía al saber que mi compañero predestinado había sentido algo tan fuerte por la pelirroja. Estaba claro que esos sentimientos no eran recíprocos, y si Colt me interesara, no creía que corriera peligro de que Aislin invadiera mi territorio. Pero Colt no me interesaba.

—De todos modos —continuó Billie—, todo cambió cuando Gavin resultó ser mi compañero predestinado. Se suponía que su manada, Grandbay, se fusionaría con Dalesbloom. Él salía con la hermana de Colt y mía, Catrina, y se suponía que se convertirían en los Alfas de nuestra manada fusionada. Pero cuando Gavin y yo tuvimos nuestro Sueño Lunar, él rompió con Catrina. Ella no era buena para él, y se dio cuenta de eso. La relación entre Grandbay y Dalesbloom se vino abajo después de que rompieron. David acabó aliándose con los dragones Inkscale, y entonces reveló que había acordado con los Inkscale matar a los padres de Gavin hacía tres años. Ya sabes que tanto David como el líder de los Inkscales, Lothair, están intentando realizar un ritual Lycan, ¿verdad? Originalmente, Catrina debía someterse al ritual, pero durante una batalla hace un mes, Gavin la mató en defensa propia. Y eso abrió una brecha entre Colt y yo para siempre.

Así que Eastpeak y Grandbay no sólo estaban luchando contra el secuestro de mi madre por parte de Dalesbloom y los Inkscales, sino que también se estaba desarrollando todo un drama que los involucraba a todos. No me había dado cuenta de lo estrechamente relacionados que estaban estos lobos entre sí.

—Él cambió —continuó Billie—. Fue como si se convirtiera en alguien que ni siquiera conocía. La muerte de Catrina, mi partida, Aislin unida a Everett... Colt debe sentir que le han quitado todo. Todo lo que le queda es su padre. Pero David es un hombre malvado. Y estoy segura de que sólo está usando a Colt, retorciéndolo para que siga sus pasos. Creo que, si las circunstancias

fueran diferentes, Colt podría haber luchado a nuestro lado, pero en lugar de eso, ha intentado matarnos a nosotros también.

—Seguro que me mataría si tuviera la oportunidad —sugerí.

Mientras Aislin asentía, Billie parecía poco convencida. —No quiero creer que él haría eso. Pero en este momento, realmente no lo sé. Puede que esté demasiado ido. Pero tal vez si alguien, cualquiera, le diera una oportunidad... lo alejara de David...

Aislin se burló. —¿Qué estás diciendo? ¿Realmente quieres que Kiara considere esta mierda de Sueño Lunar?

—No intento defender a Colt ni nada de eso. Sólo digo que es mi hermano y le quiero. No quiero que muera.

—Le dijiste a la Guardia de los Mitos que podían exterminarlo.

—Lo sé —Billie suspiró, frotándose la cara—. Pero eso fue antes de que alguien se convirtiera en su pareja predestinada.

—Le rechazo —dije con firmeza.

La tristeza apareció en el rostro de Billie. —No estás obligada a darle una oportunidad. Ya lo sé. Pero no puedo evitar querer lo mejor para mi hermano.

No sentía ninguna simpatía por Billie, al menos por fuera. No quería que nadie pensara que realmente consideraría enamorar a ese imbécil de Colt. Especialmente si tenía algo que ver con capturar y atormentar a mi madre.

—¿Vas a quedarte aquí, con nosotros, al menos? —preguntó Billie.

—No —dije—. Voy a seguir intentando encontrar a mi madre. Con o sin ti.

Billie separó los labios en señal de protesta, pero Aislin se apresuró a agarrarla del brazo. —No tiene sentido discutir. Confía en mí —le murmuró a Billie, y luego volvió los ojos hacia mí—. Lo sé, en cuanto tengas una oportunidad, saldrás corriendo. Yo haría lo mismo. Pero si vas a hacerlo, que sepas que Colt y todos los que están asociados con él no tendrán piedad contigo. Si crees, por alguna razón, que puedes confiar en él... te equivocas. No caigas en su trampa sólo porque es tu compañero predestinado. Mantente lo más lejos posible de él. Si vas a intentar

rescatar a Muriel, tendrás que hacerlo sin su ayuda.

Su consejo fue... sorprendente pero apreciado.

—Y si alguna vez necesitas a alguien a quien recurrir, estaremos aquí. ¿De acuerdo?

Resoplé. —Claro —. Había obtenido toda la información que necesitaba de estas dos mujeres. Me levanté y me dirigí de nuevo a la puerta principal.

Pero entonces, detrás de mí, oí a Aislin hablar con tranquilidad a Billie. —Si no la matan, apreciará más nuestra oferta que si la obligamos a quedarse. Además, estamos intentando rescatar a Muriel. Si atrapan a Kiara, también la rescataremos. Todo estará bien, Billie.

Tal vez Aislin tenía razón. Pero si me capturaban, y si se preocupaban por Muriel tanto como decían, entonces tal vez no estaría totalmente condenado. No es que contara con que esos lobos tuvieran éxito.

El tiempo diría si me servirían de algo.

Capítulo 8

Colt

Ese día, en la oficina, mi jefe comentó: —Esas ojeras se te están poniendo más oscuras, Colt. ¿A qué vienen esas noches sin dormir? —Luego se inclinó sobre mi mesa y me habló en privado—. ¿Va todo bien?

Levanté la vista del ordenador y la pantalla se reflejó en mis gafas, que sólo llevaba en la oficina. Otros cinco agentes sentados en sus mesas me miraron de reojo, tratando de ocultar su curiosidad. —Todo va bien —dije, forzando una sonrisa—. Hace poco salió un nuevo videojuego. Odio tener que admitir que me he pasado la hora de acostarme por él —Una risita con tacto.

Mi jefe arrugó los ojos y se enderezó. —Ah, ustedes los jóvenes y sus Nintendos y Maestros Jefes.

—Me sorprende que conozcas esos nombres —comenté cuando empezó a alejarse.

—Estoy a la moda —se burló mi jefe—. Veo lo que hacen mis hijos, ¿sabes?

Vi cómo mi jefe regresaba a su despacho, pero sabía que seguiría bajo el escrutinio de mis compañeros, que tendrían mucho más tiempo para observarme durante esas horas de trabajo tranquilo y tenso. Me ocupé de mis asuntos y no hablé mucho. Era agradable tener algo en lo que pensar aparte de Sueño Lunars, y me mantuve ocupado creando una serie de cuentas nuevas hasta el final del día.

Después del trabajo, en lugar de volver a la mina de plata, aparqué el coche en Hedge Road, desviándome en un tramo cercano al lugar donde el difunto Beta de Everett, Taylor, había acampado una vez por -en aquel momento- motivos desconocidos. Más tarde descubrimos que habían estado vigilando un micrófono que de algún modo habían conseguido plantar en la Mansión. Todavía me inquietaba pensar que nos espíaran. Mi ira me había hecho sentir que la muerte de Taylor estaba justificada, e incluso había argumentado que Everett también debía ser eliminado, por la invasión de la privacidad, pero la piedad y la lógica razonaron más tarde que sólo lo habían hecho para protegerse. Ni siquiera estaba segura de haber apoyado la decisión de

matar a Taylor al final.

Adentrándome en el bosque, encontré un hueco en el tronco de un árbol donde se separaban dos ramas bajas. Allí guardé la ropa en una bolsa de basura. El cielo nublado de la noche sugería una gran probabilidad de lluvia, y no quería volver de la caza con la ropa empapada. Me transformé, con el pelaje negro ondulando por todo mi cuerpo y los dientes afilados con destreza depredadora. Me pregunté si ella podría sentirme cada vez que me transformaba. ¿Qué podía sentir de ella? Sólo el dolor ocasional y llamaradas de furia indignada que no estaba seguro de si pertenecían a ella o a mí. Ocultaba bien sus sentimientos, y supongo que no sólo de mí.

Atravesé el bosque, dirigiéndome hacia la frontera con Eastpeak. Si había sido capturada por la Guardia de los Mitos, lo más probable era que estuviera con Everett. No era tan estúpido como para ir directamente a la casa de Everett a investigar, aunque en parte, me preguntaba qué estaría arriesgando al hacer eso.

A medida que el verano se acercaba al otoño, los helechos empezaron a perder su color, pasando de un verde vibrante y flexible a un cobre quebradizo. Las hojas se volvieron marrones y palidecieron hasta volverse amarillas. El hedor de la podredumbre surgía de debajo de la tierra, la hojarasca en descomposición daba al suelo un cierto chirrido poco apetitoso que dificultaba viajar en silencio. Mantuve la vista en todo lo que me rodeaba, la nariz en el suelo en busca de olores, pero al cruzar la zona neutral entre Dalesbloom y Eastpeak y acercarme al territorio de la manada montañosa, descubrí que sus olores eran escasos. No habían refrescado sus fronteras en un par de días.

La manada no había abandonado su territorio, ¿verdad? Probablemente sería más sabio si lo hicieran.

La ausencia de su olor me inspiró confianza para sobrepasar el perímetro. Mis pensamientos se aferraban a Kiara y a lo que podría hacer cuando la encontrara. Ahora mismo, no estaba bien preparado. No había pensado en un plan más allá de encontrarla y convencerla de que viniera conmigo a la mansión. ¿Y si tenía que traerla por la fuerza? Consideré seriamente tenderle una trampa.

Mi plan se complicó cuando sentí una punzada en el estómago. Tenía hambre, pero no la sentía del todo como mi propia hambre. Había un vacío dentro de mí, una incapacidad para saciarme, y aunque sufría esos sentimientos por mi cuenta, sabía por su disociadora resonancia que también pertenecían a otra persona. Al igual que yo, Kiara tenía hambre. Lo interesante era que, a pesar

de ser una loba, no podía matar. Su sangre de unicornio no le permitía ingerir carne fresca. ¿Cómo lidiaba con eso? ¿Luchaba? ¿Se sentía insatisfecha?

Entonces, tuve una idea.

Lamiéndome la nariz, cambié de trayectoria, buscando ahora una presa. No tardó en cruzarse en mi camino el olor de los ciervos. No era difícil encontrarlos en estas montañas. Y con el sol hundiéndose entre los árboles, proyectando largas sombras, el terreno estaría perfectamente moteado para disimular mi presencia en él. Me agaché sigilosamente y me abrí paso a través de la penumbra, siguiendo el rastro hasta que divisé a mi presa: una joven cierva nacida la pasada primavera, separada de algún modo de su manada.

Durante minutos, me escondí entre los arbustos y observé, discerniendo la ruta que probablemente seguiría una vez que me hubiera expuesto. Esperé a que el viento lanzara mi olor en su dirección y a que ella me detectara y decidiera en la quietud que yo no era una amenaza. La pillaría desprevenida cuando confiara en el silencio del bosque.

La culpa me acosaba de vez en cuando. Las elegantes piernas de la cierva me recordaban a la híbrida. Pero mi hambre también me recordaba a ella.

Cuando la espera se hizo insoportable, salí de entre los arbustos y corrí hacia la cierva. Inmediatamente se dio la vuelta y voló entre los árboles, huyendo de mí. Sin embargo, tuve suficiente motivación para moverme aún más rápido. Mis patas esquivaron los desniveles y las raíces volteadas que podrían haber hecho tropezar a un depredador más descuidado. Estaba concentrado, mi determinación se debía a que veía a la cierva como la criatura que quería capturar y a la que quería hincar el diente. Cuando se echó hacia un lado, me lancé tras ella, siguiendo cada zancada con gran precisión hasta que llegué a su flanco. Agachando el cuello, agarré la carne de su costado y le di un bocado. La cierva baló alarmada. Apreté, probé la sangre y giré la cabeza hacia la derecha. Sus movimientos se volvieron erráticos al intentar apartarme de un puntapié, pero este animal podría haber sido mi pareja predestinada y no iba a cejar en mi empeño. Apoyé todo mi peso en los pies, derrapando en la tierra. La cierva se frenó conmigo. Sólo la solté para lanzarme hacia delante y agarrarla por la unión de su cuello y hombro, y esta vez, mis caninos hicieron presa en la parte inferior de su garganta.

No pasó mucho tiempo antes de que su lucha por respirar mermara su capacidad para correr. La cierva tropezó y se desplomó. Me puse de pie sobre ella, victorioso. Por fin.

Tenía tanta hambre que mi bestia ya no estaba bajo mi control. El corazón me latía en los oídos, cegándome mientras arrancaba carne del ciervo aún vivo, tragando todo lo que encontraba su camino entre mis dientes. Saber que Kiara experimentaría estas mismas sensaciones me embriagaba. Pero para ella no serían nutritivas ni saciantes. Tal vez la torturaría imaginar la carne que estaba comiendo. Tal vez la frustraría, ya que nunca podría alimentar a su bestia. Eso esperaba. Quería provocarla.

Mi lobo devoró el flanco de la cierva con frenesí.

El resto de ella se convertiría en cebo.

Capítulo 9

Kiara

Esperaba que la Guardia de los Mitos intentara seguirme una vez que volviera a estar sola. Por eso me marché lo más rápido posible, sin mirar atrás, asumiendo de nuevo mi forma de bestia y corriendo hacia los árboles. La oscuridad me dio un respiro y me protegió de miradas indiscretas. Brevemente, había considerado quedarme en la seguridad de la casa de Everett durante la noche, pero no podía soportar mostrar ningún tipo de vulnerabilidad aceptando su ayuda.

En lugar de eso, encontré una cómoda madriguera entre las rocas de la ladera de la montaña, en pleno territorio de los Eastpeak, y allí me quedé dormida. Era la primera noche en mucho tiempo que dormía ocho horas seguidas. El cansancio me había vencido.

Por la mañana, el hambre me acosaba. Siempre lo hacía. Me pasé un rato buscando bayas, pamlinas, violetas y los volantes amarillos brillantes de la gallina de los bosques que crecían a poca altura en los robles. Este tipo de setas eran quizá el alimento más sustancioso de que disponía en la naturaleza. Aquella mañana comí todas las variedades no venenosas que encontré, pero aun así no quedé satisfecha. Nunca me pareció suficiente, no cuando mi cuerpo me pedía a gritos proteínas que no podía ingerir. Por la tarde volví a tener hambre. Había pasado la mayor parte del día en el corazón de Pico Oriental, y debería haberme quedado allí si quería seguir buscando, pero la inquietud me llevó de vuelta al perímetro. Fui hacia el norte, siguiendo mi corazón hacia Dalesbloom.

El cielo se oscureció y las nubes le quitaron todo el color. El aire se sentía pesado, húmedo y frío para finales de septiembre. Las hojas se esparcían por una brisa gélida que cortaba mi sedoso pelaje. Volví a pensar en la búsqueda de mi madre mientras peinaba la ladera de la montaña en busca de rastros de los Inkscales. Si captaba su olor, podría seguirlos hasta donde se escondían. Ese fue mi único objetivo durante horas.

Hasta que el hambre volvió a rugir en mí.

Esta vez era peor que antes, intenso y punzante. Me detuve entre los árboles cuando el nublado se disipó lo suficiente como para dejar caer algunos rayos del sol tardío, pero sólo fue un calor

fugaz antes de que el cielo gris volviera a dominar. Era como si la Diosa del Cielo no pudiera decidir si bendecirme o maldecirme. Cuando volvió el frío, cerré los ojos y busqué el origen de la agitación en mis músculos. Apreté la mandíbula a pesar de las ganas de rechinar los dientes. De repente, el aroma fantasmal de la carne me llegó a la nariz. Sin pensarlo, me puse en marcha en busca de su origen. No eran dragones. Era otra cosa. Algo vivo.

El instinto de caza del lobo nunca puede ser dominado.

Las nubes grises vencieron al sol para siempre, sumiendo el bosque en una oscuridad opaca y húmeda a medida que la tarde se acercaba a la noche. Cacé hasta que el fantasmal aroma de la sangre fresca se hizo real. Había una cierva a un cuarto de milla, ya muerta, picándome la nariz con sus venenosas vísceras. Eso anuló el propósito de mi búsqueda, ¿no? Quería cazar, perseguir, matar, pero el hecho de no poder hacerlo me tranquilizaba, quizá, porque la hazaña ya se había realizado por mí. Me sentí atraída hacia el animal, no sabría decir si por curiosidad o por codicia primitiva. Mi bestia se había apoderado de mí y no pensaba, sólo actuaba por instinto.

Aceché entre los árboles hasta que el cuerpo apareció entre los helechos, con las vísceras de un rojo brillante como único color que podía ver en el crepúsculo. Reduje la velocidad y mi lengua se pegó a mi nariz para absorber el olor. En cuanto estuve lo bastante cerca, detecté un olor secundario flotando a su alrededor, impreso en las pisadas en la tierra y entretelado en las marcas de los dientes en la carne. El olor me paralizó.

Colt Hexen. Este fue su asesinato.

No era de extrañar que me hubiera sentido tan voraz. Nuestro recién encontrado vínculo habría compartido conmigo su excitación de cazador. Gruñendo, maldije poder sentir lo que él sentía y me mantuve alejado de la presa mientras la rodeaba. El hijo de Hexen no se había quedado, no que yo pudiera decir. No había movimiento en los árboles, ni señales de que se hubiera quedado; sin embargo, estaba oscuro y no podía ver muy profundamente entre la vegetación. Me acerqué despacio, estirando el cuello para olisquear el cadáver. Me quemaba la nariz y la garganta. Tenía muchas ganas de comer.

Con curiosidad experimental, posé los dientes en el hombro de la cierva, saboreando la sensación de tener una presa entre las mandíbulas. Me estaba burlando de mí mismo, lo sabía, pero no podía negar lo placentero que era al menos experimentar la sensación. Cuando mordí más fuerte, la carne cedió y sentí hueso bajo mis caninos. Me perdí en ello hasta que accidentalmente rajé la piel y la sangre tocó mis encías.

El dolor me recorrió la boca. Retrocedí, sacudí la cabeza y escupí. Por mucho que lo deseara, mi ascendencia unicornio no me permitía ni siquiera probarlo.

Me alejé del cadáver y gruñí de frustración. Sería mejor que lo dejara estar. Sólo iba a hacerme daño si seguía jugando. Moví la cola con rabia mientras retrocedía, pero el hambre volvió a retumbar en mi estómago y la bestia se apoderó de mí. No pude evitar que mis pies se acercaran al cadáver, y esta vez mis fauces se abrieron de par en par. Tomé un bocado de carne que sabía que me envenenaría, pero a mi bestia no le importó.

Siempre estaba en guerra conmigo misma. Mis impulsos me destruían. Tenía tanta hambre; algo fuera de mi control me hacía querer comer esta carne.

Tras un breve momento de placer, mi cuerpo reaccionó violentamente, la agonía me abrasó la boca, la garganta y cualquier otro lugar donde la sangre entrara en contacto. Mi bestia híbrida estaba cegada por la sed de sangre y la gula. Me abrumaron, y entonces, como si mi unicornio interior intentara detenerme antes de que fuera demasiado tarde, mi visión se oscureció y mis miembros fallaron. Me aparté del cadáver una última vez antes de desplomarme sobre la tierra, paralizada, y caer inconsciente.

El suelo se movió debajo de mí. Tenía la boca abierta, llena. Allí tumbada, sin fuerzas, no entendía cómo el bosque que me rodeaba se deslizaba sin que mi cuerpo gastara energía. Puse los ojos en blanco e incliné la cabeza hacia arriba, buscando una explicación, hasta que vi la gruesa cuerda que me rodeaba el hocico y me impedía abrir la boca más de lo que ya estaba. Me habían metido algo en la boca, una tela empapada de saliva y sangre que me ahogaba con el olor a pino de mi prometida. Inhalé con fuerza y sentí que no podía respirar lo suficiente. Presa de un pánico repentino, me agité y descubrí que tenía las patas delanteras fuertemente atadas con otro trozo de tela. Un jersey de largos brazos me rodeaba los tobillos con fuerza. Alguien me había atado utilizando los pocos recursos que tenía.

Mis movimientos bruscos hicieron que mi captor me soltara. Las manos sumergidas en el espeso pelaje detrás de mi cuello se soltaron, y vi a un hombre erguirse, caminar a mi lado y mirarme.

—Perdón por la... —Señaló vagamente su boca, refiriéndose a la camiseta que había metido en la mía—. No quería que me mordieras cuando te despertaras.

Un gruñido ahogado salió de mi garganta. El dolor me abrasó las encías y me hormigüé por todo el cuerpo, donde me manché de sangre.

—Y tus pies... —continuó—. No quería que salieras corriendo antes de que pudiera recuperar mi camisa.

Gruñendo, levanté el cuerpo hacia un lado hasta quedar boca abajo, con los codos pegados al pecho y las patas estiradas delante de mí. Me esforcé por concentrarme en la persona que tenía delante.

Colt Hexen se agachó y me miró a los ojos, sonriendo. —Se suponía que no debías comerte esa cierva. Supongo que ahora los dos sabemos lo que pasa cuando un híbrido de unicornio y lobo intenta consumir carne fresca, ¿eh?

Todavía estaba aturdida, pero no tanto como para reconocer el destello de ira en mi interior.

—Sólo te estaba alejando del cadáver. Por si te despertabas e intentabas comértelo otra vez. No pasa nada. No te culpo. Muchos cambiaformas no pueden controlar a su bestia antes de ser marcados. No te creerías cuántas veces he visto que eso ocurría últimamente —dijo Colt, poniéndose de pie de nuevo. Por lo que acababa de decir, esperaba que empezara a desatarme los pies y a quitarme la camiseta de las mandíbulas, pero en lugar de eso, me rodeó. Levanté la cabeza con esfuerzo y lo miré con los ojos entrecerrados.

Colt me evaluó y volvió a arrodillarse a mi lado. Extendió la mano para tocarme la espalda, y yo me ericé, inclinándome en dirección contraria y dándole una patada. Con una pequeña carcajada, retiró la mano. —Estás cubierta de hojas, estiércol y sangre. Se me ocurrió intentar limpiarte un poco —Como no le respondí, apoyó los codos en las rodillas y suspiró—. ¿Por qué no te cambias hacia atrás? Será más fácil limpiarte.

Gruñí a través de la camiseta.

—¿Sigues enfadado por lo del sábado por la noche? —Colt se levantó, frotándose la nuca. Parecía totalmente indiferente, sonriendo como si toda la situación le divirtiera. Mientras caminaba hacia donde estaba mi cabeza, observé cómo se ondulaban los delgados músculos de sus brazos y su pecho desnudo, y cómo le colgaban mechones de pelo negro por encima de la frente. Levantó la voz con un tono juguetón—. Lo siento. Ya sabes cómo es... Hago lo que me dice mi padre. Por supuesto, eso fue antes de que descubriéramos que somos compañeros predestinados. El Sueño Lunar cambió las cosas —Colt se cernió sobre mí—. No voy a entregar a mi pareja predestinada para que la maten.

No creí ni una palabra de lo que dijo. Sobre todo, cuando me tendió la mano y vi que sus dedos

se arqueaban hacia el cuerno en espiral de mi frente. El miedo visceral me hizo inclinar la cabeza hacia un lado, y la afilada punta de mi cuerno se clavó en su palma derecha, sacando sangre.

Colt gritó y retiró la mano herida, aferrándola con la otra mientras la sangre manaba entre sus dedos. —¡Maldita sea!

Con las patas delanteras atadas, no pude hacer mucho más que luchar para sentarme. Busqué desesperadamente una vía de escape, me puse en pie tambaleándome y retrocedí para alejarme de Colt. Pero no podía correr. Por mucho que lo intenté, sólo conseguí caerme. Metí la nariz entre las patas delanteras e intenté arrancar la cuerda con el hocico o desprender la camiseta de entre los dientes, pero no fui lo bastante rápida.

Colt se abalanzó sobre mí de nuevo. Se puso encima de mí y me rodeó el cuello con los brazos. Le lancé el cuerno, pero lo esquivó, manteniendo la distancia con la única arma que me quedaba. Con furia concentrada, tiró de mi cabeza hacia atrás y me apretó la garganta, sujetándome firmemente mientras yo contorsionaba mi cuerpo de lobo en señal de protesta.

—No quería usar la fuerza, pero no me has dado otra opción —respiró—. Tengo que encontrar una manera de protegerte. Así que vas a venir conmigo, quieras o no.

Su voz siseó en mi oído y fue lo último que registré antes de que se me fuera la conciencia.

Mi cuerpo estaba una vez más a su merced.

Capítulo 10

Colt

No había forma de salvar una posible relación entre mi compañera predestinada y yo. Para empezar, nunca había sospechado que tuviera alguna oportunidad con ella, pero después de atarla y estrangularla, supe sin lugar a duda que me odiaría más de lo que jamás sentiría por mí. Eso iba a hacer que esta próxima semana hasta la luna llena fuera la más dura de mi vida.

Deseaba poder bloquear todas las emociones persistentes de mi corazón. ¿Qué tendría que hacer para no volver a sentir nada? Quería matar cada aleteo de pena, ira y anhelo que me atormentaba.

Durante el resto del viaje de vuelta a mi vehículo, Kiara se despertaba periódicamente y luchaba contra mí, pero sólo hasta que encontraba la forma de volver a dejarla inconsciente. Me preocupaba que para cuando la cargase en el coche -ahora atada con cuerdas elásticas- pudiera haberle provocado daños cerebrales por todo el oxígeno del que la privé. No me lo puso fácil para secuestrarla. Pero nunca había secuestrado a nadie. Durante todo el viaje, oí sus golpes en el maletero.

Llegamos a la mansión Hexen hacia medianoche. Una ligera lluvia caía a nuestro alrededor, brillando en los faros que apuntaban hacia mi casa hasta que apagué el coche. Me había puesto el jersey extra que siempre guardaba en el asiento trasero, pero el frío me atenazaba igualmente. Al abrir el maletero, miré a la híbrida, incapacitada en las coloridas ataduras de las cuerdas elásticas. Sus patas de lobo estaban dobladas y pegadas al cuerpo, y el blanco de sus ojos brillaba con ira. Me corneaba con su cuerno a la primera oportunidad. Todavía me palpitaba la mano y sangraba a través de la venda improvisada de papel que me había puesto en la palma. ¿Cómo iba a sacarla del maletero?

Empecé por sus ancas, tirando de ella hacia arriba y hacia la lluvia. Ella retorció su cuerpo, tratando de apuñalarme. Al menos pude evitar su trompa acercándose a su trasero. Kiara cayó pesadamente sobre la calzada de hormigón y me estremecí un poco cuando su cabeza golpeó el suelo. Luego la arrastré por las patas traseras por el lateral de la casa, a través de la hierba húmeda, hasta la terraza. No dejó de luchar por liberarse. Busqué a tientas las llaves en el bolsillo y abrí las puertas de cristal que daban al comedor. La arrastré hacia el interior y hacia las

escaleras que conducían al sótano. Dejó un rastro de barro y sangre, pero no iba a limpiarlo.

Se habrían necesitado tres o cuatro personas para bajar un cuerpo de su tamaño por aquellas escaleras, pero después de que sus sacudidas me dificultaran sujetarla bien, la dejé caer al frío suelo de cemento. —Lo siento —le dije, sin sentirlo en absoluto. Ella gruñó indignada.

Luego, la llevé a la cámara frigorífica, donde solía descuartizar la caza. Ella estaría bien durante unos minutos mientras yo rebuscaba en el resto del sótano, buscando una jaula de alambre que una vez se había utilizado para atrapar a un coyote más allá de los límites de Dalesbloom. Eso fue hace años, cuando mi padre nos entrenaba a Catrina y a mí para la caza. Por horrible que fuera, quería una presa viva, algo lo más parecido posible a un lobo. Ahora entiendo que había estado probando lo dispuestos que estábamos a masacrar a nuestra propia especie. Catrina había sido la que había matado.

Coloqué la jaula en la cámara frigorífica, empujé a Kiara dentro y la cerré. Finalmente, agotado y sudoroso, me aparté y me enjuagué la frente. —Aquí estarás bien. No creo que nadie baje a esta habitación. ¿Tienes hambre? ¿Tienes sed?

La híbrida me miró por encima del hombro, emitiendo ruidos primarios de animal.

—¿No? Vale. Supongo que entonces te limpiaré —decidí. Cogí la manguera que estaba conectada al lavabo de la pared y que solía utilizar para rociar sangre en el desagüe del suelo. No es que disfrutara especialmente tratándola así, pero había algo ligeramente satisfactorio en la forma en que se sentaba indefensa dentro de la jaula mientras yo la empapaba. Sabía que eso la enfurecía por el fuego que se estaba gestando en mi propio pecho y que sentía a través de nuestra conexión. Era una putada por mi parte, pero me gustaba tener tanto control sobre ella.

Una vez enjuagada toda la sangre y la mugre de su pelaje, se tumbó de lado, con las costillas subiéndolo y bajándolo bruscamente mientras el pelaje mojado se le pegaba al cuerpo. Las curvas de su anatomía quedaban expuestas por la piel empapada. La vi estremecerse.

—Si eso es incómodo para ti, ¿por qué no te cambias hacia atrás? —sugerí—. Estoy seguro de que las cuerdas elásticas estarán lo suficientemente flojas como para caerse una vez que vuelvas a ser humano.

La híbrida levantó la cabeza y me convencí de que, si pudiera hablar, me lanzaría todo tipo de maldiciones. Su cola se levantó en un silencioso "vete a la mierda".

—Probablemente tendrás que usar el baño en algún momento, también. Puedes ensuciarte aquí, pero no creo que sea muy digno. Además, si no quieres que te cosechen el cuerno, sería prudente que fueras humano. De verdad. Sólo intento facilitarte las cosas.

Gruñó y volvió a bajar la cabeza. Intuí que no iba a ceder y me di la vuelta para marcharme. La híbrida estaba atada y encerrada en la jaula; la había asegurado con un pequeño candado. Así que, segura de que no escaparía, cerré la puerta tras de mí y subí a cambiarme de ropa.

En el comedor, estuve a punto de resbalar con el rastro de estiércol que había dejado. Me agarré con la mano en la mesa y miré a través de la oscura cocina, escuchando, medio esperando oír movimiento en el piso de arriba. O de oler los pasos recientes de un compañero de manada. Sólo entonces me di cuenta de lo inquietante que era, de lo silenciosa y solitaria que se había vuelto la mansión desde que la abandonamos para escondernos en la mina. Miré con culpabilidad la suciedad del suelo y, antes de hacer nada, busqué la fregona y la limpié.

Arriba, mi habitación seguía intacta desde que me había ido. Me quité la ropa empapada por la lluvia y me puse unos pantalones de chándal negros y un jersey azul. Por último, en el baño, me limpié la mano y me la vendé. Mañana no podría ocultárselo a mis compañeros de trabajo. Tendría que pensar en alguna explicación de por qué no había ido a que me pusieran puntos.

De vuelta al sótano, me detuve en la cocina para sacar una botella de agua de la nevera. Puede que Kiara se negara a hablarme, pero no fui del todo cruel. Sabía que, al menos, necesitaría beber algo.

Al llegar a la cámara frigorífica, abrí la pesada puerta de metal y me quedé helado al ver lo que había dentro.

Las cuerdas elásticas y mi camiseta estaban tiradas en el fondo de la jaula. Una chica pálida y delgada estaba de rodillas, con el pelo plateado y brillante colgándole de los hombros y enmarcándole la cara. Las crestas de su columna vertebral brillaban húmedas a lo largo de su espalda, y las delicadas plantas de sus pies se balanceaban bajo sus flexibles nalgas. Sus finas cejas eran lo único oscuro en ella: eso y la mirada que me lanzaba, ojos violetas sombreados de furia. —Sácame de esta jaula.

—No —respondí, atónito.

Kiara se sentó, dejando al descubierto los pechos redondos y llenos de su pecho, con los pezones rosados en posición de firmes y la piel desigual con la piel de gallina. —Si te importo lo

suficiente como compañera predestinada como para no matarme, entonces te importaré lo suficiente como para dejarme ir y rescatar a mi madre —No había súplicas en su voz, ni la dulzura de la manipulación, sino una fría y dura exigencia.

No quise acercarme más por miedo a que viera mi excitación a través de mis sudores. La mera imagen de ella me excitaba, a pesar del tono despiadado con el que me hablaba. —Nunca dije que me importara.

Ella frunció el ceño, e incluso eso fue hermoso. —¿Qué pretendes hacer conmigo, entonces?

—No estoy seguro —Pero empezaba a tener ideas.

—Dame el agua —dijo.

Sin pensarlo, me acerqué a ella y me reprendí en silencio por obedecer su orden. De pie frente a la jaula, me pregunté cómo pasarle la botella sin dejar demasiado espacio para que escapara, pero no era posible. Tendría que abrir la puerta y no iba a darle la oportunidad de huir tan pronto después de haberla atrapado.

—Dámelo —le instó.

Empecé a desenroscar el tapón. —Abre la boca.

Kiara hizo una mueca de desprecio y enroscó los dedos alrededor del armazón de alambre metálico. —Ya sabes lo que quieres hacer conmigo, ¿verdad?

¿Podría leer mi mente? No, aún no, no hasta que estuviéramos marcados. Lo más probable es que pudiera sentir el calor agitándose en mi ingle.

Sin querer admitir nada, puse la botella encima de la jaula y caminé a su alrededor, observándola desde todos los ángulos. Ella me observaba. Me detuve junto a la jaula, mirándola a los ojos mientras metía los dedos con cuidado, enganchaba la cuerda elástica más cercana y tiraba de ella. Ella no me detuvo, ni siquiera cuando maniobré para agarrarme a las demás hasta que sólo quedaron dos. —Pásamelas.

—No.

—No te servirán de nada.

Kiara recogió las cuerdas en su mano. —Abre la puerta y dame el agua. Luego, te los entregaré.

Sabía que desbloquear la jaula provocaría un altercado, pero el punto muerto al que habíamos llegado me dejaba con las tripas revueltas por que pasara algo, lo que fuera. Quería una excusa para tocarla, imaginando la pelea que habíamos tenido en nuestro Sueño Lunar.

Aunque sólo fuera por la oportunidad de hacer algo físico, rodeé la jaula y me coloqué frente a ella, agarrando las cuerdas que había recuperado. Saqué la llave del candado y lo abrí. Cogí la botella de agua y la miré fijamente mientras abría la puerta.

Capítulo 11

Kiara

Tenía que saber que, si aceptaba el trato, yo me escaparía. No oculté mis intenciones. Mi cuerpo estaba enroscado, listo para saltar, y aun así abrió la jaula.

En cuanto la puerta se abrió, me abalancé sobre ella, empujándola con el hombro y saliendo disparado hacia la libertad.

Por supuesto, lo sabía. Lo había previsto. Por eso dejó caer la botella de agua y saltó hacia atrás en lugar de dejar que le empujara. Mis rodillas rozaron el cemento, metí los pies debajo de mí e inmediatamente salté hacia arriba, sólo para ser recibida por los anchos brazos de mi captor. Para mi sorpresa, Colt me atrapó y me estrechó contra él, agarrando una cuerda elástica con ambas manos y estirándola a mi alrededor. Le aparté el pecho de un empujón y me giré, intentando liberarme, pero ya me había atado los brazos contra el cuerpo y enganchado la cuerda a la espalda. Mi error había sido darme la vuelta. Ahora no podía doblar los brazos hacia atrás para desenganchar la cuerda. —Mierda —gruñí.

Una segunda cuerda elástica que colgaba del bolsillo de Colt me rodeó las muñecas. Me incliné hacia delante y traté de pisotearle los pies por detrás, pero fallé o le golpeé con el talón en los dedos, lo que él soportó con un gemido. Antes de que me diera cuenta, me había atado las muñecas con la nueva cuerda y me había privado del uso de las manos. Volví a girarme, sorprendida de poder hacerlo, y me enfrenté a él.

Colt me miró con suficiencia con una tercera cuerda elástica.

Miré hacia la puerta que había dejado entreabierta. Todo lo que tenía que hacer era pasar por delante de él.

Pero fui demasiado obvio al buscar mi huida. Cuando me lancé a la carrera, me agarró del brazo, se colocó detrás de mí y me rodeó el cuello con la cuerda. Lo aseguró con el gancho de un extremo y estiró el otro gancho hacia abajo, uniéndolo a la cuerda de mis muñecas, de modo que me estranguló y me echó la cabeza hacia atrás. Volví a agitarme contra él, frunciendo el ceño mientras me sujetaba las muñecas con una mano y me sujetaba la garganta con la otra. Sus dedos

me acunaban la tráquea, apretándome bajo la mandíbula.

—Por favor —murmuró Colt en mi oído—. Pensé que sería más difícil.

Mi desesperación por huir debió hacerme descuidado. Los últimos días habían sido difíciles. Estaba perdiendo mi toque, dejándome capturar, incapaz de luchar para liberarme. Con una mueca, cerré los ojos y me quedé inmóvil, intentando pensar.

—¿Qué crees exactamente que quiero hacerte? —preguntó, con la voz apenas por encima de un susurro y flotando en notas de sutil risa.

Tragué saliva. —Sólo quieres meterme la polla, puto cerdo.

—Para ser una criatura de tan divina pureza, tienes un vocabulario muy vulgar —le espetó Colt.

—Sólo la mitad de mí es pura —respondí—. La otra mitad quiere arrancarte la garganta.

—Puedes intentarlo —se burló.

La presión contra mi culo demostró que intentaba incitarme a algo físico. Los recuerdos de nuestra pelea en Sueño Lunarel Sueño Lunar me llenaron de un calor inoportuno. Al principio me había resistido, pero la proximidad entre nosotros se había vuelto embriagadora de una forma que no podía comprender. Reavivó esa sensación aquí, aferrándose a mí como si pudiéramos volver a perder de vista los límites de nuestros cuerpos. Yo no le deseaba. Pero cuando peleábamos y cuando estábamos lo bastante cerca como para respirarnos mutuamente, nada satisfacía mi vacío como lo hacía su tacto. Frustrada, apreté la mandíbula y traté desesperadamente de apartarme de él.

Colt contraatacó acercándose más, abrazándose con la espalda contra su pecho. —Estoy cansado de que me aparten las personas que quiero. Así que, vale, tienes razón. Quiero follarte —me dijo al oído. Su aliento caliente y la dureza de su confesión me hicieron estremecer—. Pero a pesar de todo lo que he perdido, sigo sin atreverme a ser egoísta. No voy a hacer nada que tú no quieras que haga.

Mentira, pensé.

Liberó una de sus manos para coger la botella de agua, pero había caído al suelo. Así que obligó a mi cuerpo a tirarse al suelo con él hasta que ambos estuvimos arrodillados, sus rodillas a ambos lados de mis caderas, su cuerpo arqueándose para alcanzar la botella hasta que pudo agarrarla.

Con la barbilla apoyada en mi hombro y los brazos rodeándome, desenroscó el tapón. Luego me acercó el agua a la cara. —No quiero que te deshidrates.

Es cierto que sentía la garganta terriblemente seca, pero era por el forcejeo constante y nada más. —Todavía estoy jodidamente hidratado de cuando me lavaste con la manguera.

—Me excita cuando me insultas.

Eché la cabeza hacia atrás todo lo que pude mientras él sentaba la boca de la botella de agua contra mi labio inferior. Luego la inclinó hacia arriba, mientras yo apretaba los labios. El agua resbaló por mi cara y cayó sobre mi pecho desnudo.

—Bebe, por favor. Sé que tienes sed.

Aunque no quería, cedí y abrí la boca al suave chorro de agua. Colt rugió de satisfacción mientras yo bebía. Después de unos tragos, apartó la botella.

—¿Bien?

—Sí —dije con voz ronca.

—¿Tienes hambre?

—No.

—¿Tienes frío?

Dudé, pensando en cómo podría utilizar mi siguiente respuesta en mi beneficio. —Sí.

—Hace bastante frío en esta habitación, ¿verdad? —Colt se inclinó y dejó la botella de agua en el suelo—. Yo soy el que lo mantiene así. Aquí es donde mato a nuestros animales. Mi padre prefiere la cocina, pero a mí me gusta aquí abajo. El frío mantiene la carne fresca —Sus brazos permanecían firmemente alrededor de mí. Si había pensado que iba a dejarme en paz o al menos a separarse de mí para darme el jersey que llevaba, me equivocaba—. Ha habido tanta sangre aquí que ha manchado el suelo. ¿Puedes olerla?

Bajó la voz hasta mi oído, con una entonación suave y tranquila que traicionaba la inquietante morbosidad de sus palabras.

—No —gruñí.

—No me mientas. Atiborrarte de ese cadáver no te ha abierto el apetito —tarareó. Sus labios rozaron mi oreja y me provocaron una aguda inhalación—. Sé que aún tienes hambre.

Un fuego se despertó en mi interior. Quería ocultar cada parte de mí a Colt, pero sólo esas palabras amenazaban con que nunca podría hacerlo. Él sabría de mi glotonería y avaricia. Conocería todas las ramificaciones del deseo que sentía, especialmente la que me torturaba ahora, agitándose en mis entrañas y ansiando ser enfrentada. Tenía tanta, tanta hambre.

—Déjame saciar tu hambre —murmuró.

Nuestra vertiginosa cercanía era cada vez más persuasiva. Nuestro vínculo predestinado encendió una lujuria a la que no pude resistirme mientras él me tocara. Mi cuerpo y mi mente entraron en un calor receptivo que lo ansiaba. Lo odiaba, pero en ese momento lo único que quería era alivio.

Sentí que una mano bajaba por mi vientre, que los dedos bailaban ligeramente alrededor de mi ombligo y se dirigían hacia mi monte, a través de mi campo de vello suave y claro. Su mano derecha, la que me había cortado y ahora tenía vendada, permaneció en mi pecho, acariciándome el pezón. Un suave beso detrás de la oreja me prometió una ternura que me infundió una sensación de seguridad, pero si lo cumpliera o no, ya lo averiguaría.

No iba a decirle que nunca había estado con nadie.

Siempre me había hecho escasa y esquiva. Pasaba la mayor parte del tiempo con mi madre, y el hecho de que me hubiera educado en casa para protegerme del mundo exterior me había impedido acercarme a nadie. No es que no supiera nada de sexo, simplemente pensaba que nunca lo querría, que era demasiado buena para ello. Colt me estaba demostrando lo contrario.

El astuto heredero Hexen me hizo desear despojarme de mi pureza y sucumbir a él.

En cuanto su dedo corazón se introdujo entre mis labios vaginales, me tensé y gruñí. Colt hizo una pausa y esperó a que mis hombros volvieran a relajarse antes de frotarme. No se desvió hacia mi humedad, sino que acarició mi exterior, besándome el cuello e inclinándose hacia mí con un suave ritmo de roce contra mi trasero. Su erección no era tímida, su rigidez rozaba entre mis mejillas desde el interior de su sudadera.

—¿Se siente bien? —susurró.

Sin invadirme, estimuló mi clítoris lo suficiente como para inundarme de placer hasta que mi carne se sintió hinchada y sensible. Seguí la inclinación natural de mi cuerpo a moverse con el suyo.

—Contéstame —retumbó Colt.

—Sí —respiré.

—¿Quieres que te meta los dedos?

Se me erizó el vello de la nuca. Su tacto sólo me estaba provocando en ese momento. —Sí.

Colt no perdió el tiempo e introdujo las yemas de sus dedos en mis pliegues, masajeando justo debajo de mi clítoris y sumergiéndose en el dulce y pegajoso resultado de mi excitación. Una descarga eléctrica de sorpresa y placer me hizo arquear la espalda, incorporarme sobre las rodillas y, sin querer, permitirle un mejor acceso a mi coño. Un zumbido de satisfacción salió de su garganta mientras deslizaba dos dedos en mi interior, sin dejar de masajearme el clítoris con la suave almohada de su pulgar.

—Me estás haciendo gotear —jadeó en mi cuello, empujando contra mí al compás de las rotaciones de su muñeca.

No pude evitar que los sonidos de gratificación salieran de mí. Respirando con más fuerza, moví las caderas contra las suyas, inhalando el almizcle de la excitación que se desprendía de nosotros. Su mano me puso a cien mientras el placer se enroscaba en mi estómago, ansioso por desatarse.

Se le escapó una risa sin aliento. —¿Voy a hacer que te corras?

Apreté los labios, gimiendo.

—Orgasmo para mí —me animó—. Ahoga mis dedos con tu apretado coño.

La cadencia de su voz en mi oído me enloquecía.

—Vamos, Kiara.

Sus fuertes jadeos me elevaron a un éxtasis abrumador. El calor se apoderó de mi cuerpo y el

placer me estremeció. Grité sorprendida por la intensidad con la que me envolvía la sensación, inclinándome hacia él al mismo tiempo que deslizaba la otra mano en su sudadera, ahogando un gemido tambaleante en mi hombro. Su fuerte sacudida detrás de mí y el posterior estremecimiento me indicaron que había sido víctima del mismo placer. Mientras mi cuerpo se relajaba lentamente, Colt me besó el cuello un par de veces más, luego me soltó y se levantó. Detrás de mí, donde no podía verle, se dirigió a un mostrador cercano, presumiblemente para coger un paño con el que limpiarse las manos.

Seguía sintiendo placer incluso después de que se hubiera separado de mí. Apoyándome en las manos, incliné la cabeza entre los hombros y recuperé el aliento, buscando claridad a través de la bruma erótica.

—Te lo daré todo el tiempo que quieras —dijo Colt, abriendo el grifo del lavabo—. Déjame marcarte. Así podré protegerte, ayudarte a rescatar a Muriel. Podemos trabajar juntos.

Me estremecí al recordar la advertencia de Aislin. El tacto de Colt había sido agradable, pero mi ira no tardó en brotar de donde había echado raíces inicialmente. —Eres un desvergonzado. No dejaré que me marques.

—Tendríamos una conexión telepática. ¿Realmente crees que dejaría que te pasara algo malo después de eso?

—Vete a la mierda —solté—. Sólo porque me hayas hecho sentir bien no significa que te quiera. Estoy rechazando nuestro vínculo de pareja predestinada.

Colt se quedó detrás de mí. Tal vez fuera bueno que no pudiera ver su expresión, pero eso no me salvó del crepitar de furia y dolor que nuestro vínculo reflejaba en él y en mí. Sospechaba que sólo quería marcarme para aprovecharse de mí, pero había algo en los sentimientos que experimentaba a través de nuestro vínculo que sonaba con una sinceridad que no había esperado. Después de secarse las manos con una toalla, la tiró a un lado y se abalanzó sobre mí, agarrándome de nuevo por las muñecas.

No estaba preparada para su repentina agresión. Mi cuerpo aún estaba débil por el placer. Me arrojó a la jaula, dándome pocas posibilidades de contraatacar. Cuando me puse boca arriba para darle una patada, cerró la puerta de golpe y volvió a cerrarla, dejándome atada con las cuerdas.

Esta vez no me miró a los ojos mientras se cernía sobre la jaula. —Te daré tiempo para que lo pienses —La falta de emoción en su voz le hacía sonar muy diferente a como me había hecho oír

sus embriagadores gruñidos hace unos minutos.

Entonces, Colt se dio la vuelta y salió por la puerta antes de que se me ocurriera nada más que decir.

Los minutos de silencio se convirtieron en una hora antes de que me diera cuenta de que me había abandonado por la noche.

Capítulo 12

Colt

No podía encariñarme con Kiara. Quería ahogarme en su olor y tenerla cerca de mí para toda la eternidad, pero no podía perderme en deseos que nunca fructificarían. No podía olvidar que ella no quería saber nada de mí, aunque, por momentos, nos enredáramos. Hacer que se corriera no cambiaría el hecho de que aún me odiaba.

En contra de mi buen juicio, seguí cabreado cuando me rechazó. Me dolió más de lo que esperaba.

Al menos tenerla en la mansión me daba una excusa para quedarme aquí en vez de en la mina. Acababa de salir de la ducha y estaba deseando dormir en mi propia cama las pocas horas que me quedaban esa noche cuando sonó mi teléfono. Era mi padre.

—Hola —respondí, apretando la toalla alrededor de mi cintura.

—¿Habéis capturado a la chica? —preguntó mi padre inmediatamente. Una sensación de urgencia apresuró su voz.

Dudé y no tenía ni idea de por qué había decidido mentir. —No. La localicé; me atacó y huyó de nuevo.

David gruñó. —Sibyelle se puso de parto antes de tiempo, y no creo que vaya bien. Necesitamos toda la magia curativa que podamos conseguir.

La noticia me revolvió el estómago. Cambiar de opinión y revelar que sí tenía a Kiara no sería un buen augurio para mí. —Lo siento. Ahora estoy en la mansión. ¿Necesitas que traiga algo?

—Sí. Toallas, agua y mantas.

—Vale. Estaré allí tan pronto como pueda.

Mientras recogía las provisiones, mi mente se volvió loca. ¿Qué quería decir exactamente con que creía que no iba bien? Obviamente, no podíamos llevar a Sibyelle a un hospital;

probablemente había estado huyendo de las autoridades junto a Lothair todo este tiempo, y ni siquiera sabía si tenía algún tipo de identificación. Si estaba dando a luz ahora, creía que el niño sería prematuro unas semanas. Los cambiaformas eran resistentes, pero un cuerpo no podía soportar tantos traumas y tensiones, sobre todo en una cueva sucia, polvorienta y oscura.

Tuve cuidado de no tirar nada en el maletero, donde podría acumularse el olor de Kiara. Conduciendo lo más rápido posible, llegué a la mina treinta minutos después de la llamada. Me eché al hombro la bolsa llena de botellas de agua y recogí las mantas y las toallas en los brazos. Dragones y lobos se arremolinaban en el exterior con aire de ansiedad. En el interior de la mina, los cambiaformas habían adoptado su forma humana para ser lo más serviciales posible. Había una multitud en el túnel que Lothair y Sibyelle habían reclamado como suyo. Me abrí paso entre todos para ver a mi padre y a Lothair arrodillados junto a Sibyelle, que yacía sobre un montón de mantas con las piernas dobladas, vestida con un camisón gris ensangrentado. Su cuerpo se arqueó de repente, dejando al descubierto su rígida tráquea mientras gemía en tumultuosa agonía. El sudor y la mugre manchaban a ambos hombres. Lothair, normalmente refinado y suave, me miró con ojos preocupados. —Empapa una toalla y pásamela —dijo.

Asentí con la cabeza y vertí el contenido de una botella en una toalla hasta empaparla bien. Lothair limpió la frente de Sibyelle con la toalla fría y la acarició suavemente.

—¿Dónde está Muriel? —le pregunté.

—Sigue en la otra habitación y se ha resistido a ayudarnos —gruñó David—. Ve a convencerla. Sin su ayuda, Sibyelle y este niño podrían morir.

Ya había mucha sangre manchando el interior de los muslos de Sibyelle y acumulándose en las mantas que había debajo. David me dio una llave pequeña y me apresuré a salir del túnel, de vuelta al lugar donde habían dejado a Muriel.

Unos cuantos dragones estaban apostados en la habitación con ella. La unicornio estaba de rodillas, con los puños cerrados sobre el suelo de piedra. No se había lavado la piel y llevaba el pelo plateado y grasiento recogido en un mechón suelto. Sólo por su postura, me di cuenta de que estaba cansada, de que los efectos de estar prisionera en la mina le estaban pasando factura. No levantó la vista hasta que estuve cerca de ella; sus suaves ojos violetas me miraron a la cara y sus labios se fruncieron. —Hija mía —murmuró.

Muriel probablemente la olió en mí.

—Se ha escapado —le dije, reforzando la mentira que le había contado antes y quizá para tranquilizarla y convencerla de que nos ayudara—. Sibyelle se está desangrando gravemente. Necesitan tu ayuda, o ella y su bebé podrían morir.

La unicornio bajó la mirada, con los labios tensos. —Si las circunstancias me la hubieran presentado como una extraña, la habría ayudado. Pero sé demasiado sobre lo que ella y los suyos han hecho. Lo que todos pretenden hacer a continuación —Muriel habló despacio y con cuidado, haciendo una mueca de dolor ante su propia negativa. Se notaba que le hacía daño hacer esto—. No puedo ayudarte sabiendo que su supervivencia permitirá más muerte y destrucción.

Fue trágico, pero entendí de dónde venía. Sentí empatía por ella. Por supuesto que no querría ayudarnos. Los dragones la habían secuestrado y convertido los últimos meses en un infierno. Lothair y David planeaban matarla y cosechar su cuerno para el ritual Lycan. Ella nos había visto matar cambiaformas inocentes. Incluso habíamos amenazado de muerte a su hija. Aunque eso significara la pérdida de dos vidas, incluida la de un bebé, Muriel iba a mantener su moral y a ocultarnos su magia curativa. Inspiré lentamente, tratando de pensar qué decir. Una parte de mí quería dejar morir a Sibyelle y a su hijo, pero el deber me imploraba que intentara salvarlos.

—Lo entiendo —empecé, acercándome a Muriel y agachándome para estar a su altura—. No estás obligado a ayudar. Mi familia ha hecho demasiado para perjudicar a la tuya. Y... es egoísta y manipulador por mi parte intentar convencerte de lo contrario. No creas que no me doy cuenta de cómo puede resultar —Busqué su mirada, pero ella se mantuvo firme apartando los ojos, privándome de la conexión emocional que de otro modo podría haberla persuadido—. Lo que voy a decir es pura especulación, pero creo que deberías considerarlo.

La mujer mayor rozó el suelo con las uñas, escuchando.

—Habrá consecuencias si permites que Sibyelle o su bebé mueran —le dije—. No sólo para ti, sino también para Kiara. Mi padre dirigirá su ira contra todo y contra todos los que podrían haber ayudado y no lo hicieron. Ninguna muerte rápida precederá al ritual Lycan; te hará sufrir. Encontrará formas de castigarte por tu negativa, y no me sorprendería que eso significara obligarte a soportar una larga y dolorosa extirpación de tu cuerno antes incluso de morir. Y le hará lo mismo a Kiara. Si tanto Sibyelle como su bebé no sobreviven, los dragones serán implacables en su caza de tu hija.

—Pero nos masacrarán igual —murmuró Muriel.

—Yo también sufriré —insistí. Con una rápida mirada a los dragones detrás de mí, me incliné aún más hacia Muriel, bajando la voz para que supiera que mis intentos de suplicarle eran genuinos—. Kiara es mi compañera predestinada.

Por fin, Muriel me miró. Sabía que se había enterado a primera hora de la mañana del lunes, pero no había revelado a nadie si lo aprobaba o no, guardando sus sentimientos al respecto cerca del corazón.

—Puede que no me creas, pero quiero piedad para mi compañera predestinada. Su dolor será mi dolor, y su pena será mi pena. Muriel, si hay algo que pueda hacer para proteger a Kiara, lo haré. Quiero que lo sepas. Al decirte esto, espero que te des cuenta de que lo más que puedes hacer por tu hija ahora mismo es tener piedad. No le des a mi padre una razón para enfadarse aún más.

Los hombros de la unicornio cayeron en un largo suspiro. Cuando volvió a agachar la cabeza, sospeché que mi insistencia había sido en vano y me levanté. No quería que pareciera que la estaba amenazando; realmente quería que Kiara saliera viva de esta. También me sentía mal por Muriel, y nunca apoyaría lo que los dragones pretendían hacer. Pero tenía las manos atadas. Ojalá pudiera hacérselo entender a ella, o a cualquiera.

Me di la vuelta y empecé a regresar a los inquietantes ecos de los gritos agónicos de Sibyelle, pero entonces, la voz de Muriel se alzó detrás de mí.

—Muy bien —dijo en voz baja.

Le devolví la mirada.

La unicornio levantó la cabeza, sus ojos parecían hundidos y tristes. —Ayudaré a Sibyelle. Llévame con ella.

Con una silenciosa inclinación de cabeza, me acerqué al cable enrollado alrededor de los ganchos metálicos y utilicé la llave de mi padre para abrir el candado que había en él. Después de sujetar el cable alrededor de mi mano no herida, conduje a Muriel a través del túnel hasta Sibyelle, cuyo estado se había deteriorado aún más. Su cuerpo sufría contracciones. Lothair la instaba a empujar mientras dos mujeres y mi padre se arrodillaban junto a sus rodillas. Muriel jadeaba, e imaginé que el espeso hedor de la sangre ya le producía náuseas, picándole la nariz y la garganta.

—El unicornio está aquí —murmuró Lothair a su mujer—. Vas a estar bien, Sibyelle. Tú y nuestro hijo estaréis bien.

Sibyelle emitió un ruido impío, llorando y temblando mientras su cuerpo se ponía rígido. — Ayudadme. Por favor, ¡haced algo! —suplicó, con la voz entrecortada por gemidos frenéticos y angustiados.

Muriel se dejó caer a su lado y puso las manos sobre el vientre hinchado del dragón. —Shh, shh. Respira. Respira. Concéntrate en el calor de mis manos —arrulló. Aunque aún tenía las muñecas atadas por las esposas, Muriel se esforzó por acariciar suavemente la piel de Sibyelle con las palmas de las manos, irradiando calor mágico que infundiría a la dragona y, con suerte, aliviaría su sufrimiento.

No pude hacer nada más que quedarme mirando.

No hubo alivio. Aunque Muriel había accedido a ayudar, ya era demasiado tarde.

Los gritos de Sibyelle desgarraron la caverna. La sangre manaba de entre sus piernas mientras las comadronas sacaban de su vientre un cuerpo pequeño y frágil. Fue muy difícil para mí verlo: Sibyelle sufriendo, el modo en que su cuerpo parecía desgarrarse, Lothair temblando y suplicando en voz baja que Sibyelle fuera fuerte.

Una ráfaga de murmullos en voz baja, instrucciones gritadas, espantosos lamentos y duras órdenes inundó el túnel, ensordeciéndome. Me quedé inmóvil, deseando poder hacer algo más. El hedor de la sangre y el líquido amniótico era tan fuerte que incluso pensé que me pondría enferma. El nacimiento del hijo de Sibyelle se convirtió en un caos de pánico y desesperación. El bebé de color rosa viscoso no se movió una vez que lo extrajeron de Sibyelle; su oscuro cordón umbilical se cortó quizá demasiado deprisa. Sibyelle lloraba y parecía mareada, aferrándose a duras penas a la consciencia mientras Lothair le rogaba frenéticamente que se quedara con ellos. Las manos de Muriel estaban ahora cubiertas de sangre y jadeaba por el dolor del envenenamiento de la sangre mientras intentaba desesperadamente reparar todo lo que se había roto en Sibyelle.

Entonces, la nueva madre se quedó inmóvil. El aire de nuestros pulmones colectivos se escurrió apesadumbrado por el murmullo histérico de Lothair.

Durante largos minutos, el silencio dominó el túnel hasta que lo rompió bruscamente un llanto neonatal. Todos miramos al bebé prematuro acunado en los brazos de David, que respiraba por primera vez entrecortadamente.

Capítulo 13

Kiara

Cuando me desperté, no sabía cuánto tiempo había pasado. No había ninguna indicación de la hora del día en la fría habitación en la que estaba: ni ventanas, ni reloj, sólo una luz estéril y zumbante. Tenía el cuerpo agarrotado por la jaula y me dolía el hombro de estar tumbada de lado. Al menos había conseguido zafarme de las cuerdas que Colt me había dejado alrededor de los brazos. Estiré las extremidades en el poco espacio de que disponía, me senté sobre las rodillas y miré la habitación sin comprender, buscando indicios de que hubiera alguien cerca. No es que nadie en esta casa fuera a ayudarme. Pero si Colt estaba cerca, eso podría darme otra oportunidad para intentar escapar.

Sólo había quietud. Suspiré, con los hombros caídos por la consternación.

La decepción que acompañaba a la quietud era mucho más pesada de lo que había previsto. Me golpeó como un tren de mercancías, el peso de una tristeza intangible que no podía describir. Mi corazón se convirtió en plomo y me arrastró de nuevo al suelo, donde me quedé tumbada mirando a la nada, dejando que las lágrimas brotaran de mis ojos y rodaran por mis mejillas. La empatía vívida por alguna pérdida desconocida me estrangulaba, y si hubiera sabido a qué se debía, tal vez habría estado mejor preparada para afrontarla. Pero no tenía ni idea de por qué me sentía así, y me abrumaba. Durante una hora, me encontré temblando, dudando de repente de que pudiera ser lo bastante fuerte para soportar esto. ¿Lloraba porque estaba atrapada? Mi dolor no parecía mío.

La intensa emoción me dejó sin energía, con los ojos escocidos y el pecho dolorido, hasta que volví a caer en un sueño fragmentado. Cuando desperté por segunda vez, lo hice con hambre, sed y la vejiga llena.

La pena seguía atormentándome, pero era tolerable ahora que las oleadas más intensas de empatía habían pasado. Mis necesidades biológicas me facilitaban concentrarme en escapar. No quería ensuciarme en esta jaula y, sobre todo, no quería que Colt me encontrara en un charco. Aunque, la idea de dejarme morir de deshidratación en mi forma humana era atractiva.

Me arrastré hasta la puerta de la jaula y metí los dedos por el alambre para examinar el candado. Era un candado estándar de latón de 30 mm que admitía una llave pequeña. Con la fuerza suficiente, podía abrirse, pero no podía acceder a él lo suficiente como para golpearlo con algo. Mi única opción era forzar la cerradura. Afortunadamente, como híbrido unicornio, mi madre era lo bastante consciente de los peligros que corría nuestra especie como para prepararme para los casos en los que tuviera que escapar. Me enseñó a forzar cerraduras cuando era joven, y esa habilidad me había sido útil más de una vez mientras huía estos últimos meses. Sólo necesitaba algo para usar como ganzúa.

La jaula estaba en medio de la habitación. No podía alcanzar nada desde aquí, y lo único que tenía en la jaula conmigo eran un par de cuerdas elásticas.

Otra oleada de melancolía me paralizó, y me hice un ovillo mientras me replegaba sobre mí misma, lamentándome de que no llegaría a ninguna parte sin una buena ganzúa para la cerradura. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Iba a quedarme atrapada aquí hasta que la despreciable manada de Colt viniera a arrastrarme a mi destino? ¿Había fracasado de verdad al rescatar a mi madre? No. No podía terminar así.

Apreté los dientes y me incorporé. Tenía que pensar. Agarré dos cuerdas elásticas, las uní y, sujetándome por un extremo, las lancé entre las paredes de alambre de la jaula hacia el mostrador. Por desgracia, como había previsto, no pude alcanzar nada, e incluso perdí una de las cuerdas elásticas cuando se desenganchó de la que tenía en la mano. Maldita sea. Bueno, tal vez no iba a ser capaz de forzar la cerradura. Tenía que haber algo más que pudiera hacer.

Volviendo a la idea de romper el candado, miré fijamente a mi némesis, evaluándolo, y entonces recordé que, si podía tirar del grillete y golpear en el lateral, tal vez sería posible desalojar los bombines del interior. Pero, de nuevo, no podía hacerlo desde dentro de la jaula, no con la limitada accesibilidad que tenía. Usando la cuerda elástica, sin embargo...

Pasé la cuerda por el grillete, aseguré el gancho y luego estiré la cuerda todo lo que pude, enganchando el otro extremo a un travesaño del armazón de la jaula. La tensión del grillete lo separaría para mí. Luego, introduje los dedos entre los alambres de la puerta de la jaula, inclinando el candado con cuidado con una mano; con la otra, golpeé fuerte con la punta del dedo. De vez en cuando oía un clic. Me aturdía, pero seguí haciéndolo durante lo que me pareció una hora, con los dedos doloridos por el esfuerzo. Finalmente, mi determinación se vio recompensada cuando, con un fatídico golpecito, la cerradura se abrió.

Me quedé mirando con incredulidad. Realmente había funcionado. Mis dedos doloridos valieron la pena.

La libertad estaba al alcance de la mano. Quité frenéticamente el candado, abrí la puerta de una patada y salí a gatas de la jaula. Pasé un delicioso momento estirando los brazos y las piernas, respirando profundamente aliviada por mi victoria. Pero tenía que darme prisa: ahora que había escapado de mi celda, no podía perder más tiempo.

Saliendo de la fría habitación, subí las escaleras del sótano y entré en el comedor al que me había arrastrado Colt. El sol brillaba con fuerza fuera, el cielo azul despejado sugería calor en el aire. Incluso la luz del sol que entraba por la puerta de cristal me resultaba agradable en la piel. El suelo estaba extrañamente limpio, aunque recordaba haber dejado un desastre cuando Colt me llevaba escaleras abajo. No importaba. Me detuve a escuchar y a mirar a mi alrededor unos segundos más, pero estaba claro que no había nadie en la casa ni en todo el día. Después de desbloquear la puerta y atravesarla, no me molesté en volver a cerrarla, tal vez un último acto de desafío hacia Colt, dejando sus puertas abiertas de par en par mientras huía hacia el patio. Entonces, me transformé y volví a adoptar la forma de mi bestia híbrida.

Una vez que volví a ser animal, rugí de hambre. Mi prioridad era comer, pero lo único que podía hacer era buscar comida, aunque la ira que se había reavivado en mí me hacía desear atacar algo. Y aun así, la tristeza persistía en lo más profundo de mi pecho de un modo que no podía disipar. Resistiendo estas emociones, me concentré en buscar comida.

Después de meterme algo en el estómago, pude pensar con un poco más de claridad, pero me ganó la ira. Estaba increíblemente enfadada con Colt, recordaba cómo me había hablado como si estuviera de mi parte, como si nuestro vínculo de pareja predestinada fuera suficiente para que quisiera defenderme de su malvada familia y de los dragones. Obviamente, me había estado mintiendo, lo que hacía aún peor que se atreviera a acercarse lo suficiente como para darme placer. Me estaba utilizando. A pesar del inevitable envenenamiento de la sangre, quería hincarle el diente y hacérselo pagar. Pero primero tenía que encontrarle a él y a mi madre.

¿Y cómo iba a hacerlo?

Ahora estaba en el corazón del territorio de Dalesbloom. No había señales de lobos o dragones aquí, excepto viejos y rancios olores. Lo único que se me ocurría hacer era rastrear el territorio hasta toparme con ellos.

Ese fue el resto de mi día. Impulsado por la venganza, recorrí el perímetro de Dalesbloom desde el noroeste hasta el noreste, oliendo sólo el hedor del día anterior. Hubiera pensado que visitarían sus propias fronteras, pero parecía que no habían venido por aquí en todo el día. Siguiendo el

perímetro oriental hacia el sur, me acerqué a la zona neutral que se unía con el territorio de Eastpeak, y luego me dirigí de nuevo hacia el oeste. Parecía improbable que me encontrara con Dalesbloom o los Inkscales en las fronteras adyacentes a Eastpeak o Grandbay, pero olfateé dos cosas de interés.

Captaron mi olor al mismo tiempo.

Dos voces ladraron a través de los árboles mientras el sol se ocultaba hacia el oeste. Mi pelaje se erizó y mi cuerpo se tensó cuando me fijé en los dos lobos que se acercaban: uno, una delicada paleta dorada que llevaba una mochila entre los dientes; el otro, un ardiente castaño rojizo; ambos movían la cola y apuntaban con las orejas hacia delante. Me mantuve firme mientras Billie y Aislin trotaban hacia mí, olisqueando e intercambiando gemidos lupinos de alegría al verme. *¿Qué les importa?* Pero cuando sus ojos cambiaron rápidamente y mostraron preocupación, me di cuenta de que debían de haber olido la mansión Hexen en mí.

Levanté la cabeza y les transmití sin palabras que seguía teniendo la intención de mantenerlas a distancia. Las hembras se echaron hacia atrás; Billie soltó la mochila antes de que su lengua saliera disparada contra su nariz, y Aislin enseñó los dientes con entusiasmo. Billie volvió a agarrar su mochila y ambas se dieron la vuelta; luego, volvieron a mirarme, implorándome que las siguiera. No sabía qué pretendían enseñarme, pero si me llevaban de vuelta a casa de Alpha Everett, no iba a quedarme. Aun así, supuse que vería lo que tramaban, por ahora.

Yo iba detrás de Billie y Aislin y nos adentramos en el terreno montañoso, acercándonos a la confluencia de los territorios de Eastpeak, Grandbay y Dalesbloom. La zona seguía siendo terreno neutral, y por una buena razón. Cuanto más nos acercábamos, más notaba el malestar en las venas, un zumbido en los oídos y un poco de ceguera nasal a la que no estaba acostumbrado. Algo parecía estar distorsionando mis sentidos, y me di cuenta de que los otros dos también lo sentían.

Bajo un saliente rocoso, las chicas se transformaron. Seguí su ejemplo y también me transformé en mi forma humana. Nuestros cuerpos desnudos captaron el débil resplandor del creciente, un presagio del poco tiempo que nos quedaba antes del ritual Lycan.

—A media milla hay una mina de plata abandonada —explicó Aislin, sacándose unos pantalones cortos y una camiseta de la mochila. Hacía demasiado frío en aquella noche de otoño para llevar tan poca ropa, pero a ella no parecía afectarle el frío—. Billie y yo creemos que es allí donde se esconden.

—¿No sería estúpido por su parte? Los lobos son vulnerables a la plata —dije.

—Exacto —dijo Billie, ahora en leggings y camiseta de manga larga. Me dio un par de leggings y una camiseta también—. El mineral de plata enmascara su presencia a los lobos. Nunca habríamos podido detectarlos. Pero Gavin me dijo que él y Catrina solían ir a la mina, lo que me hizo pensar que los Hexen no tienen miedo de estar allí. Aislin y yo decidimos comprobarlo, sólo para ver; y si encontramos pruebas de ellos, volveremos y se lo diremos a todo el mundo.

Mientras terminaba de ponerme la ropa que Billie me había dado, dije: —Si los encontramos allí, voy a entrar. Tengo que rescatar a mi madre.

Los ojos de Billie se abrieron de par en par. —Eso sería un suicidio. Tenemos que ser estratégicos y conseguir la ayuda de la Guardia de los Mitos. Si entras sin más, te estarás entregando a ellos.

—Pero tengo la sensación de que ya lo has hecho —dijo Aislin, arrugando la nariz.

—Colt me capturó y me encerró en su sótano. No me fui con él por elección —dije.

Aislin puso los ojos en blanco. —Oh, por supuesto. Maldito Colt.

Sin paciencia para discutir mi plan, me lancé a investigar la mina de plata.

—Espera —dijo Billie.

Miré hacia atrás y la vi tendiéndome una pistola.

—He traído esto por si acaso. Ya sé que no se puede razonar contigo, así que toma. Toma esto para protegerte.

Cogí la pistola y la sopesé en mis manos. Nunca había usado una. Expresé mi agradecimiento con una enérgica inclinación de cabeza antes de continuar, esta vez con Billie y Aislin siguiéndome. Si Dalesbloom y los Inkscales se escondían en aquella mina, entonces mi madre también estaría allí, y yo metería una bala a cualquiera que se interpusiera entre nosotros.

Capítulo 14

Colt

El ambiente en la mina de plata se había vuelto tenso y extraño. La compañera de Lothair, Sibyelle, había muerto, y su hija, que aún no tenía nombre, sufría claramente en la oscuridad y la humedad de la mina. No me habían permitido salir desde que ella había nacido, ni para ir a trabajar, ni para buscar ostensiblemente a Kiara, ni para cazar. Ni siquiera podía retirarme a mis propios pensamientos en soledad.

Lo único que me habían permitido hacer era ducharme al caer la noche. Con el pelo aún húmedo, atravesé los túneles y entré en la habitación donde solía encontrar a mi padre trabajando; esta vez, sin embargo, mi padre estaba sentado a la mesa, con los papeles desparramados por el desinterés, con la niña en brazos. Se me erizó la piel al ver a la niña, de extremidades delgadas, pálida y por fin tranquila, envuelta en una manta gris de microfibra. La forma en que mi padre la miraba fijamente me recordó al instante su adopción de Billie, y sentí el impulso de arrebatársela a la niña y esconderla lejos de sus lascivas intenciones.

—¿Todavía no ha vuelto Lothair? —le pregunté.

David me dirigió media mirada. —No.

Dejando a su hija recién nacida a nuestro cuidado, el dragón Alfa había partido con el cuerpo de Sibyelle para que su clan pudiera realizar un entierro en algún lugar de las montañas. Aunque la mayoría de los dragones ya habían regresado, Lothair no aparecía por ninguna parte. La cría había estado llorando cuando me fui a duchar, pero ahora parecía haberse quedado callada, agotándose en el sueño. Me acerqué para ver mejor sus mejillas regordetas, sus cejas claras y los mechones finos y sedosos de su cabeza. Sólo se le veía la cara entre la manta. Tenía un aspecto terriblemente delicado, y me preocupaba que un cambio errante en el humor de mi padre le hiciera aplastarla entre las manos.

Unos pasos resonaron en el túnel detrás de nosotros. Garrett apareció por la esquina con una bolsa de plástico en una mano y un termo humeante en la otra. Me hice a un lado, viéndole descargar de la bolsa dos botes de leche en polvo para bebés, un biberón y unos cuantos pañales.

sueltos.

—Bien. Organiza una patrulla a continuación. Quiero dos equipos de cinco lobos y un equipo de cinco dragones. Nuestro territorio lleva demasiado tiempo sin vigilancia —dijo mi padre sin levantar la vista—. Todavía no ha comido. Potro, prepara un biberón para la niña. Debe ser una cucharada por cada dos onzas líquidas de agua.

Con un movimiento de cabeza, Garrett volvió a ponerse en marcha. Vertí con cuidado el agua hervida del termo en la botella. Estaba tibia en mis manos. —¿Debería estar caliente?

—No, sólo caliente.

Tras confirmar las instrucciones de la lata, medí y añadí la fórmula, luego enrosqué el tapón en la botella y la agité hasta que el polvo se disolvió en un líquido lechoso.

—Comprueba la temperatura —dijo mi padre.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Ponte unas gotas en la muñeca. No debería estar tan caliente como para quemarte.

Hice lo que me dijo. A mí me pareció que estaba bien, pero David, desconfiando de mi juicio, extendió el brazo para comprobarlo. Después de echarle un par de gotas en la muñeca, se las limpió y cogió el frasco. —Está bien.

Con sorprendente ternura, mi padre despertó a la niña y le acercó el pezón a los labios. Por instinto, empezó a mamar.

—Eres bueno en eso —señalé.

Los ojos de mi padre volvieron a posarse en el niño. —Es casi como si ya hubiera hecho esto antes —Habló como con humor, pero no había nada en su voz ni en su rostro que diera a entender desenfado. Sus cejas se fruncieron—. Lothair debería ser quien la alimentara.

Pero ninguno de los dos sabía dónde estaba ni si había vuelto. No podía imaginarme al nuevo padre abandonando a su hija. Después de todo lo que habíamos pasado para conseguir el unicornio, para someternos al ritual Lycan, no huiría así como así, ¿verdad? La muerte de Sibyelle fue un duro golpe, pero aún había muchas razones para que regresara. Volvería; estaba seguro de ello. Sólo que no sabíamos cuándo.

—¿Todavía me necesitas aquí?

Mi padre guardó silencio unos segundos. —¿Tienes otro sitio donde estar?

—Bueno, no—. Pero estaba desesperado por volver a la mansión y ver cómo estaba Kiara—. Estaba pensando que podría ir a buscar a Lothair.

—Las patrullas lo encontrarán y lo traerán de vuelta, o informarán de su localización.

—Entonces debería ir a buscar a Kiara otra vez.

Esta vez, frunció el ceño. —¿Cómo exactamente se te escapó ayer?

—Bueno, ella... se me adelantó. Ya sabes, luchamos un poco, y ella se escapó.

—Estoy a punto de sugerirle que la deje escapar.

Chisporroteé de fastidio, aunque podría haber sido verdad. —¿Por qué iba a dejarla escapar? Tenemos planes para ella.

—Sí... pero a pesar de eso, sigue siendo tu compañera predestinada —Los penetrantes ojos azules de David me miraron—. Los dragones dicen que la olieron en el maletero de tu coche.

Mi chisporroteo cesó y, en su lugar, sentí frialdad. —Eso es imposible.

—No creo que lo sea.

De repente, la niña dejó de mamar y volvió la cara. Empezó a retorcerse en la manta, soltando gritos agudos de algún tipo de malestar. No tenía ni idea de lo que le pasaba, y mi padre tampoco. Sus ojos se entrecerraron con irritación mientras evaluaba a la niña que tenía en brazos. Pronto, su mirada volvió a dirigirse a mí. —No tengo paciencia para esto. Trae a Muriel aquí.

Aunque agradecía la distracción, los gritos estridentes del bebé no me tranquilizaban. Tampoco lo era la idea de forzar a un bebé dragón a los brazos de un unicornio envenenado. No obstante, me retiré y volví a la cámara donde tenían a Muriel. Estaba acurrucada contra la pared, con muy mal aspecto. Desde la muerte de Sibyelle la noche anterior y la inmensa cantidad de sangre a la que Muriel había sido sometida, la unicornio se había visto más pálida y demacrada, asqueada por la sangre.

Me quedé a unos metros mientras los dragones que la custodiaban nos observaban.

—Necesitamos tu ayuda con el bebé —dije.

Muriel se abrazó con fuerza. —No puedo ayudarla —susurró sin levantar la vista.

—Podría morir.

—Ya he permitido que la madre muera. ¿Cuánto peor puede ser tu ira si dejo que el mismo destino le suceda al niño?

—Muriel, por favor —dije, bajando la voz—. No es culpa tuya que Sibyelle muriera. La pérdida de sangre la habría matado sin importar lo que hicieras.

—Podría haberlo evitado si hubiera aceptado ayudar antes.

—Tal vez —suspiré—. Pero puedes ayudar al bebé ahora. Por favor.

—Mi magia no puede hacer mucho. No puede dar calor y alimento a un bebé prematuro.

—Estoy seguro de que puedes hacer algo, cualquier cosa para ayudar. Lothair no está aquí. Mi padre no quiere tener las manos ocupadas. Y no tengo ni idea de cómo cuidar a un bebé.

La unicornio giró lentamente la cabeza hacia mí. Las pesadas ojeras delataban su cansancio. —Está bien —graznó—. Veré al niño —Estaba claro que Muriel estaba perdiendo rápidamente la fuerza de voluntad para resistirse. Eso no era necesariamente bueno para nosotros.

Solté sus cables del gancho de la piedra y la conduje de nuevo a través del túnel, siguiendo el sonido de los llantos del niño. Mi padre ya estaba de pie, impaciente. —¿Qué le pasa? —preguntó.

Muriel arrastró los pies hacia él como si la mera presencia de David drenara su fuerza vital. Levantó las manos atadas para tocar suavemente la mejilla del bebé, mirando hacia abajo con endurecida neutralidad, pero después de apoyar la oreja en el pecho del niño, su expresión se suavizó en simpatía. —Su corazón late demasiado deprisa. Está pálida y, sin duda, sus miembros están fríos y débiles. Si tuviera que adivinar, diría que sufre un fallo cardíaco congénito. Es un defecto común en los bebés prematuros —dijo Muriel.

—Cúrala —exigió mi padre.

Muriel me miró, recordándome lo que había dicho hacía unos minutos. No podía hacer mucho. De todos modos, aflojó la manta mientras mi padre seguía sosteniendo a la niña, y luego puso una mano sobre su pequeño pecho. La unicornio cerró los ojos.

Incluso desde mi posición, podía sentir la calidez de la magia de Muriel impregnando el cuerpo de la niña, intentando reparar la fragilidad de su pequeño corazón.

La cámara se quedó en silencio, sólo para que sonaran gritos a través de los túneles distantes, seguidos por el desgarrador estallido de un disparo.

Todos nos pusimos rígidos y miramos en dirección a la conmoción. Un estruendo de pasos nos advirtió de que nuestras fuerzas se movilizaban contra algún enemigo invisible. Mi padre me empujó a la niña a los brazos. —Sujétala —gruñó, y apenas me dio tiempo a coger a la niña antes de salir furioso de la habitación.

Mi corazón latía casi tan rápido como el del bebé. No era mi propia sorpresa y excitación lo que sentía; la adrenalina de mi prometida hacía que mi respiración se acelerara y mi sangre bombeara con fuerza. Nuestro irresistible magnetismo me advirtió de que estaba cerca, e inmediatamente supe exactamente quién había irrumpido en la mina aquella tarde.

Empecé a cargar hacia el túnel antes de darme cuenta de que aún tenía los cables de Muriel y a la niña en mis manos. Fue una estupidez llevar a la niña al peligro, sobre todo cuando había armas de por medio. Dios, ¿y si le disparaban? Me volví hacia Muriel y le tendí al niño.

—No puedo llevármela —dijo Muriel, retrocediendo.

—Por favor.

—No, Colt. No me verá Lothair abrazando a su bebé moribundo.

Tenía razón, pero a medida que el caos se extendía por el túnel, no podía racionalizarlo. —¡Por favor! Es mi compañera predestinada, tu hija. Tengo que hacer algo.

La expresión de Muriel perdió inmediatamente su suavidad, en sus ojos parpadeó una rara cólera. —¿Qué vas a hacer, traicionar a tu padre? ¿Planeas dar una impactante muestra de valentía en el último minuto sólo para cortejar a mi hija, para engañarla y hacerle creer que eres digno de ella? No consentiré que la manipules y no seré responsable de la vida de esa niña.

No podría decir si la furia en mi corazón pertenecía a Kiara o a mí. —¡Bien! No tienes que

hacerte responsable de nada —Con la niña en un brazo, tiré al suelo los cables unidos a las esposas de Muriel y me dirigí al túnel. Envolví a la frágil niña con la manta. La abracé con fuerza y recé para que el breve intercambio de magia con Muriel hubiera sido suficiente para reparar su corazón, al menos por el momento. Recé para que, al traerla conmigo, no la estuviera acompañando a la muerte. Pero no podía dejar a la niña sola, y no podía quedarme en otra habitación mientras mi compañera se adentraba estúpidamente en una mina llena de lobos y dragones que la estaban cazando.

Muriel podía decidir qué hacer con su nueva libertad. Iba a ver a Kiara, pasara lo que pasara.

Capítulo 15

Kiara

La razón por la que no habíamos oído a ningún lobo o dragón en el resto del territorio de Dalesbloom era que todos estaban aquí, en la mina. E irrumpimos justo cuando estaban movilizando sus patrullas.

Aislin, Billie y yo intentamos utilizar la presencia de plata en nuestro beneficio, pero sólo enmascaraba nuestros olores para los lobos. Los dragones merodeaban por el foso acunado por las montañas en sus formas bestiales, pero eran criaturas diurnas; de noche, no podían distinguarnos bien en la oscuridad. De todos modos, podían olerlos, así que intentamos mantenernos a favor del viento mientras escalábamos el pozo hacia la entrada de la mina. Sentí a mi madre dentro de aquella caverna. El intenso dolor sin cuerpo resonaba con más fuerza cuanto más me acercaba, advirtiéndome de que allí también se encontraba mi compañero predestinado. Nos acercamos hasta una docena de metros de la entrada antes de que saliera un grupo de lobos y dragones a los que un humano había ordenado formar grupos para patrullar. Escondidos tras una roca, observamos todo lo que pudimos, pero sabíamos que se nos acababa el tiempo. En cualquier momento, uno de los dragones podría detectarnos y, si nos descubrían antes incluso de entrar en la mina, no tendríamos ninguna posibilidad.

—No tenéis que seguirme —les dije a Billie y Aislin—. Quizá sea mejor que volváis con vuestros Alfas y les digáis dónde tienen a mi madre.

Mientras Billie parecía nerviosa por estar tan cerca de la manada de villanos que había dejado atrás, Aislin resopló, confiada y sin inmutarse. —Ya hemos llegado hasta aquí. No tiene sentido abandonarte. Te cubrimos las espaldas, Kiara.

Eso era más de lo que esperaba de ellos. O de cualquiera, en realidad. Mi prolongada mirada a Aislin casi se suavizó -estaba conmovido por su apoyo y el de Billie-, pero no podía permitirme distraerme ahora. —Ten cuidado, entonces. No me matarán de inmediato, pero tú...

—Sabemos de lo que son capaces —dijo Billie.

Asentí con la cabeza, empuñé con fuerza el revólver y me deslicé por la pared hacia la entrada de

la mina. Las dos mujeres me siguieron hábilmente. Por un momento, pensé que realmente teníamos una oportunidad de infiltrarnos en la mina, ya que parecía que la mayoría de los gruñidos estaban fuera, preparándose para salir, hasta que entramos en el túnel y nos encontramos de pie al aire libre, iluminados por la luz de las linternas, donde todo el mundo podía vernos.

Humanos, dragones y lobos nos miraban atónitos.

—¡Eh! —gritó alguien.

—¡Es Billie! —exclamó otra persona.

—¡El híbrido! —Un dragón metamorfo me señaló—. ¡Atrápenla!

En un instante, la caverna se sumió en el caos. Nos habíamos revelado a nuestros enemigos. Había sido una decisión estúpida, pero supuse que había pensado que tendríamos la oportunidad de escabullirnos sin ser detectados. Mi determinación de salvar a mi madre había podido conmigo.

Cuando todos cargaron hacia nosotros, levanté la pistola y disparé a la primera persona que vi. La bala se clavó en su hombro y se tambaleó hacia atrás. Mi corazón latía de emoción cuando todos retrocedieron al ver el arma.

—¡Mierda, está armada! ¡Todo el mundo al suelo! Sobre todo habían sido los lobos de Dalesbloom los que se tiraron al suelo o se escondieron. A los dragones parecía no afectarles el peligro que yo representaba. Detrás de nosotros, oí que nuestros enemigos se daban la vuelta para venir a por nosotros.

—¡Vamos! Deprisa —dije a Billie y Aislin, corriendo entre los lobos en el suelo y disparando a los dos dragones que se abalanzaban sobre nosotros. Me adentré en el túnel, pero oí a Billie chillar cuando alguien la agarró del brazo.

—¡Eh, parad! —les ladró Aislin, saltando en defensa de Billie.

Me di la vuelta y disparé a la persona que sujetaba a Billie. Por un golpe de suerte, le di en la sien y su cabeza se ladeó en un estallido de sangre. Billie chilló de sorpresa y se apartó de un salto. Inmediatamente familiarizados con el miedo a recibir un disparo, todos los demás se agacharon, y Billie y Aislin me siguieron a trompicones.

Sabiendo que la única salida iba a estar bloqueada, me centré únicamente en encontrar a mi madre. Después encontraríamos la salida. Seguí adelante y me adentré en un túnel en el que sonaban extrañamente los gritos de un bebé, pero me detuve cuando un cuerpo se interpuso en mi camino.

Un hombre mayor, con barba canosa y cejas hundidas sobre sus ojos azules, me miró fijamente. Su camisa blanca de vestir, que parecía haber estado bien planchada en otro tiempo, estaba desabrochada a dos botones del cuello y manchada. Sus vaqueros estaban llenos de barro. Si la plata no hubiera debilitado mi sentido del olfato, habría apestado a olor corporal. Miró más allá de mí, a las dos mujeres que casi chocan conmigo por detrás, y su labio se curvó. —Billie. Has vuelto. Y has traído amigos.

La tensión de Billie se palpaba en el aire. Extendí el brazo, defendiéndola instintivamente a ella y a Aislin. —Apártate de nuestro camino, viejo.

Su mirada volvió a dirigirse a mí, con expresión divertida. —Tú debes de ser Kiara. La híbrida. La compañera predestinada de mi hijo.

El pavor se agolpó en mi vientre. Le apunté con la pistola, plenamente consciente de que las masas nos estaban alcanzando.

—Menudo espíritu de lucha para alguien con sangre de unicornio —comentó el hombre—. Permíteme presentarme antes de que intentes despacharme tan precipitadamente. Soy David Hexen, Alfa de Dalesbloom. Has elegido una noche bastante casual para entrometerte, teniendo en cuenta que lo que más necesitamos es la magia de un unicornio.

—No voy a usar mi magia para ayudarte a hacer nada. ¿Dónde está mi madre? —pregunté.

—Tu madre ha tenido la gentileza de prestarnos su ayuda. Si quieres un destino lo menos doloroso posible para ella y para ti, te sugiero que nos ayudes también.

No era improbable que mi madre ayudara a alguien necesitado. Era mucho más blanda que yo, pero seguía sin convencerme. Mantuve la pistola apuntando a David, el alfa de esta banda de criminales y malhechores, mientras avanzaba con la intención de acabar con él, sólo para que apareciera otra persona de la oscuridad.

El llanto de la niña se multiplicó en volumen, anunciando la llegada de quien la sostenía en brazos. Me sorprendió, cuando menos, reconocer que se trataba de Colt. Al verle acunar al bebé,

me quedé helada, pues de repente me encontré con un alma vulnerable e inocente en medio de todo aquel peligro.

—Kiara —respiró Colt—. No deberías estar aquí.

Sin dejarme tiempo para pensar, las sombras que se desprendían de la prístina figura de mi madre aparecieron detrás de él. Acercándose a Colt, Muriel parecía golpeada y fatigada por su encarcelamiento. —¡Mamá!

—Kiara —dijo desesperada.

Hacía meses que no la veía. Pero era real, por fin estaba ante mí, a mi alcance. No pude evitar la oleada de emoción que me invadió y me empujó hacia ella. Cuando David gruñó e hizo un gesto a sus seguidores para que capturaran a mis compañeros, rugí de rabia, apunté con el arma y disparé.

La bala penetró en el estómago de David y le hizo retroceder con un gruñido. El carmesí brillante inundó su camisa.

Apenas vi palidecer a Colt, pero su conmoción y su rabia resonaron en mí. —Papá —ahogó mientras se abalanzaba al lado de David y yo los empujaba hacia mi madre.

David gorgoteó, agarrándose el estómago. —¡No dejes que se vayan! —ordenó.

Agarré la muñeca de mi madre, tirando de ella mientras su atención se detenía en Colt, el niño y David. —¡Mamá! —le insistí. ¿Por qué los miraba?—. ¡Tenemos que salir de aquí! —Pero cuando me giré para ir en la dirección por la que habíamos venido, Aislin y Billie retrocedieron hacia mí. Estábamos rodeados por el enemigo.

—¿Hay otra salida? —le pregunté a Muriel. Cuando empezó a negar con la cabeza, miré a Colt, que soportaba el peso de su padre sin dejar de sostener al niño—. ¡Colt! ¿Cómo salgo de aquí?

Sus ojos azules me fulminaron. Supongo que no debería haber esperado su ayuda.

Sonó otro disparo, y no era de mi arma. —¡Suelta el arma! —gritó uno de los dragones.

Apunté a ciegas a la multitud que nos rodeaba. Habían superado su miedo a la pistola y, con demasiada rapidez, me agarraron de las manos, luchando por desarmarme. —¡Suéltame! —gruñí, luchando por mantener el arma mientras alguien intentaba arrancármela. Pateé la rodilla de

alguien y le di un codazo en la cara a otro. Aislin y Billie luchaban detrás de mí mientras mi madre les suplicaba en voz baja que no nos hicieran daño. Su voz se perdió en el caos.

En un instante, nos arrollaron. Me empujaron hacia el escarpado suelo, plantaron sus pies en mi espalda y me inmovilizaron las muñecas contra la piedra. La cara de Aislin se estampó contra la piedra a mi lado. Levanté la cabeza, pero no pude ver gran cosa hasta que David arrastró los pies hacia nosotros, con Colt a su lado. Cuando se detuvo y se plantó ante nosotros, enseñé los dientes y escupí.

—Debería haber previsto que serías un incordio —gruñó David, con la voz entrecortada por el dolor.

—No te dejaré ganar, hijo de puta —le gruñí.

—No tienes elección —David se acercó. Carraspeó en lo más profundo de su garganta, de pie sobre mí, mientras la gente con los pies en mi espalda se apartaba. Me apoyé en los codos, conjurando otro insulto, pero entonces, David me dio una fuerte patada en las costillas.

—¡Aargh! —Mis brazos cedieron debajo de mí.

Colt apretó los dientes de dolor y se apoyó contra la pared.

—Esta es la consecuencia de tu idiotez —dijo David sombríamente, golpeándome de nuevo.

La agonía se apoderó de mi abdomen y se derramó entre mis dientes. Me preparé para la embestida, pero por la forma en que Colt se estremecía cerca de mí, tuve la sensación de que David no me estaba hablando necesariamente a mí.

—Tu pareja predestinada no es nada —dijo David, clavándome el talón en la columna justo debajo de los hombros—. No confundas el destino con acudir en ayuda de nadie. Todo lo que tienes es a ti mismo, y eres débil, y los débiles perderán.

Sus palabras resonaron entre mis oídos, una venenosa advertencia, no sólo para mí, sino también para Colt.

Capítulo 16

Colt

Durante horas sentí un dolor sordo en la caja torácica. Después de encerrar a las niñas y de que mi padre fuera vendado y tratado de la bala en el riñón por uno de los curanderos dragones -y Muriel, que desde entonces había dejado de resistirse-, me quedé en mi rincón de la caverna con la niña sin nombre. Nadie más quería cuidar de ella. Nadie quería ser responsable de dejarla morir y afrontar las consecuencias cuando Lothair regresara. Era inevitable que quien estuviera cuidando de la niña cuando su cuerpo fallara asumiera la culpa. Cuando hizo sus primeras deposiciones y descubrí cómo cambiarle el pañal, volví a envolverla en la manta y le di el biberón como había visto hacer a mi padre. Seguía sin estar contenta. Sus gritos desgarradores no dejaban dormir a nadie en la mina.

Se acercaba el amanecer cuando saqué a la niña en busca de aire fresco y señal de móvil. La brisa fresca acabó por calmarla hasta que se puso a arrullar suavemente, con la cabeza apoyada en el pliegue de mi codo, mientras yo hojeaba el móvil e inventaba mi excusa para faltar al trabajo por segundo día consecutivo. En mi periferia, la vi mirarme con unos ojos grandes y azules que seguramente cambiarían de color en las próximas semanas. Era muy mona. Tanto como para hacerme sonreír. Pero tenía demasiadas cosas en la cabeza y no tardé en volver a mirar el móvil.

Llamé a mi oficina y la conversación me agotó. También me agotó estar despierto casi toda la noche, lidiando con las secuelas del fallido intento de rescate de Kiara. Me paseé por el túnel, abrazando a la niña hasta que se durmió. Al acercarla a mi oído, el rápido aleteo de su corazón me recordaba la curación que aún le quedaba por experimentar. Tenía que hablar con Kiara, tal vez ella pudiera ayudar al bebé, ya que Muriel estaba muy agotada por toda la sangre a la que había estado expuesta.

La habitación donde estaban las chicas era silenciosa. Era la misma habitación en la que teníamos a Muriel, pero las colocamos demasiado separadas para que pudieran tocarse e impedimos que se hablaran con la presencia de dos guardias que no temían infligirles daño si alguna de ellas levantaba un susurro. Entré y encontré a Muriel tendida en el suelo y a Kiara lo más cerca posible de su madre, pero sin poder alcanzarla. Aislin estaba sentada con la espalda

apoyada en la pared, mirándome con desdén, mientras Billie yacía miserablemente de lado. Mi corazón se encogió de empatía por las cuatro, recordando que la última vez que había visto a Aislin y Billie fue mientras la casa de los padres de Aislin ardía en llamas. Habíamos matado a su padre. Sólo de pensarlo se me hizo un nudo en la garganta.

—¿De quién es ese bebé? —preguntó Aislin.

—¿De quién crees? —¿Exactamente a cuántas mujeres embarazadas recordaba saliendo con Dalesbloom y los Inkscales?

Entrecerró los ojos. —¿Qué pasó con Sibyelle?

—¿Muriel no te puso al corriente?

Kiara me clavó su aguda mirada violeta. —Ha estado inconsciente desde que usó su magia con tu vil padre.

El bebé giró la cabeza, contoneándose dentro de la manta. Hice una pausa para verla bostezar. —Sibyelle murió al darla a luz.

Esta noticia despertó a Billie del suelo. Se incorporó para mirarme, frunció el ceño y se colocó el pelo detrás de la oreja. —¿Por qué la tienes?

—Sí —añadió Aislin—, ¿dónde está Lothair?

—No lo sabemos —dije.

Mientras Aislin y Billie intercambiaban una mirada, Kiara evitaba mis ojos. Mi atención se centró en mi prometida. —Muriel dijo que el bebé tiene algún tipo de defecto cardíaco. Esperaba que pudieras usar algo de magia curativa para ayudarla.

—Ese bebé puede morir por lo que a mí respecta —siseó Kiara.

Si las circunstancias hubieran sido distintas, habría sentido lo mismo, pero después de todo el tiempo que había pasado cuidando de la niña, odiaba admitir que le había cogido cariño. Estaba indefensa, nunca había pedido venir a un mundo así. Compartía un parentesco con ella en ese sentido. —No ha hecho nada malo. No puedo quedarme de brazos cruzados y dejarla sufrir.

—No voy a tocar a ese bebé —insistió Kiara, fulminándome con la mirada.

Cuando esperaba que Aislin y Billie hablaran en defensa del niño, ambas permanecieron en silencio. Los dragones eran sus enemigos hasta la médula. Aparentemente, eso incluía al niño sin nombre.

—Bien —cedí. Agarrando al bebé con más fuerza, me acerqué a Kiara; nuestro vínculo de pareja me imploraba una vez más que me acercara a ella. Kiara se puso lentamente de rodillas y me miró con una mirada de desafío hirviente. Mi expresión no cambió. —¿De verdad creías que podías irrumpir aquí, robar a Muriel delante de nuestras narices y escapar sin que te pillaran?

—Sí.

—Por supuesto. ¿Por qué otra razón te habrías presentado aquí si no creyeras que podrías lograrlo? —reflexioné—. A menos que fuera sólo para verme de nuevo.

La nariz de Kiara se torció de asco. —No te hagas ilusiones, cachondo.

Me reí para ocultar el dolor punzante de su rechazo. Luego, inclinándome hacia ella y bajando la voz, le dije: —Sin embargo, si me pillaras sola en una habitación, apuesto a que no podrías evitarlo.

—Sí. ¡Ayúdame a no retorcerte el puto cuello!

Rezongué, tapándole los oídos al bebé. —Lenguaje —. En realidad, no quería que su vitriolo despertara al bebé y provocara otra ronda de llantos.

Las otras dos chicas parecían inmunes a mis tímidas burlas, algo con lo que Aislin ya estaba familiarizada. Todas me fulminaron con la mirada.

—¿Cómo puedes quedarte ahí bromeando así? —espetó Aislin—. ¿Como si nuestras vidas no estuvieran en juego? ¿Has olvidado cómo los esbirros de tu padre mataron a mi padre hace sólo unas semanas?

—¿O cómo David iba a agredirme sexualmente? —Billie contribuyó con una frialdad que nunca antes había esgrimido contra mí.

—¿O cómo planea masacrarnos a mi madre y a mí por nuestros cuernos? —añadió Kiara.

Me arrepentí inmediatamente de haberme burlado de Kiara. Nuestra proximidad física me volvía estúpida de lujuria, incluso delante de las otras chicas y de Muriel, incluso mientras sostenía al

bebé en mis brazos, incluso a pesar de todo lo que habían pasado por culpa de la avaricia de mi padre. La culpa me hizo fruncir los labios y refunfuñar mientras me alejaba un paso de todas ellas. —Vale, lo entiendo.

—¿Por qué no te vas a la mierda, Colt? —gruñó Aislin.

Abrí la boca para protestar y miré a Billie, a quien creía más probable que entendiera lo poco que quería involucrarme en esto.

Se limitó a resoplar y a negar con la cabeza, decepcionada conmigo.

Durante un minuto, me quedé sin decir nada y luego dejé que se me hundieran los hombros. Quería disculparme por todo, apelar a ellos y prometerles que no había querido que nada de esto ocurriera. Quería buscar una solución y ayudarles a escapar. Pero con los dos guardias metamorfos dragón respirándome en la nuca, no había nada que pudiera hacer o decir que no me incriminara de inmediato.

Así que, sin decir nada, me di la vuelta y me marché. Probablemente ardían de satisfacción al pensar que tenían razón sobre mí, que era tan despreciable como creían. Me dolía no poder demostrarles que estaban equivocados.

En lugar de buscar el consuelo de la soledad, mis pies me llevaron a través de la caverna hasta la habitación de mi padre, donde descansaba en el suelo en su saco de dormir. Sólo quería ver cómo estaba, obligada por el deber y el deseo de sentirme útil a alguien, pero tenía los ojos abiertos. Estaba despierto y miraba las estalactitas del techo antes de girar la cabeza para mirarme. — Sigues llevando a ese niño a todas partes.

—No quiero que se enfríe. Está empezando a dormir más... pero no creo que lo esté haciendo bien.

David se burló, desinteresado ahora por la niña. —Quizá deberías dejarla morir. Eso le enseñará a Lothair a no desaparecer cuando más lo necesitamos.

—No voy a dejarla morir.

Mi padre gruñó mientras se incorporaba y pasaba un brazo por encima de las vendas que le envolvían el abdomen. —Tu valentía es inútil con Lothair, sabes. Va a abandonar a su hija de todos modos cuando se convierta en Lycan.

—Y tú me estarás abandonando —repliqué.

—Eres capaz de asegurar tu propia supervivencia. Te convertirás en el Alfa de Dalesbloom en mi lugar. Lo que me recuerda, que aún no te he visto demostrar que eres digno de ese papel. Tal vez debería dárselo a Garrett en su lugar.

Me pregunté si ésa sería la opción más sabia a largo plazo. Así podría huir sin la responsabilidad de una manada -y de los crímenes de mi padre- sobre mis hombros. Desvié la mirada, reacia a expresar mis pensamientos.

—Puedes demostrar tu lealtad a Dalesbloom y a mí tomando una decisión y actuando en consecuencia —anunció David.

—¿Qué tipo de decisión?

—No tenemos ningún uso para Billie o Aislin. Por mucho que me gustaría quedarme con Billie, dado mi cariño por la estúpida, no me servirá de nada una vez que sea Lycan. En cuanto a Aislin, esa puta bocazas, me molesta sólo respirar su hedor. Ambas se han convertido en nuestras enemigas sin importar lo que sientas por ellas. Necesitas probar tu lealtad, Colt. Matarás a una de ellas y me dejarás la otra a mí.

Me sentía mal. No podía creer lo que mi padre me estaba pidiendo. —¿Qué?

—Ya me has oído.

Lo había hecho, y eso me devastó. Verme obligado a elegir entre quitarle la vida a mi hermana o a la chica de la que había estado enamorado la mayor parte de mi vida -como si esa fuera la única forma de demostrar que era digno de liderar Dalesbloom- me dio ganas de vomitar. —No puedes hablar en serio.

—Yo soy. Deja a ese maldito niño, Colt. No eres un ama de casa. Te daré una hora para tomar tu decisión, ¿entendido? Y si no estás aquí, en esta habitación, diciéndome a cuál vas a sacrificar para Dalesbloom, te buscaré yo mismo, y te aseguro que no me alegraré por ello —David me enseñó los dientes, enfatizando la seriedad de su amenaza.

Quería discutir con él y acusarle abiertamente de la locura creciente de la que había sido testigo estos dos últimos meses. Pero sabía que rechazarle en ese momento me recompensaría con el mismo trato que a las chicas. Me rechazaría, me destrozaría y luego me encadenaría con ellas.

Así que me eché atrás.

—No me decepciones, Colt —me advirtió mientras salía de la habitación.

¿Cómo podía esperar que matara a alguno de ellos?

Me retiré a mi rincón de la mina, pero ni siquiera allí pude ocultarme de la gravedad de mi nuevo dilema. Parecía que mi única salida era huir de la mina con el bebé en brazos, correr y no mirar atrás, pero eso significaría abandonar a Billie y Aislin a una muerte segura. También significaría traicionar y abandonar a mi compañera predestinada, y aunque Kiara me odiaba, yo seguía queriéndola. Ahora me daba cuenta de cuánto deseaba arrojarme a sus pies y pedirles perdón. Cuánto deseaba encontrar una forma de salvarlos del destino que habían sellado para sí mismos.

Pero no fue su culpa. Sólo trataban de salvar a Muriel. Todo esto fue por culpa de mi padre.

Más que nada, quería salvarlos de él.

Me senté con la espalda contra la pared, buscando frenéticamente la respuesta. Silencié al bebé, que se había despertado y empezaba a llorar de nuevo.

Entonces, una vez más, estalló una tormenta en algún lugar del túnel. El sonido del caos me resultaba cada vez más familiar, y esta vez iba acompañado de voces masculinas en lugar de femeninas.

Eran los gritos de guerra de dos Alfas que habían venido en busca de sus parejas.

Capítulo 17

Kiara

Colt era un cerdo despreciable. Puede que no lo pareciera, con su aspecto astuto y su sonrisa juguetona, pero ahora sabía que en el fondo era un monstruo irredimible que sólo quería ver triunfar a su padre. Odiaba tanto haberle dejado acercarse a mí.

Verle de nuevo me había dado náuseas. Lo único que hizo fue quedarse ahí, mirando, dejando que todo sucediera mientras su padre nos propinaba patadas a mis compañeros y a mí y nos encerraba a todos. Y luego, tuvo el descaro de acercarse a nosotros mientras estábamos encadenados y hacer comentarios sobre cómo lo encontraría irresistible... como si nuestras vidas no estuvieran en juego y mi madre no estuviera desplomada en el suelo, agonizando. No podía creerle. No tenía empatía ni corazón. ¿Por qué fingía preocuparse tanto por aquella niña, como si fuera suya, si no era para manipularnos?

Ella no le importaba de verdad, ¿verdad?

El frío suelo de piedra dejaba huellas de guijarros en mis brazos y piernas mientras permanecía tumbada, observando a los guardias como una cobra a la espera de atacar. Si David y Colt pensaban que me quedaría aquí quieta hasta que estuvieran listos para sacrificarme, se equivocaban. En el instante en que los guardias apartaban la vista, yo me ponía a escudriñar los cables que rodeaban mis muñecas o los ganchos metálicos clavados en la roca, en busca de algún punto débil. Aislin, Billie y yo habíamos desarrollado un sistema tácito de comunicación con miradas sutiles, asentimientos, fruncimientos de ceño e inclinaciones de cabeza; estábamos elaborando un plan para distraer a los guardias, pero no lo pondríamos en práctica hasta que yo hubiera descubierto cómo zafarme de las ataduras. Íbamos a escapar, pasara lo que pasara. Me quedé mirando a mi madre, fría, cerca de mí pero fuera de mi alcance, y cada respiración superficial suya me motivaba más.

La triste realidad era que, a pesar de nuestra determinación, horas después de sentarnos aquí y engañarnos pensando que habíamos dado con algo, ninguno de nosotros tenía una idea sólida de qué hacer a continuación.

Nuestra primera oportunidad real llegó cuando una cacofonía de ruido estalló más adelante en el túnel. Todos nos enderezamos y miramos más allá de los guardias, hacia la luz de la linterna que parpadeaba en el túnel. Los guardias se giraron y uno de ellos se dispuso a investigar. Las voces se alzaron en gritos airados. El sonido de los disparos rebotó por la caverna. Miré a Aislin y a Billie, aliviado al ver sus rostros iluminados por la esperanza.

—¡Es Gavin! —dijo Aislin, poniéndose de pie.

—¡Eh! —espetó el guardia restante—. ¡Vuelve abajo!

—¡Vete a la mierda! —Aislin ladró de nuevo.

Inmediatamente fue a por los cables atados al gancho colocado en la pared. El guardia se abalanzó sobre ella, pero en cuanto estuvo a mi alcance, saqué el pie y le hice tropezar. Se estrelló contra la pared y yo me agarré a una piedra que había cerca. Llena de valor, me puse a horcajadas sobre el guardia y le golpeé con la piedra en la sien. Sus ojos color avellana se abrieron de par en par cuando la piedra le hizo un profundo corte en la ceja izquierda. La sangre empezó a manar de debajo de su pelo oscuro. —¡Perra! —siseó, apartándome de él antes de que pudiera golpearle de nuevo.

Para entonces, Aislin había empezado a golpear el candado que sujetaba los cables contra la pared de roca hasta romperlo. Billie estaba de pie, lanzando piedras al guardia abatido. Yo le lancé la piedra que tenía en la mano a la cabeza. Él levantó un brazo tatuado para defenderse de la embestida y con la otra mano buscó la muñeca de Aislin. Pero ella ya había desenrollado los cables y nos había soltado a todos; aunque nuestras muñecas seguían atadas, ahora teníamos libertad de movimiento para atacarle. Aislin lo apartó de un empujón y yo salté sobre su espalda, rodeándole el cuello con los brazos. Se ahogó y se tambaleó hacia atrás, inmovilizándome contra la pared. Mantuve el agarre y lo estrangulé con los grilletes de mis muñecas hasta que cayó al suelo. Mientras tanto, Billie había despertado a mi madre y la había puesto en pie.

—Mamá —grité, corriendo hacia ella. Apenas estaba consciente y ni siquiera podía mantenerse erguida. Su pelo plateado le colgaba suelto alrededor de la cara y sus ojos me miraban vacíos, a través de mí, como si no me reconociera.

Pero lo hizo. Mi nombre flotó silenciosamente en sus labios.

—No pasa nada. Vamos a sacarte de aquí —prometí.

Ayudé a Billie a sostener a Muriel mientras Aislin nos guiaba a través del túnel y hacia la amplia caverna donde tenía lugar la mayor parte de la lucha. De repente, nos vimos expuestos a los lobos de Dalesbloom y a los dragones de Inkscale defendiéndose de una marea de nuestros compañeros de manada, respaldados por los humanos de la Guardia de los Mitos. La sorpresa me ancló en el sitio. No había esperado tal valentía de los lobos que habían permitido que mi madre cayera prisionera y afirmaban no saber siquiera dónde encontrar a sus enemigos.

—Deben habernos seguido —sugirió Aislin—. ¡Gracias Vana!

Pero no le di a ningún dios ningún crédito por esto. Fue pura y tonta suerte que Billie y Aislin fueran tan estúpidas como para intentar escabullirse sin avisar a sus compañeros Alfa. Obviamente, ¡las habrían seguido!

Me zumbaban los oídos por los disparos que atravesaban la caverna. Más allá de todo el derramamiento de sangre, vislumbré la lejana entrada a la mina, donde la libertad brillaba bajo los rayos del amanecer. —¡Por aquí! —le dije a Billie, tirando de ella y mi madre hacia adelante.

Aislin nos protegió mientras avanzábamos hacia la entrada. Golpeaba con los puños a cualquiera que se acercara demasiado, clavaba las uñas en la piel y lanzaba duras patadas a las costillas. Sus dientes relampaguearon como una feroz advertencia hasta que alguien la derribó al suelo. — ¡Maldita sea! Aislin —grité, pero antes de que pudiera tenderle la mano, otro intervino para romper brutalmente el cuello del metamorfo dragón que la había atacado. Me eché hacia atrás, mirando atónita al vikingo rubio, barbudo y de ojos de acero que era Everett March, de pie junto a Aislin.

—¡Ev! —gritó Aislin, rodando sobre su estómago—. Mierda, ¿ese tipo está muerto?

—Levántate —gruñó Everett, agarrándola de la mano y ayudándola a ponerse en pie.

Desde el otro lado de la habitación, otra voz nos saludó. —¡Billie! —La alfa Grandbay de pelo castaño hizo una pausa para dar un puñetazo a alguien, y luego volvió a mirar hacia nosotros—. ¿Estás bien?

Billie tragó con fuerza, instando a mi madre a seguir adelante. —Sí, así es. Gavin, ten cuidado, ¡por favor!

—De acuerdo, nena —respondió Gavin antes de verse envuelto en otra pelea a puñetazos.

Con la ayuda de Everett, nos metimos entre la multitud y nos dirigimos hacia la única salida. Estábamos tan cerca que podía saborear el aire fresco. Sólo un poco más...

Un sonido atronador atravesó la caverna y, de repente, Everett se sacudió hacia delante, con una bala en el hombro. Aislin gritó y agarró a su compañero.

—¡No más, o le hago un agujero en la cabeza! —rugió David.

Todos los presentes se detuvieron. La lucha se detuvo de inmediato y todos volvimos los ojos hacia David, que se tambaleaba hacia la multitud, agarrándose el abdomen, donde antes había recibido un balazo. Colt se quedó detrás de él, abrazando con fuerza al niño.

Everett gruñó, obligándose a levantarse. —Sigue adelante. Yo me encargaré de él.

Sus ojos se encontraron con los de David con una advertencia. Cuando David levantó su arma para disparar de nuevo a Everett, el alfa de Eastpeak cargó contra él, rebosante de venganza.

Sabía que Aislin necesitaba todas sus fuerzas para no ir tras su compañero. Sus ojos brillaban de preocupación, pero aun así empezó a guiarnos hacia la salida una vez más. La lucha se reanudó, sólo que ahora teníamos a la Guardia de los Mitos protegiéndonos de Dalesbloom y los Inkscales.

Cuando sentí que alguien me agarraba del brazo libre, solté a mi madre para luchar contra el agresor, pero vi que Colt ya sangraba por donde le habían atacado en la refriega. Me empujó a la niña a los brazos. —Sácala de aquí.

—¡No! —protesté. Protesté, devolviéndole al niño quejumbroso.

Pero Colt se negó a aceptarla.

—¡Kiara, vamos! —suplicó Billie mientras sostenía a Muriel ella sola.

Uno de los dragones se abrió paso entre nuestros defensores de la Guardia de los Mitos e intentó arrebatarme al bebé. Lo reconocí como el guardia tatuado; le goteaba sangre de la sien. Entonces, el tiempo pareció ralentizarse. Vi cómo Colt volvía los ojos hacia el dragón y su expresión se torcía de rabia al ver que alguien me atacaba. Con las manos ya libres, se abalanzó sobre el dragón, desapareciendo con él entre la multitud.

Colt se había vuelto contra los dragones para protegerme. Estaba arriesgando su propia vida

tratando de poner a salvo a este bebé. Por un momento, me sentí demasiado aturdida para procesar lo que había visto y seguir avanzando con el grupo. Me recuperé rápidamente y, paso a paso, nos acercamos a la libertad.

De la nada, un cuerpo eclipsó la luz roja del sol naciente. Era lo único que se interponía en nuestro camino...

Lothair Javier.

El hombre desaliñado respiraba con dificultad, como si hubiera luchado entre hordas para llegar hasta aquí. Sólo llevaba pantalones negros, sin zapatos ni camisa. El pelo largo y rubio le colgaba sobre los hombros y delante de la cara sucia. Sus penetrantes ojos amarillos se clavaron en mí como dientes: yo tenía a su hija en brazos. —Dámela —dijo en tono sombrío.

Hace unos segundos, no quería tener nada que ver con este bebé. Pero ahora, inexplicablemente, no podía devolvérsela al enemigo.

—¡Dame a mi hijo! —Lothair rugió.

—¡Lothair! Olvídate del maldito niño; ¡detenlos! —David aulló desde lo profundo de la caverna.

Llenos de ira, los ojos de Lothair se desviaron para mirar detrás de mí. —Descuidas la obligación de un padre para con su hija. La protegeré por encima de todo —dijo con dureza, y volvió a centrarse en mí—. ¡Entrégamela ahora!

—¡La abandonaste! —fue todo lo que pude reunir, el único argumento que se me ocurrió para justificar por qué aún tenía a este bebé dragón en mis brazos.

Pero fue estúpido e imprudente por mi parte pensar que retener a la niña era lo correcto. Lothair se abalanzó sobre mí, agarrando a su hija con una mano y mi garganta con la otra. Sus dedos me rodearon la tráquea con una intensidad que no esperaba. Me ahogué cuando me arrancó a la niña de los brazos y, en aras de la supervivencia, la solté. Pero en ese momento, Aislin empujó con el hombro la espalda de Lothair. Tropezó y cayó al suelo. Yo también perdí el equilibrio. Todo el mundo gritaba, pero lo único que oía era el llanto de la niña, que se desprendió de nuestros brazos y cayó al suelo, lo bastante para romperle los huesos. Para pararle el corazón.

Todos jadeamos.

Reaccionando más rápido que cualquiera de nosotros fue mi madre.

Debió de ser su instinto maternal, su amor maternal por el niño huérfano de madre, lo que impulsó a Muriel hacia el bebé. Mientras Lothair aún se levantaba y yo aún intentaba comprender lo que acababa de hacer, mi madre ya estaba de rodillas, acunando al bebé roto en sus brazos. —Oh, no. Lo siento mucho. Nunca te mereciste esto. Debería haberte ayudado cuando tuve la oportunidad. Lo siento tanto...

—¡Mamá! —la llamé. La agarré del brazo e intenté que viniera conmigo, pero Lothair ya estaba en pie, con una ira cegadora que lo atraía hacia nosotros.

—Tenemos que irnos —me apremió Aislin, cogiéndome por el codo.

—¡No! ¡No podemos irnos! —Tiré de mi madre, pero no se movió.

De repente, su cuerpo se estremeció con una oleada de magia. Estaba utilizando sus últimas energías en un intento desesperado por salvar al bebé de la muerte. Su voz se quebró por el dolor que sentí dentro de mí.

—¡Kiara! —gritó Billie.

Ella y Aislin me arrastraron mientras gritaba llamando a mi madre. Entre lágrimas, vi cómo Lothair se acercaba a ella, y sentí cómo su fuerza vital se marchitaba mientras empleaba lo último que le quedaba en el infante. Sólo pude contemplar, impotente, cómo mi madre sucumbía a las furiosas garras del dragón Alfa. Ya no podía salvarla. Había perdido cualquier oportunidad que hubiera tenido.

Los guerreros de la Guardia de los Mitos, Grandbay y Eastpeak que sobrevivieron al combate se retiraron con nosotros hacia el amanecer.

Lo último que vi fueron los dulces ojos violetas de mi madre, una lágrima rodando por su mejilla.

Capítulo 18

Colt

El caos no terminó cuando Kiara y sus amigos escaparon. Algunos dragones y lobos salieron tras ellas, pero sabía que sería inútil. La Guardia de los Mitos las mantendría a salvo. En su lugar, toda la atención se centró en Lothair, que arrebató a Muriel del suelo y la alejaba de la niña.

El dragón con el que había estado luchando me había inmovilizado contra el suelo y me había dado un puñetazo en la mejilla. Cuando se distrajo, lo aparté de un empujón y me puse en pie. No pude ver qué le había pasado a la niña. La gente se arrodilló a su alrededor y la levantó del suelo; se la llevaron a algún lugar fuera de la vista. Me dolía el corazón al temer que se hubiera convertido en poco más que un cadáver.

Lo único que quedaba en el suelo era Muriel. Lothair la levantó en el aire; hacía tiempo que se había quedado inerte, apenas viva a juzgar por los estremecedores jadeos de su cuerpo agonizante.

—¡Basta! —irrumpió mi padre, cojeando y sangrando por su pelea con Everett. Apartó a todo el mundo de su camino. Le seguí, manteniéndome tan erguido como pude a pesar del dolor que me irradiaban los puñetazos del dragón.

Lothair dejó caer a Muriel al suelo y fulminó a David con la mirada. —¿Cómo has permitido que ocurriera esto? —gruñó en voz baja.

—¿Le echas la culpa a él? —Una voz se alzó entre la multitud. El guardia dragón con el tatuaje en el brazo y una ceja cortada salió de entre la multitud. Sus ojos color avellana brillaban con una ira que parecía ser compartida por todos los presentes—. David Hexen no tiene la culpa del caos que nos ha dejado a todos revueltos. Eres tú quien lo ha hecho. Abandonándonos, desapareciendo sin decir palabra.

—¡Sibyelle ha muerto, Kipling! Prefiero liderar en ausencia que liderar en pena —respondió Lothair bruscamente—. ¡Sibyelle y mi hija han muerto por la negligencia de esta egoísta! —Señaló con un dedo a Muriel en el suelo.

Nadie habló en defensa de Muriel, que no tenía ninguna obligación de salvar la vida de las personas que planeaban sacrificarla en su propio beneficio.

—Prefiero servir a un líder que ponga las necesidades de su pueblo por encima de su codicioso corazón —dijo Kipling—. Te has vuelto débil, Lothair. ¿Cómo podemos confiar en que cumplirás tus promesas una vez que realices el ritual Lycan? ¿Qué se supone que haremos una vez que te conviertas en Lycan?

El ambiente en la mina se caldeó. Me preocupaba que la furia de Kipling siguiera apegada a mí. Ya no sentía nada por mi padre, ningún deseo de protegerlo de la ira que se estaba gestando en los dragones y, desde luego, ninguna determinación de demostrarle mi valía, no desde que me dijo que tenía que elegir entre matar a Aislin o a Billie. Cuando la discusión se intensificó, retrocedí, escabulléndome entre los cuerpos en busca de mi propia libertad.

—Los Inkscales se integrarán en las filas de Dalesbloom —intervino David—. Ya lo sabéis.

—¡Nuestra alianza con Dalesbloom ya ha reducido nuestro número a la mitad! —reprendió Kipling—. Empiezo a pensar que este plan estúpido nos arrebatará la grandeza que una vez tuvieron los Inkscales. Aunque nos viéramos obligados a huir en la noche, al menos dominábamos la oscuridad. ¿Qué tendremos una vez que nuestros líderes actuales sean reducidos a monstruos descerebrados? ¿Un pueblo paralizado por el miedo a nosotros? ¿Objetivos en nuestras cabezas por parte de la Guardia de los Mitos?

Me aferré a la pared, escabulléndome mientras los ojos de todos estaban puestos en Kipling, Lothair y mi padre. Sólo cuando sentí el calor del amanecer entrando por la entrada de la mina me detuve, sintiendo de pronto la atención de Kipling sobre mí.

—Y David, ¿esperas que sirvamos a tu hijo en tu lugar? ¿El seducido por la cobardía?

Al mirar por encima del hombro, me vi iluminado por la luz del sol en la entrada de la cueva. Todo el mundo me miraba fijamente, con mi vuelo a la vista.

Kipling entrecerró los ojos. Ya sabía cuál era mi lealtad.

—Colt... —gruñó David.

Pero había tomado una decisión. No iba a seguir defendiéndome de una legión de asesinos que antes me despellejarían vivo.

Sin decir palabra, me di la vuelta y hui por la ladera de la montaña, escapando de la mina. Corrí sin mirar atrás. Pero sabía que nadie me seguía.

Podría haber ido en cualquier dirección, pero mis pies me guiaron por el rastro que había dejado Kiara. Más adelante, supe que su huida había sido obstaculizada por los pocos cambiaformas que los habían perseguido. Podía oír gruñidos y aullidos, y había visto un par de cadáveres humanos tirados entre los árboles. Había olido la sangre en cuanto me alejé lo suficiente de la mina de plata. Tras transformarme en lobo, dejé atrás la ropa por las armas de mis dientes y uñas, y en cuanto vi los cuerpos humanos de Gavin y Everett luchando desarmados contra un último dragón, me abalancé.

Toda la rabia contra mi padre que estaba contenida en mi interior guio mis colmillos hacia la espina dorsal del dragón. Cegado por una emoción que no podía controlar, hundí los dientes en la carne del dragón, justo debajo de los hombros. Se arqueó salvajemente mientras se agitaba, tratando de arrojarme fuera de él. Gavin cayó al suelo y Everett se quedó atrás, sorprendido, mientras yo arrancaba trozos de carne de la espalda del dragón. Cuando me soltó, caí al suelo y rodé hasta ponerme de pie, saltando de nuevo a la lucha. El daño que había causado en la columna vertebral del dragón lo había ralentizado demasiado como para que pudiera contraatacar con eficacia. Sus brazos temblaban, incapaces de sostenerse. Sus alas brillaban a la luz del sol, pero ya nada me intimidaba. Quería destruir a este dragón del mismo modo que quería destruir a todos los Inkscales por traer tanta muerte y destrucción a mi hogar. La culpa era tanto de ellos como de mi padre. Mi primer acto de desafío sería matar a este dragón.

En cuanto tuve su garganta entre mis mandíbulas, apreté, sintiendo un placer antinatural al aplastarle la vida.

Cuando el dragón se desplomó en el suelo, retrocedí, contemplando lo que había hecho. Nunca había matado a nadie. Ni siquiera cuando asaltamos la casa de los Mundy y le prendimos fuego. Yo sólo había sido un espectador. Pero este dragón, muerto a mis pies, era obra mía. Sin mirar atrás a los que miraban, mi lobo me expulsó de su cuerpo.

Me arrodillé en la hierba, desnuda y jadeante.

En cuestión de segundos, dos pares de manos me agarraron de los brazos y me pusieron en pie. Me dieron la vuelta, encarándome hacia Gavin y Everett, cuyos ojos eran duros y llenos de odio. Uno tras otro, me dieron un fuerte puñetazo en la cara, dejándome caer de nuevo sobre la hierba.

—¡Maldito cabrón! —escupió Gavin, dándome una patada en el estómago.

Everett apartó a Gavin. —¿Por qué nos seguiste, Colt?

Gruñendo, me apoyé en los codos y miré sombríamente a los hombres que se alzaban sobre mí, luego más allá de ellos, a los rezagados de la Guardia de los Mitos -unos pocos humanos, desarmados, incluido ese tal Sebastian Hicks y a las chicas, Aislin, Billie y Kiara, con la mano sobre la boca, reacia a ceder a sus lágrimas.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta. —Lo siento.

—¿Lo sientes? —Gavin resonó incrédulo—. Después de todo lo que has hecho, ¿ahora lo sientes?

—No tuve elección.

—Siempre tuviste elección —respondió Everett.

—Mató a mi hermana —dije con voz ronca, mirando a Gavin y luego a Everett—. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que lo perdonara y le diera la espalda a la única familia que me quedaba?

—Tu padre es un violador —espetó Gavin.

—Y un asesino —añadió Everett.

—¡He dicho que lo siento, joder! —Respirando con dificultad, me senté más derecho, tratando desesperadamente de ponerme de pie.

Gavin se abalanzó para atacarme de nuevo, pero Everett lo detuvo y dirigió su atención hacia Kiara, que hacía muecas de dolor a través de nuestro vínculo predestinado.

Me levanté y dejé que mis brazos colgaran sin fuerza, con demasiado dolor en el cuerpo como para aferrarme a una sola parte de mí. —Mira. Sé que nada de lo que haga o diga puede excusar el pasado; yo sólo... vi cómo sucedía. No puedo retractarme de haber intentado marcar a Billie. No puedo... deshacer lo que le hicimos a la familia de Aislin. Lo lamento. Siento mucho haber dejado que pasara. Pero ya no quiero ser parte de ello. No puedo... seguir... sin hacer nada... viendo sufrir a la gente...

Los hombres me miraron fijamente.

—No espero que me perdones. Ni siquiera tienes que dejarme vivir. Sé que los de la Guardia de los Mitos planean exterminarme. Sólo quería que supieras que... no quiero ser como mi padre. Por favor, créeme.

Al seguirlos, me había resignado a morir. La Guardia de los Mitos me mataría en el acto, o si me perdonaban la vida, me trasladarían a algún lugar lejos de aquí. No importaba. Lo que importaba era que había escapado de Dalesbloom. Ya no podía ser responsable de la locura de mi padre.

Gavin y Everett se retiraron, compartiendo palabras en voz baja con las chicas y Sebastian. Me limpié la sangre de los ojos y me obligué a cuadrar los hombros. Por mucho que intenté separarme de mi prometida, no pude evitar mirarla, y cuando vi que me estaba mirando, me tembló el pecho. Tenía los ojos rojos e hinchados. Parecía devastada, como si le hubieran arrancado el mundo, y todo lo que yo quería era abrazarla. Quería expiar todas las cosas terribles que le había hecho vivir.

Después de lo que pareció una eternidad, Everett y Gavin se volvieron hacia mí. Billie me miraba con tristeza y Aislin fruncía el ceño, disgustada.

—Sabes que no podemos confiar en ti —dijo Everett con rigidez—. Tampoco podemos aceptarte en nuestras manadas. Pero si vamos a proteger a Kiara e impedir que David y Lothair lleven a cabo el ritual Lycan, vamos a necesitar saber todo lo que sabes.

Asentí con la cabeza. —Te lo contaré todo. Por favor. Quiero ayudar.

Pero cuando di un paso adelante, el grupo se erizó colectivamente. —Puedes ayudar manteniendo las distancias —advirtió Aislin—. Recuerda, has sido tan malo como David, asqueroso.

Sus palabras me abofetearon. Mis hombros se hundieron, y una vez más, asentí. —Dime qué quieres que haga y lo haré.

Everett miró a Sebastian. —¿Todavía tienes esas bridas?

El hombre más alto asintió y, sin mediar palabra, se acercó a mí mientras sacaba los cierres del bolsillo de su chaleco. Parecía que habían venido preparados para hacer prisioneros, si era necesario. Quizá sobre todo a los que estaban en su lista de exterminio.

Para demostrar mi disposición a trabajar con ellos, extendí las muñecas, permaneciendo en silencio mientras Sebastian las sujetaba. Luego me agarró de los brazos y asintió a Everett.

—De acuerdo, vamos —dijo Everett, guiando al grupo en dirección a Eastpeak y su casa.

Todavía no sabía si iba a sobrevivir a esto. Pero al menos ahora todos verían lo desesperado que estaba por redimirme. Sabrían que no era el monstruo malvado que aparentaba al obedecer a mi padre. Yo no era como él. Deseaba tanto ser mejor que eso.

Mientras caminábamos, me consolaba ver a mi compañera predestinada delante de mí. Era el único consuelo que podía encontrar ahora. De vez en cuando, me devolvía la mirada y me preguntaba si entendía mis intenciones, si sentía mi culpa.

Si pudiera abrazarla una última vez, en serio, moriría feliz.

Capítulo 19

Kiara

Caminé aturdida el resto del trayecto de vuelta a casa de Everett.

Las nubes se movían por el cielo, tapando el sol y enfriando el aire. Incluso con los leggings y la camiseta que llevaba, sentía un escalofrío en la sangre del que no podía deshacerme. Sabía a qué se debía. La última imagen que había tenido de mi madre estaba alojada en mi mente, esa visión de ella mirándome tristemente mientras la dejaba... otra vez. Lágrimas rodando por sus mejillas. Sólo que esta vez, los dos sabíamos que yo no sería capaz de salvarla. Sería la última vez que la vería, y el peso de su ausencia permanente me arrastró a las profundidades de mi océano interior, minando todo el calor y la fuerza de mi cuerpo. Había fracasado.

Los pequeños consuelos que me ofrecieron mis compañeras no significaron nada para mí. Aislin y Billie se disculparon en voz baja por haber tenido que dejar atrás a mi madre, pero no era culpa suya, sino mía. Fui yo la tan estúpida como para poner en peligro a la niña y obligar a mi madre a quedarse atrás para ayudarla. Quizá si se la hubiera entregado a Lothair, nos habría dejado escapar hacia la libertad. O quizá si yo hubiera sido más fuerte, si hubiera podido obligar a mi madre a levantarse, podríamos haberla traído con nosotros. Podría haberla curado con mi propia magia. Mi mente estaba plagada de hipótesis, pero por desesperadamente que conjurara soluciones alternativas, nada anularía la verdad de lo que había sucedido. Se había ido y no podía hacer nada para traerla de vuelta. Me temblaba la mandíbula mientras intentaba no derrumbarme.

Llegamos a la casa de Everett en la ladera de la montaña en silencio, con las secuelas de la noche en la mina sobre nosotros. La Guardia de los Mitos había perdido a cinco agentes, mientras que Eastpeak había perdido a un miembro de la manada, todo por una misión de rescate aparentemente inútil. Habría servido de algo si hubiéramos recuperado a mi madre. Pero lo único que teníamos que no teníamos antes era a Colt Hexen detrás de nosotros. Los Alfas creían que podrían usar sus conocimientos para defendernos de David y Lothair, pero yo no creía que pudiéramos fiarnos de él. No después de todo lo que me habían contado de él, y no después de lo que me había hecho. Sus disculpas eran sólo palabras. Me había entregado aquel bebé a sabiendas de que me pondría en peligro; por lo que yo sabía, todo había formado parte de su plan para herir al niño y obligar a mi madre a quedarse atrás. No podía evitar culparle. Cuando

entramos en el salón de Everett y todos los demás se sentaron por fin, me quedé flotando, negándome a mirar a nadie, insegura de si quería estar aquí.

Gavin se pasó la mano por el pelo. —De acuerdo. La luna llena es en menos de una semana. Tenemos que idear un plan de juego.

Todos permanecieron en silencio. De espaldas al grupo, me tapé la boca con la mano, luchando contra una oleada de emociones inoportunas.

—¿Hola? ¿Chicos? —sondeó Gavin.

—Danos un momento —dijo Everett, su voz áspera por la agitación—. Acabamos de perder a seis personas esta mañana.

Gavin suspiró. —Vale. Lo siento —Oí sus pasos dirigiéndose de nuevo a Billie e imaginé sus manos en los brazos de ella mientras intercambiaban tranquilos consuelos.

—Kiara... —Everett continuó.

No me enfrenté a él.

El Alfa de Eastpeak se acercó. —¿Qué posibilidades hay de que tu madre sobreviva a los próximos días? ¿Crees que vale la pena asaltar la mina de nuevo antes de la luna llena?

Mi corazón se apretó de dolor. Quería gritarle por la insensibilidad de su pregunta, pero la racionalidad me decía que solo intentaba prepararse, idear un plan como Gavin acababa de instarnos a hacer. Aun así, la cabeza me daba vueltas y tenía la boca demasiado seca para decir algo útil. —No lo sé.

—Tu madre estaba en mal estado cuando la dejamos. Toda esa sangre a la que estuvo expuesta podría matarla —señaló Everett.

—Lo sé.

—Entonces, ¿crees que sobrevivirá hasta la luna llena?

—No lo sé, Everett.

—Podemos volver si crees que aún estará viva.

La voz se me quedó en la garganta. No estaba segura de lo que quería creer frente a lo que ya sabía.

—Podemos intentar salvarla, Kiara.

Todavía estaba en forma humana cuando la dejamos. Si moría en forma humana, David y Lothair necesitarían otro cuerno de unicornio: el mío. Estaba segura de que intentarían mantenerla con vida el tiempo suficiente para que cambiara a su forma de bestia. Pero en cuanto se transformara, la matarían, y ya estaba tan débil...

—¿Kiara?

—No tiene sentido —balbuceé finalmente—. Es como si estuviera muerta.

—Todavía podemos salvarla —insistió Everett.

—La matarán en cuanto consigan transformarla. No sobrevivirá a los próximos días.

Las dos mujeres empujaron hacia mí. Sentí una mano en el hombro y me tensé, aunque sólo fuera el suave consuelo del tacto de Billie, una expresión de su comprensión; no quería eso de nadie. Me aparté de ellos y me enfrenté a todos con lágrimas en los ojos. Me centré en Colt, que no había dejado de mirarme. Mi ceño se frunció de odio y rabia, pero ya no sabía si se lo merecía.

—La vi morir —dije con veneno a todos los presentes—. Utilizó demasiada magia para curar a personas que la daban por sentada, que eran demasiado débiles y estaban demasiado asustadas para intentar salvarla hasta que yo me arriesgué primero. Mi madre está casi muerta. Será mejor que esperes a que los Lycans arrasen la ciudad. Serán un blanco más fácil que los cobardes escondidos detrás de sus secuaces en esa mina.

Resistí el impulso de salir corriendo antes de que pudieran reaccionar, con los pies anclados en el suelo. Pero nadie dijo nada. Rendirme sin más no me parecía algo que fuera a hacer, pero ¿qué otra opción tenía? Volver significaba una muerte segura, y lo más probable era que mi madre ya estuviera muerta. Si no lo estaba, lo más probable era que su cuerpo fallara en poco tiempo. Me sentía patética y débil y no quería seguir delante de los demás.

—Ais, ¿por qué no acompañas a Kiara a una de las habitaciones de invitados? —sugirió Everett en voz baja.

Estaba a punto de salir corriendo, pero un dormitorio cálido sonaba mucho mejor, así que a regañadientes dejé que Aislin me guiara escaleras arriba, por el pasillo, hasta uno de los dormitorios de invitados del Alfa de Eastpeak. Una vez dentro, me quedé mirando la cama y respirando la amalgama de olores de todos los habitantes anteriores de la habitación, ninguno de los cuales era mi madre.

—Kiara, lo siento —ofreció la pelirroja.

—Vete.

Aislin suspiró y cerró la puerta al salir.

Me arrastré hasta la cama, me envolví en el edredón y me refugié en el silencio de la soledad. Los últimos días no me habían dado tregua, e incluso esto apenas era un respiro de la dureza que había soportado, pero al menos era un lugar cálido y seguro, así que cerré los ojos y me dormí rápidamente.

Las rocas cubiertas de musgo se alzaban sobre mí. Largas frondas de hierba verde brillante me hacían cosquillas en los oídos mientras mis ojos se abrían a un sol dorado. Los dientes de león se movían por encima de mi cabeza con la suave brisa. Tumbada boca arriba, observé las nubes que surcaban el cielo, con una sensación de paz que me hacía tomar conciencia de lo que me rodeaba. Había vuelto al lugar sagrado del que me habían alejado.

Un zumbido pasó volando junto a mi oído, sacudiéndome de espaldas y boca abajo.

Con los ojos muy abiertos, busqué en el claro el origen del ruido. La ligera brisa era lo único que se movía. Me paré, miré a mi alrededor y me encontré con un olor dulce y familiar que me recordaba a mi hogar: mi madre. Separé los labios para llamarla, pero en mi forma de bestia híbrida no emití más que un gemido.

Algo se movía entre los árboles. Una pizca de blanco nacarado, hebras sedosas levantadas por el viento como un estandarte. Me moví tras la ilusión, atraída por la luz del sol que brillaba en su cuerno. Tenía que estar con ella; necesitaba abrazarla, sentirla de nuevo entre mis brazos.

Los insectos me pasaban zumbando, distrayendo y haciendo ruido. Seguían desviándome de mi camino, apartando mis ojos de la unicornio que tenía delante hasta que temí que una distracción demasiado larga la hiciera desaparecer. Intenté centrarme en ella, pero los insectos con alas de cristal empezaron a pulular. Las libélulas habían vuelto. Una densa nube se interpuso entre el

unicornio y yo. Esta sensación de desesperación y miedo me resultaba familiar; tenía miedo de que me volvieran a arrebatarme a mi madre. Corrí más rápido, llamándola, pero mis palabras eran distorsionadas y surrealistas.

Las libélulas volvieron a invadirme. Se posaron tantas sobre mis hombros que me sentí demasiado pesada para correr. Me mordían las piernas y se me metían por las orejas, arrastrándome hacia la hierba. Mis gritos se convirtieron en llantos a medida que me incapacitaban.

Entonces, sopló un fuerte viento que alejó a las libélulas de mí. El viento no paraba. Me erizaba el pelaje y aullaba en mis oídos. Con todas mis fuerzas, levanté la cabeza y miré entre los árboles, y allí estaba la unicornio con su cuerno levantado hacia el cielo: su magia rescatándome de las libélulas. Sus ojos eran de un azul dulce. No era el rostro de mi madre.

Selene, me di cuenta.

La Diosa del Cielo se acercó mientras un vendaval huracanado me envolvía. A cada paso, el viento soplaba con más fuerza, hasta que casi me hizo perder el equilibrio. Apenas podía levantarle la vista. Selene me miraba fijamente, sin inmutarse por el viento, sin decir nada.

No toleraría la afrenta que se había cometido contra ella.

La muerte de mi madre no podía quedar impune.

Desperté del sueño con un grito ahogado. Segundos después, alguien llamó a mi puerta.

—Kiara, ¿estás despierta? —Billie preguntó suavemente.

Dudando en silencio, medí si quería hablar con alguien o no. El sueño ardía vívidamente en mi mente: la sensación de las libélulas royéndome la piel, los vientos que evocaban el dolor de la Diosa del Cielo. Carraspeé y me incorporé. —¿Qué pasa?

—¿Puedo pasar?

—Sí.

La puerta se abrió lentamente y Billie entró en la habitación. Detrás de ella, cautelosamente encorvado con las muñecas aún atadas, estaba Colt, con las cejas juntas sobre sus ojos azul oscuro. Un azul que me produjo la misma pena que los de Selene.

—Colt quería hablar contigo —dijo Billie—. Entiendo si no quieres verle ahora. Nos iremos si nos lo pides. De lo contrario, pensé que, si querías sentirte más segura, podría quedarme mientras él te dice lo que tenga que decirte —Miró de reojo a Colt, con el rostro endurecido e implacable con él, advirtiéndole que ni con ella ni conmigo se podía jugar.

Me ericé cuando me encontré con la mirada de Colt. Sin embargo, a pesar de todo el dolor que habíamos sufrido, nuestro vínculo de pareja nos dejaba anhelantes de unión. A pesar de todo, seguíamos sintiéndonos atraídos el uno por el otro. No me sentía con fuerzas para resistirme a nuestro vínculo, sobre todo cuando el sueño había grabado aquellos ojos azules en mis pensamientos. —Hablaré con él a solas —decidí.

—No pasa nada. Puedo quedarme, de verdad —insistió Billie.

—No será necesario —Balanceé las piernas sobre el costado de la cama y me puse de pie, mirando con advertencia propia a mi compañero predestinado—. No va a aceptar nada más de mí.

Billie miró a Colt, que asintió. Reunió una pequeña sonrisa para su hermana adoptiva, pero ella aún no había superado todo lo que él había hecho y le dedicó poco más que una mirada fría antes de dirigirse a la puerta. —Llámanos si necesitas algo —le aconsejó Billie. Había entendido, quería decir que los llamemos si Colt intentaba hacer algo.

Cuando la puerta se cerró, sólo quedábamos Colt y yo en el dormitorio. Estábamos frente a frente, una vez más en un punto muerto, mientras luchábamos contra los impulsos de nuestro vínculo predestinado.

Le reté a dar el primer paso.

Capítulo 20

Colt

Las tornas habían cambiado desde la última vez que estuve a solas con Kiara. Ahora tenía las muñecas atadas y estaba a su merced mientras me miraba con el juicio de un titán.

Ella no dijo nada mientras yo buscaba en mi cerebro las palabras adecuadas.

—Nada de lo que diga podrá devolverte todo lo que has perdido —suspiré.

Kiara entrecerró los ojos y apretó los puños. Pero se quedó callada, así que conjuré algo más para llenar el silencio.

—Quiero deshacerlo todo. Volver atrás en el tiempo y encontrar una manera de sacar a tu madre de esa cueva, retirar todo lo estúpido que te he dicho y hecho. Mataría... mataría a David si eso evitara que todo esto pasara.

—Es demasiado tarde —dijo ella con frialdad.

—Sé que es demasiado tarde, pero ojalá no lo fuera. Ojalá hubiera tenido el valor de hacer lo que había que hacer, para protegerte a ti y a tu madre y a todos los que David hirió...

De repente, Kiara se abalanzó sobre mí y me dio un fuerte empujón en el pecho. Me golpeé la espalda contra la pared mientras sus manos me agarraban de la camisa, con una ira abrasadora encendida en sus ojos. —¡Está muerta porque me entregaste a esa maldita niña! Porque creíste que podías jugar conmigo en lugar de ayudarme... ¡tu compañera predestinada! Incluso si lo que dices es en serio, ¿esperas que te crea? ¿O que eso cambie algo? —Me sacudió y volvió a estamparme contra la pared.

Aunque hubiera tenido las manos libres, no creo que me hubiera resistido. Me merecía toda su ira. Los moratones alrededor de mi ojo y en mi mejilla bien podrían haber sido causados por ella. El dolor de mi cuerpo se debía a ella, pero si me hubiera engañado haciéndome sentir que había expiado mis pecados, habría hecho que me tirara al suelo y me golpeará hasta matarme.

Cuando terminó de descargar su ira sobre mí, Kiara aún me agarraba la camisa con los nudillos blancos. Tenía la cabeza hundida entre los hombros temblorosos, el pelo pálido sobre la espalda y la frente apoyada en mi pecho.

—Ni siquiera llegué a hablar con ella —respiró—. Y ahora se ha ido, Colt.

No me moví de la pared. —Kiara, creo que nunca podré perdonarme por dejar que esto pasara. Nunca debí haber obedecido a mi padre.

—También es culpa mía —murmuró Kiara.

—No. Hiciste todo lo que pudiste para salvarla.

—Pero no fue suficiente. Fracase.

—Al menos lo intentaste —argumenté.

—¡Pero no fue suficiente! —La voz de Kiara se quebró, su puño golpeó contra mi pecho antes de desplomarse contra mí, llorando de luto por su madre. Respiré hondo, aturdido al sentirla contra mí. No podía ser que confiara en mí y se sintiera tan cómoda en mi presencia como para llorar delante de mí; estaba seguro de que era el efecto de nuestro vínculo de pareja, que la hacía bajar la guardia y la obligaba a ser vulnerable. Por su bien, debería haberla empujado y salido de la habitación. Pero, egoístamente, quería tenerla lo más cerca posible de mí. Cuando sus piernas flaquearon, bajé al suelo con ella hasta que se acurrucó contra mi estómago y mi pecho, con la espalda temblorosa. Mis muñecas seguían atadas, sujetas bajo ella.

Durante largos minutos, permaneció tumbada sin moverse ni decir nada. Yo no sabía qué hacer, temiendo que la palabra equivocada la descolocara o la despertara de la melancolía que la había traído a mi abrazo. Sospechaba que estaba demasiado avergonzada para hacer nada, pero si de verdad no quería estar cerca de mí, no lo estaría. No había nada que la obligara a quedarse aquí, sólo la influencia de nuestro vínculo de pareja que hacía que el calor de mi cuerpo la atrajera. Y si eso era suficiente para reconfortarla, podía tenerlo todo.

Incliné la cabeza hacia atrás y cerré los ojos, decidida a quedarme allí sentada todo el tiempo que ella quisiera llorar contra mi pecho. De vez en cuando, sentía que me agarraba la camiseta con fuerza y luego se relajaba, hasta que apenas eran las yemas de sus dedos presionando mi piel, hasta el cuello de la camiseta que Everett me había dado para ponerme. También llevaba unos pantalones cortos suyos limpios. El aroma de Everett me habría asfixiado de no ser por la

presencia de Kiara.

Cuando sus dedos subieron por debajo de mi mandíbula, abrí los ojos y me encontré con que me miraba a la cara. De repente se me secó la boca. Había una docena de cosas que quería decirle, pero nada parecía expresar lo que se agitaba en mi corazón. Resultaba extraño que Kiara siguiera siendo una desconocida para mí y, sin embargo, sintiera que nuestros corazones se anhelaban mutuamente; en ese momento de silencio, era casi como si me sintiera completo, como si ella fuera la pieza que me había faltado durante años. En el pasado había intentado llenar ese vacío con alguien -Billie, Aislin-, pero nunca había funcionado. Nunca tenían la forma adecuada. Kiara lo era.

—Ya no quiero ser tu enemigo —le dije.

No me hizo caso, siguió pasándome un dedo por la mandíbula.

—Estoy tan cansada de seguir los pasos de mi padre. No creo en lo que él lucha, y nunca quise todo este derramamiento de sangre. Pero cuando murió mi hermana, pensé que no tenía elección —Bajé la voz sólo para ella, compartiendo estos pensamientos que a nadie más le había importado escuchar—. Perder a un familiar... sé lo solo que te puede hacer sentir. Como si perdieras una parte de tu identidad. Creces con tanto de ti mismo construido alrededor de esa otra persona en tu vida que, sin ella, ya no sabes realmente lo que eres.

No sabía si ella también se sentía así, pero era lo que yo sentía. Catrina siempre había sido mi brutal, dura y hermosa otra mitad. Estaba más cerca de Billie, sí, en el sentido de que Billie era mejor amiga que Catrina, pero Catrina había definido realmente quién era yo. Yo era su hermano menor inteligente. La voz de la razón. Era travieso cuando menos se lo esperaba y responsable cuando era necesario. Sin Catrina con quien compararme, me convertí en reacciones y pensamientos desatados. No supe quién debía ser hasta que mi padre ocupó el lugar de Catrina en mi mundo. Y entonces me convertí en su heredero. Se suponía que debía ser cruel y despiadada como él. Pero entonces me sentí aún menos yo mismo.

—No sé qué hacer ahora que mi madre se ha ido —admitió finalmente Kiara.

Quizá sí sabía cómo me sentía, la sensación de falta de rumbo, la pérdida.

—Tuve un sueño antes... soñé con la Diosa del Cielo, Selene. Está enfadada por lo que le pasó a mi madre. Yo también lo estoy. Y creo que quiere que siga luchando contra los dragones, pero... parece... interminable. Incluso si lucho contra ellos, si consigo mi venganza contra David y

Lothair, siempre habrá dragones. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Luchar hasta el día de mi muerte?

Inspiré despacio, meditando sus palabras. Ya no me escocía pensar en alguien matando a David. Era la única forma de acabar con esta guerra, y era inevitable. En cuanto se convirtiera en Lycan, dejaría de ser mi padre. Ya no se sentía como un padre.

—La Diosa del Cielo no puede pedirte que luches eternamente. Tienes una vida que vivir, y mereces vivirla libremente, como quieras. Creo que después de que se ocupen de David y Lothair, y ahuyenten a los Inkscales, deberías construir la vida que quieres. Persigue las cosas que amas.

Kiara masticó esto antes de volver a hablar. —¿Qué es algo que te gusta?

Hacía mucho tiempo que no pensaba en las cosas que me apasionaban. Sentía que ni siquiera se me permitía tener pasiones o deseos. —Me gusta leer. Los videojuegos —Pero eso parecía minúsculo en el gran esquema de las cosas—. Me gusta mantenerme ocupado, sentirme útil, y cazar para mi manada. Alimentarlos. Cuidar de la gente.

Kiara se atrevió a soltarme un bufido. —¿De verdad? ¿No tienes otras aficiones?

—Claro. Creo que la arquitectura está muy bien. Aunque requiere muchas matemáticas.

—¿No se te dan bien las matemáticas?

—Soy genial en matemáticas. Soy corredor de seguros.

—¿Qué te impidió dedicarte a la arquitectura?

—Mi padre no quería que me fuera por muchos años de colegio que hubiera tenido —le expliqué—. Pensó que me necesitaban aquí. Aunque Catrina siempre había sido su heredera, creo que no quería que nuestros números se resintieran.

—Tu padre es un hombre terriblemente egoísta.

—Mm —Siempre lo había sabido, pero suponía que no había querido pensar en cómo me afectaba o en lo mal que estaba dejar que me manipulara.

—No estoy tan segura de que seas tan egoísta como él —añadió Kiara.

Sus dedos me giraron la barbilla y volvieron a centrar mi atención en ella. Ahora volvía a mirarme, con sus ojos encapuchados por fin al encuentro de los míos. Me rozó suavemente el labio inferior con el pulgar y la vi humedecer el suyo como si estuviera imaginando lo que sentiría al besarme.

—Quiero demostrarte que soy mejor que él —le dije—. Siento haber sido tan estúpido antes. Pero quiero que las cosas sean diferentes.

—Si no fueras mi compañera predestinada, ni siquiera me plantearía darte una oportunidad —murmuró Kiara—. Pero la Diosa de la Luna nos emparejó por una razón. Si no en ti, creo que al menos puedo confiar en ella.

—Te demostraré que puedes confiar en mí.

Tragando saliva, Kiara acurrucó la cara contra mi cuello e inspiró. —Siéntate conmigo esta noche, entonces. Hazme compañía. Háblame.

—Este es el único lugar donde quiero estar —Quería estar con ella, sintiendo sus pequeñas exhalaciones contra mi piel, sus dedos explorando mis músculos y la barba incipiente de mi mandíbula. Es todo lo que había deseado desde que la vi por primera vez, desde antes de que la Diosa de la Luna la revelara como mi compañera predestinada. En cuanto entró en mi vida, supe sin lugar a duda que aquella hermosa criatura híbrida merecía todo mi amor. Apoyé mi cabeza contra la suya, saboreando el aroma de su cabello plateado y esperando que sintiera el tamborileo de mi corazón, sabiendo que cada latido estaba inspirado en ella.

Kiara me rodeó el brazo con la mano y rozó los pies con los míos, relajándose por primera vez en mi compañía. Su cuerpo se relajó contra el mío mientras se refugiaba en mi presencia. Y aunque tenía las muñecas atadas, haría todo lo posible por protegerla y protegerla de todo lo malo. Su pena, su dolor. Si mi padre entrara por esa puerta ahora mismo, me pondría en pie de un salto y buscaría la forma de estrangularlo. No podía permitir que nada le hiciera daño a Kiara nunca más.

Nunca debí haberla lastimado en primer lugar. Me costara lo que me costara, le demostraría que era digno de ella. Ella era la pieza que me faltaba, y no iba a dejarla escapar de nuevo.

Capítulo 21

Kiara

Nunca pensé que me atrevería a darle una oportunidad a Colt, pero pasar ese día y la noche siguiente con él fue exactamente lo que necesitaba. Por la noche, Billie nos visitó con algo de comer. Corté las bridas de las muñecas de Colt para que pudiera usar las manos. Al caer la noche, nos tumbamos en la cama, con mi sien en su hombro y su mano en mi costado, acariciándome suavemente la cadera por debajo de la camisa. Lo que sentía por él no era amor; era demasiado pronto para llamarlo así. Pero al contemplar sus fríos ojos azules bajo el pelo oscuro que le colgaba de la frente, al trazar la cicatriz que le cruzaba el puente de la nariz, al ver cómo sus cejas se arqueaban de vez en cuando con sus pensamientos, me di cuenta de que apreciaba su lado más tranquilo.

Sorprendentemente, conseguí dormirme y me desperté a la mañana siguiente antes del amanecer. Colt dormitaba plácidamente a mi lado. No había hecho ningún intento de hacerme daño durante la noche, y yo no tenía ningún impulso de huir.

Después de que todos nos hubiéramos duchado y vestido -Aislin me había traído un conjunto nuevo y limpio de vaqueros, camiseta gris y jersey blanco, mientras que Colt aún llevaba un par de pantalones cortos y una camiseta de Everett-, volvimos a reunirnos en el salón. El ambiente seguía siendo sombrío, pero esta vez me sentía más preparada para enfrentarme a todos.

—Estaba pensando que deberíamos celebrar un servicio por Muriel —sugirió Billie mientras se sentaba en el sofá junto a Gavin.

—Sí —La mirada del alfa de Grandbay se desvió hacia mí—. Quieras creerlo o no, nos preocupamos mucho por Muriel. Fue como una madre para nosotros después de que la acogiéramos en Grandbay y prometiéramos protegerla.

Luché contra la envidia que se me agolpaba en la garganta. —Mi madre es una mujer bondadosa y generosa. Cualquiera que le muestre su bondad la recibe diez veces más a cambio —Lo que quería decir era: tú no eres especial. Pero si estas personas eran realmente tan importantes para Muriel como decían, entonces no tenía derecho a faltarle el respeto a los lazos que ella había

forjado mientras yo aún la buscaba—. Claro. Podemos tener un servicio para ella.

Gavin apretó la mano de Billie. —Todavía tenemos algunas cosas tuyas en mi casa. Le gustaba buscar en el bosque y hacer cosas...

—Lo sé —interrumpí—. Plumas pintadas. Flores prensadas. Atrapasueños.

—Gavin puede ir a buscarlo todo y traerlo aquí —sugirió Billie.

—¿Dónde celebraremos el servicio? —preguntó Aislin.

—¿Hay un prado o un claro en el bosque en alguna parte? ¿Algún lugar que le gustara visitar? —Sabía que los lugares favoritos de mi madre eran los adornados con flores silvestres, pero a mediados de septiembre no creía que quedaran muchas.

—Sí, recuerdo una zona que le gustaba visitar cuando salíamos a pasear —dijo Billie—. Está en Grandbay. Te mostraré el camino, y Gavin puede reunirse con nosotros allí.

Con una serie de asentimientos, todos nos levantamos, concentrándonos en esta tarea inmediata. Era lo más fácil de hacer mientras todo lo demás seguía en el aire.

Al mediodía, todos nos reunimos en el claro. Una amplia franja de abedules rodeaba un claro abierto lleno de hierba exuberante y una ligera pendiente salpicada de rocas y helechos. Avancé despacio por la hierba con los pies descalzos, buscando cualquier señal de que mi madre hubiera pasado alguna vez por aquí, como huellas de cascos en la tierra o el araño rúnico de un marcador del territorio de un unicornio, pero no había nada. Sólo tenía que confiar en la experiencia de Billie con ella. Colt se acercó por detrás y me tocó suavemente la espalda. Lo miré, mi pena se reflejaba en su expresión. Él sentía lo mismo que yo en ese momento; nuestro duelo era el mismo.

Junto con Billie y Aislin, recogimos algunas de las piedras de musgo y las apilamos en el centro del claro, junto con algunas de sus artesanías, como un mojón para representar a Muriel. Puede que su cuerpo no estuviera con nosotros, pero honraríamos su espíritu con el mojón en su lugar favorito. Entonces nos apartamos, con las manos cruzadas delante de nosotros. Gavin se había detenido en una tienda de comestibles para recoger unas flores, y las sostuvo delante de sí mientras se aclaraba la garganta y hablaba primero.

—Nos hemos reunido hoy aquí para honrar la vida de Muriel Vale, una de las personas más

amables, sinceras y gentiles que he conocido. En un momento en el que me sentí muy solo, sin el apoyo de mis padres, Muriel estuvo ahí con las palabras exactas y la amabilidad que necesitaba. En el poco tiempo que estuvo con nosotros, se convirtió en mi familia. Ojalá pudiera decirle ahora lo mucho que su presencia significó para mí —Gavin respiró hondo por la nariz y apretó los labios. Luego dio un paso atrás e indicó a Billie que fuera la siguiente.

La mujer de pelo castaño se quedó mirando el mojón. Sus mejillas enrojecieron mientras la emoción le apretaba la garganta. —Muriel Vale me dio la confianza que nunca había tenido para luchar por mis derechos y mi libertad. Me consoló y me quiso como a una hija, y estoy segura de que el amor que sentía por aquellos a los que tomaba bajo su protección era ilimitado —Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios—. Muriel estaría orgullosa de que nos hayamos unido para luchar por lo que es justo, para protegernos y protegernos mutuamente. Seguirá estando orgullosa mientras luchamos por lograr la paz en nuestro hogar, y pase lo que pase, sé que nos sonreirá desde su diosa del cielo, Selene.

Everett y Aislin también compartieron unas palabras. Hubo tantos homenajes cariñosos a mi madre, y me sentí agradecida de que se hubiera rodeado de gente con tan buen corazón. Me hizo sentir culpable de haberles acusado de tanta negligencia.

Cuando todas las miradas se volvieron hacia mí, suspiré antes de dar un paso al frente. Con tanto que decir sobre mi madre, me sorprendió que apenas pudiera pronunciar palabra alguna.

—Ella... —vacile—. Realmente era la persona más hermosa y cariñosa que he conocido. Era demasiado buena para este mundo. Los cielos son un poco más oscuros sin ella —Un nudo se me hizo en la garganta, entorpeciendo mis palabras y obligándome a tomarme unos segundos para serenarme—. Lo daba todo a quien se lo pidiera, se lo mereciera o no, pero en ningún caso Muriel Vale era un felpudo. Defendía lo que creía y a los débiles. Su corazón era noble y puro, y sólo puedo esperar compartir algún día su gracia. Confío en que cuando eligió refugiarse aquí, fue porque vio la bondad en los corazones de aquellos que acudieron en su ayuda cuando lo necesitaba. Así que, por ella, haré todo lo que pueda para ayudar en su lugar —Era lo menos que podía hacer. Levanté la mirada para mirar a los demás, esbozando la primera sonrisa que les dedicaba—. Gracias a todos por estar hoy aquí y por todos los momentos en los que habéis estado al lado de mi madre. Os devolveré vuestra amabilidad como ella lo habría hecho.

En el sombrío silencio que siguió, Gavin me entregó el ramo de flores. Las coloqué con cuidado ante el mojón y todos nos apartamos mientras yo elevaba una plegaria a Selene para que se llevara el espíritu de mi madre al cielo, donde podría velar por nosotros toda la eternidad.

Cuando terminé, Colt me puso las manos en los hombros y me abrazó.

Agradecí el gesto, pero mientras los demás moqueaban y se enjugaban las lágrimas, yo contuve las mías. Ya había llorado a mi madre en soledad. Por mucho que me pesara el corazón, sabía que tenía que seguir adelante y mantenerme fuerte.

Al anochecer, estábamos de nuevo en casa de Everett. Dos vehículos de la Guardia de los Mitos se detuvieron en la entrada y Sebastian Hicks entró en el salón con algunos de sus agentes.

—Mañana por la noche saldrá la luna llena. La Guardia de los Mitos está seguro de que es la noche en que David y Lothair llevarán a cabo el ritual Lycan —dijo Sebastian con los brazos cruzados.

Everett y Gavin se colocaron al otro lado de la mesa de centro, mientras yo me sentaba junto a Colt en el sofá. Aislin y Billie estaban sentadas en el otro extremo del sofá. Un fuego familiar ardía en mi pecho. Había dejado a un lado el dolor por la pérdida de mi madre y ahora lo que más rugía en mi interior era mi sed de venganza.

—Hay tres posibles escenarios para los que debemos estar preparados —continuó Sebastian—. Uno, que hayan cosechado el cuerno de unicornio de Muriel, y David y Lothair se convertirán en Lycans. Dos, que no hayan conseguido cosechar su cuerno antes de que muriera como humana, y que intenten capturar a Kiara. O tres, que no hayan cosechado el cuerno y esperen hasta la próxima luna llena, pero esto parece lo menos probable. Se les está acabando el tiempo. Creemos que actuarán esta noche o mañana para completar el ritual lo antes posible. Por eso, le rogamos encarecidamente que nos permita sacar a Kiara de la zona de Gunnison.

Gavin y Everett me miraron. Colt me cogió la mano, pero la aparté y me senté derecha. —Quiero estar aquí para luchar contra los Lycans —insistí.

—La exposición a la sangre sólo te debilitará. Por favor, deja la lucha a la Guardia de los Mitos —dijo Sebastian—. Nos eres más útil con buena salud. Necesitaremos tu magia curativa más tarde.

Refunfuñando, supe que tenía razón. Quería luchar; Selene me había implorado que vengara a mi madre. Pero sería inútil si entraba en contacto con demasiada sangre, e intuía que las consecuencias del ritual Lycan serían un asunto muy sangriento. —¿Adónde me llevarás? ¿Volveré cuando todo haya terminado?

—Te llevaremos a la ciudad de Gunnison. Está a sólo treinta minutos de aquí. Tan pronto como recibamos la confirmación de que los Lycans han sido exterminados, te traeremos de vuelta.

—De acuerdo. ¿Cuándo nos vamos?

—Lo antes posible.

Los alfas asintieron con la cabeza. Si todos estaban de acuerdo en que era la mejor opción, sería una tontería negarme. No tenía nada que empacar, nada que llevar conmigo excepto la ropa que llevaba puesta, así que estaba lista para partir con la Guardia de los Mitos de inmediato. Pero antes de que pudiera hacerlo, Colt me cogió del brazo y me llevó a un rincón tranquilo donde nadie pudiera oírnos.

—Déjame marcarte —dijo.

Una tormenta de sentimientos contradictorios se apoderó de mí. —No estoy preparada para eso.

—Podremos comunicarnos si puedo marcarte.

Sacudí la cabeza. —No necesitarás comunicarte conmigo.

El rostro de Colt se ensombreció de preocupación; era evidente que no estaba dispuesto a separarse de mí tan poco tiempo después de que yo hubiera empezado a aceptar su presencia. —Prometí que no dejaría que te pasara nada. Quiero protegerte.

—Entonces ven conmigo.

—No me dejan.

—Bueno... lo siento, Colt. No puedo dejar que me marques.

Tenía que entender mis reservas. Había demasiadas cosas en marcha como para someterme al ritual de marcado en serio. No quería precipitarme; apenas conocía a Colt y aún no confiaba en él tanto como deseaba. Sabiendo que lo que había dicho le dolía, le acaricié la mejilla y lo miré a los ojos. —Tienes algo que hacer, y yo también. Ahora vuelvo. ¿Vale?

Colt suspiró. —De acuerdo.

Le sostuve la mirada un momento más antes de girar el cuello y rozar mi nariz con la suya. El

suave roce de sus labios dio paso a un beso que no pude evitar. Quería que supiera que hablaba en serio cuando dije que volvería.

Colt se fundió en el beso. Tuve que ser yo quien se apartara, dejándole con el recuerdo de mis caricias mientras me unía a la Guardia de los Mitos en la puerta. Miré a Colt por última vez y su sonrisa me iluminó, no de rabia, sino de afecto.

Quería que lo superara. Esperaba que lo hiciera.

Capítulo 22

Colt

Cuando vi a Kiara marcharse, el sabor de su beso permaneció en mis labios. Ella sería lo único en lo que pensaría durante los próximos días. ¿Era egoísta por mi parte querer marcarla tan pronto después de que perdiera a su madre? Lo había dicho en serio cuando sugerí que era solo para poder comunicarme telepáticamente, porque el hecho de que la Guardia de los Mitos se la llevara me hacía sentir inútil, como si, a pesar de todas mis promesas de protegerla, una vez más me viera reducida a observar todo lo que ocurría desde la barrera.

Pero yo respetaría sus deseos.

Me quedé junto a la puerta abierta mirando cómo se alejaban los coches. A través de sus cristales tintados, ni siquiera podía ver a Kiara, y con cada metro de distancia, mi predestinado vínculo de pareja se estrechaba como una banda elástica, pero sabía que, inevitablemente, Kiara volvería a mí. Sólo tenía que ser paciente. Al darme la vuelta, me encontré con Everett, Gavin, Aislin y Billie mirándome con distintos grados de juicio.

—Realmente pediste marcarla —acusó Aislin.

Se me erizó el vello de los brazos. —Porque quería que tuviéramos la conexión de pareja para poder mantenerla a salvo.

—¿Seguro que no fue porque querías controlarla o saber dónde estaba en todo momento para entregársela a tu despreciable padre?

—Ais... —Everett advirtió en voz baja.

—No, en serio. Este gilipollas siempre está tramando algo —dijo, señalándome con un dedo—. Me sorprende que no intentaras arrastrarla de vuelta a la mina en mitad de la noche después de que te liberara las muñecas.

—No quiero hacerle daño, ¿vale? Me cansé de intentar complacer a mi padre. Nunca volveré a estar a su lado. Proteger a mi compañera predestinada está por encima de todo. Sabes de lo que

hablo; tienes que entenderlo. Gavin, encontraste la paz cuando aceptaste a Billie como tu pareja. Everett debe haber sentido algún tipo de entusiasmo o aprecio por la vida cuando se emparejó contigo, Aislin. El vínculo lo cambia todo —Sacudí la cabeza, preocupado por si me estaba agarrando a un clavo ardiendo, ¡pero tenía que haber alguna forma de conseguir que se sintieran identificados conmigo!—. Cuando perdí a Billie y a Catrina, perdí partes de mí misma. No sabía lo que se suponía que debía hacer, y no tenía más dirección que la que me decía mi padre. Ninguno quería tener nada que ver conmigo... y entonces encontré a Kiara. De acuerdo, ella tampoco quería tener nada que ver conmigo, pero al menos entonces, supe lo que tenía que hacer. Ella me dio una razón para separarme de David. Sé que tengo que demostrar que soy digno de ella. Por eso estoy aquí. No tienes que darme esa oportunidad. Pero si lo haces o no, no va a cambiar el lado por el que lucho. Lucho por Kiara.

El rostro de Aislin se fue frunciendo a medida que hablaba. Everett frunció las cejas y me lo imaginé vacilando internamente entre el enfado y el intento de comprenderme. No creía haberles entendido, pero Gavin y Billie habían parecido ablandarse, así que busqué sus ojos en su lugar. —Billie... Sabes que no soy un villano.

Durante todo este tiempo, había habido un muro entre mi hermana adoptiva y yo. Lo había levantado para protegerse, de eso estaba seguro. Le había hecho daño, la había manipulado igual que mi padre, pero seguramente me conocía lo suficiente como para darse cuenta de que nunca le había hecho nada por maldad. Todo mi cuerpo se hundió, implorándole que dismantelara aquel muro.

Billie se frotó los brazos indecisa. —Todavía me duele que intentaras marcarme.

—Lo sé, y lo siento. Nunca podré retractarme de lo que he hecho.

—¿Realmente quieres romper con David?

Asentí con la cabeza. —Sí, así es. He terminado con él.

—¿Lo prometes?

Si supiera con qué intensidad me latía el corazón en el pecho, rogándole que me creyera. —Sí, Billie. Te lo prometo.

La antigua Billie habría buscado el consuelo de sus compañeros, pero desde que abandonó la mansión Hexen para buscar su propia identidad, se había convertido en una mujer segura de sí

misma. Dio un paso adelante y me miró, luego me rodeó con sus brazos en un fuerte abrazo, recordándome cuando éramos niños. La alienación que me había estado atormentando se sintió un poco menos intensa. Le devolví el abrazo, aliviada por su perdón. —Gracias —murmuré.

—No me des las gracias todavía. Todavía tenemos que pasar por David y Lothair —dijo Billie—. Pero lo haremos juntos. Tú y yo. Como antes, cuando íbamos a huir juntos; sí, tú y yo.

Cuando Billie se retiró, miré a los otros tres, preguntándome si también me harían frente con sus reparos personales. Pero se limitaron a retroceder y volvieron a sus sitios en el sofá del salón. Revoloteé cerca, insegura de cuál era mi sitio, y acabé sentada en el borde del sofá, mirando a través de la habitación hacia la ventana más cercana. El sol se ocultaba entre los árboles.

—Sebastian volverá mañana por la mañana para discutir un plan para asaltar la mina por la tarde —dijo Everett, levantando la vista de su teléfono—. Sé que es poco tiempo, así que sólo seremos nosotros cinco. No voy a poner en peligro a ninguno más de nuestros compañeros de manada.

—Tendremos más agentes de la Guardia de los Mitos para ayudarnos, ¿verdad? —preguntó Aislin.

—Sí. Aunque Sebastian tiene que responder por la muerte de tanta gente aquí, cree que la letalidad de Dalesbloom y los Inkscales merece una fuerza aún mayor que la enviada anteriormente. Deberíamos estar bien equipados para enfrentarlos mañana.

Aislin negó con la cabeza. —Es una locura... ha muerto tanta gente que ahora me siento casi insensible.

—Nunca me sentiré insensible —dijo Billie.

Aislin cogió con simpatía la mano de Billie.

—Eh, ¿recordáis bien el interior de la mina? ¿Podéis dibujarnos un mapa o algo? —preguntó Gavin.

—Recuerdo un poco —dijo Aislin.

—Puedo ayudar —me ofrecí. —Pasé mucho tiempo allí —Todos me miraron como si se hubieran olvidado de que estaba en la habitación.

Everett se levantó y fue a la cocina para coger un bloc de papel y un bolígrafo de un cajón. Los colocó sobre la mesita y yo me arrodillé para hacer un croquis, recordando el plano de memoria.

—Esta es la entrada. Sabes que hay un gran espacio común justo al lado; ahí es donde todos luchaban —empecé—. De ahí salen un par de túneles. Uno de ellos conduce a las zonas donde dormían algunos de mis compañeros de manada y los dragones. El otro túnel es donde yo me quedé, y más adentro está la cámara donde mi padre dormía y trabajaba. La última vez que lo vi, tenía allí un cajón de pistolas, pero a estas alturas, probablemente las haya distribuido todas. Pasada esa cámara está la habitación donde las chicas y Muriel estaban prisioneras. Hay vetas de plata expuestas allí, así que es una parte peligrosa de la mina para los cambiaformas lobo.

—Entendido. ¿La mina es más profunda? —preguntó Everett.

—Hay algunos túneles más, pero no están desarrollados y no es seguro entrar en ellos. Allí corres un riesgo aún mayor de exposición a la plata.

—¿A qué son susceptibles los dragones? —Aislin quería saber.

Me eché hacia atrás sobre los talones y pensé. —Resina de bálsamo y oro.

—Bueno —respondió Aislin—, no sé de dónde vamos a sacar resina balsámica, pero si alguien tiene alguna joya de oro, quizá quiera ponérsela.

—Espera. ¿Todavía tienes alguna de las cosas de Muriel? —le pregunté a Gavin.

—Sí. Tenía una cesta llena de cosas que no llevé al servicio. Todavía está en mi coche.

—Ve a buscarlo.

Esperamos a que Gavin trajera la cesta de mimbre llena de pequeños objetos que la unicornio había recogido durante su estancia con los lobos de Grandbay. Rebusqué en ella, buscando cualquier cosa que pudiera parecerse al subproducto ñoño del abeto del noreste en cuestión. —Pensé que quizá llevaría algo de bálsamo encima.

—Cuando encontramos a Muriel, en verano, no tenía nada.

—Bálsamo —dijo Everett de repente, chasqueando los dedos—. Procesamos bálsamo en el aserradero.

Los demás nos sentamos y nos concentramos en Everett. —¿Tienes troncos sin procesar? —le pregunté.

—Apuesto a que sí —dijo, ya leyendo mi mente—. Vámonos.

Mientras todos se movilizaban, dudé junto a la cesta de Muriel. Había unas plumas de cuervo de tamaño mediano que ella había recogido, con forma de dardos y sus vástagos huecos cuidadosamente tallados en punta de aguja. La unicornio no parecía del tipo que lleva armas, pero comprendí al instante cuál se suponía que era el propósito de estas plumas. Al ojo inexperto no le parecerían armas. Cogí un puñado de ellas y me uní a los demás fuera; ya estaban en el coche.

El aserradero olía mucho a serrín, pero aún más a pino cuando entramos en la planta de procesamiento. Cada uno con su equipo de seguridad amarillo brillante, nos acercamos a una sala donde esperaban los troncos sobrantes del procesamiento del día, clasificados por longitud, tamaño y, por supuesto, especie de árbol. Había cinco troncos de bálsamo, sin ramas, pero aún cubiertos de corteza hinchada con pústulas de resina.

—Drena y recoge la resina —aconsejé—. Luego, usando jeringas, podemos ponerla en estas plumas.

—¿Qué vamos a hacer, apuñalarles con plumas? —se burló Aislin.

—Estos son en realidad dardos. Los lanzaremos.

Sus ojos se abrieron de par en par con la revelación. —Inteligente, Muriel.

—Muy inteligente —murmuró Everett.

Recogimos rápidamente la resina de bálsamo utilizando latas de metal de la fábrica. De camino a casa, nos detuvimos en una farmacia para comprar jeringuillas; luego, de vuelta en casa de Everett, pasamos el resto de la tarde rellenando minuciosamente todos los dardos que Muriel había fabricado: quince en total.

—No sé cuánta resina balsámica pueden tolerar los dragones, pero cada pluma contiene al menos media cucharadita. Si todo eso entra en su torrente sanguíneo, no me imagino que acabe bien para ellos —dije.

—Guarda al menos uno para Lothair, si es posible —sugirió Everett.

—Buena decisión lo de los dardos de resina, Colt —dijo Gavin, llamando mi atención.

Los elogios de Gavin fueron inesperados. Todavía me escocía de vez en cuando el puente de la nariz por la cicatriz que me había dejado, pero suponía que a él le pasaba lo mismo con la que tenía en el ojo. Su párpado siempre parecía colgar un poco pesado.

Todas nuestras heridas venían de mi padre, que fomentaba el odio entre nosotros. Pero mañana por la noche, pondríamos fin a su reinado de terror. Iba a pagar por todo lo que nos había quitado.

Capítulo 23

Kiara

Había pensado que iríamos directamente a la ciudad de Gunnison desde la casa de Everett, pero en lugar de eso, Sebastian me llevó a Grandbay, al hotel donde se alojaban los operativos supervivientes de su equipo. Todavía había cinta policial colgada delante de la habitación en la que David y sus dragones habían irrumpido hacía unas semanas, la noche en que secuestraron a mi madre y mataron al padre de Aislin. El hedor a sangre y aceite quemado impregnaba las paredes a pesar de que el personal del hotel había intentado enérgicamente lavarlo.

En la habitación de hotel de los agentes de la Guardia de los Mitos, me quedé dando vueltas incómoda mientras Sebastian y sus colegas recogían sus cosas. —Puedes ducharte mientras esperas —me ofreció—. De hecho, te recomiendo que lo hagas.

—¿Por qué, apesto? —Le miré fijamente.

Sebastian dudó, dándome a entender que sí, aunque mi linaje de unicornio tendía a eliminar lo peor de mi olor corporal. Pero luego dijo: —Tenemos jabón y champú especiales que diluyen tu olor. Puede ayudarte a evitar que te rastreen.

Me encogí de hombros e hice lo que me había sugerido: me quité la ropa en el baño y me di una ducha de vapor. En realidad, no recordaba la última vez que me había dado una buena ducha caliente. Normalmente, me bañaba en ríos o lagos al aire libre sin jabón. Ni siquiera en casa de Everett me había sentido lo bastante cómoda como para ducharme. Cerré los ojos, disfruté del vapor que me envolvía y me pasé champú y acondicionador por el pelo largo y plateado. Cuando terminé, me envolví en una toalla frente al lavabo mientras el ventilador del baño trabajaba tediosamente para eliminar el vaho del espejo. Mientras me secaba el pelo, noté que salían vetas marrones junto al plateado: mi linaje lobuno pugnaba por hacerse notar.

Cuando volví a vestirme, ya había oscurecido. Los agentes habían terminado de recoger, así que seguí a Sebastian fuera y me subí a la parte trasera de uno de los todoterrenos. —¿A qué parte de Gunnison vamos?

—Iremos a otro hotel —dijo Sebastian desde el asiento del copiloto—. Es un lugar bastante

concurrido, así que tu olor debería quedar enmascarado por la gran cantidad de gente que hay allí.

—¿Hay cambiaformas? ¿Otra manada de lobos?

—Ya nos hemos puesto en contacto con ellos para avisarles de que esconderemos allí a un cambiaformas. No nos molestarán.

Bien, pensé. Lo último que necesitábamos era otra manada de lobos metiendo las narices en nuestros asuntos. No podía evitar preguntarme cuánto sabían las manadas de fuera sobre lo que ocurría en estos tres pueblos, pero estaba claro que, supieran lo que supieran, no era suficiente para enviarlos a ayudarnos. No es que esperara que extraños arriesgaran sus vidas viniendo en nuestra ayuda.

La caravana de vehículos de la Guardia de los Mitos abandonó Grandbay y se dirigió hacia el suroeste, saliendo del Bosque Nacional Gunnison.

Me recosté y me puse cómoda para el viaje, buscando en mi interior las emociones y sensaciones que pudieran pertenecer a Colt. Aún compartíamos sentimientos que se reflejaban en nuestro vínculo predestinado. Tal vez me habría dado más seguridad tener la conexión telepática de estar marcada -ambos nos habríamos hecho más fuertes, alcanzando nuestro máximo potencial-, pero era demasiado acto de fe hacer eso con Colt ahora mismo. Seguía queriendo saber cómo se sentía, así que me centré en interpretar las subidas y bajadas de emoción que no me pertenecían, empatizando con lo que fuera que estuviera experimentando. La sensación de desplazamiento entre personas que le habían rechazado. La pequeña victoria de algún tipo de revelación; no sabía lo que era, pero había esperanza y satisfacción que me daban confianza en Colt.

Los ocupantes humanos del todoterreno gritaron de repente y la urgencia de sus voces me sacó de mi ensoñación. Me incorporé justo a tiempo de que un vehículo nos empujara lateralmente y se nos pusiera al lado a pesar del tráfico que circulaba en sentido contrario. Me sobresalté y miré con los ojos muy abiertos a los hombres de la Guardia de los Mitos.

—¿Qué ocurre?

—Este gilipollas está intentando sacarnos de la carretera —dijo Sebastian, echando mano a la pistola que llevaba a su lado.

—Son dragones —dijo otro agente.

Torcí el cuello para ver a los ocupantes del otro vehículo, un camión negro manchado de barro seco. —Sólo hay un tipo ahí dentro. Estaremos bien, ¿verdad?

Sebastian se giró para mirar por el parabrisas trasero. —Vienen más por detrás.

—¿Cómo sabían que íbamos a salir de la ciudad?

—No lo sé. Probablemente tenían los ojos puestos en el hotel. Nuestra caravana lo hace bastante obvio.

—Pensé que habías dicho que el jabón ocultaría mi olor.

—Bueno, no te hace invisible.

El camión giró de nuevo contra nosotros, raspando el metal, y el corazón se me subió a la garganta. Me agarré al respaldo del asiento de delante, sintiéndome inútil mientras soportábamos el ataque del camión. Si hubiera ido a pie, podría haber huido, pero dentro del coche no podía hacer nada. Una ráfaga de bocinazos nos rodeó en la autopista. Sebastian bajó la ventanilla y se asomó al aire nocturno. Apuntó con la pistola, pero antes de que pudiera disparar, metió la cabeza y gritó: —¡Aguantad todos! —Apenas un segundo antes de que viera cómo un coche que venía en dirección contraria se desviaba hacia nosotros.

Este fue un ataque calculado por los dragones. Sabían lo que estaban haciendo.

El camión que teníamos al lado y el coche que circulaba en sentido contrario nos obligaron a salirnos de la carretera. El todoterreno giró por el arcén y cayó en la zanja húmeda junto a la carretera, su trayectoria lo lanzó hacia atrás hasta que la parte delantera chocó con saña contra un árbol. Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Apenas tuve tiempo de prepararme para el choque antes de que mi cuerpo se estremeciera, mi cuello se sacudiera y mi cabeza se golpeará contra la ventanilla, rompiendo el cristal y manchándolo de sangre. Me zumbaban los oídos; ni siquiera me había dado cuenta de que habíamos dejado de movernos, sólo de que, cuando recobré la conciencia, el todoterreno estaba inmóvil y echaba humo. Los demás ocupantes del vehículo guardaban silencio, salvo por ligeros gemidos y alguna tos ocasional. El hedor de la sangre inundaba el aire.

Al menos el coche estaba en posición vertical. Me incorporé, me agarré la cabeza mareada y me estremecí al girarme para mirar a mi alrededor. El agente que ocupaba el asiento contiguo seguía con vida, tratando de despertarse. Delante de mí, el conductor estaba desplomado hacia delante y

salpicado de fragmentos de cristal. Sebastian no había conseguido entrar del todo en el coche. Su cuerpo se inclinaba sin fuerzas por la ventanilla, con la cabeza, el hombro y el brazo retorcidos de forma antinatural. No quise ver mejor a Sebastian, ya sabía por la grotesca contorsión de su cuerpo que el impacto con el árbol lo había matado.

El entumecimiento se apoderó de mí. Me quedé sentado un momento, preguntándome qué hacer a continuación. Mi primer instinto fue esperar a que alguna fuente externa me rescatara, pero entonces recordé lo que había causado el accidente en primer lugar. Los dragones. Sin duda se acercarían al todoterreno en cualquier momento. Tenía que salir de allí. Volviendo a la realidad, me desabroché el cinturón y me acerqué a la puerta. El metal chirrió al forzarla. Caí sobre la hierba con los pies descalzos y una mueca de dolor al golpearme con los cristales afilados que habían caído de las ventanas. El dolor me recorrió mientras me incorporaba sobre las rodillas y me miraba los fragmentos clavados en las palmas de las manos.

Entonces, un par de pies se pusieron delante de mí. Miré a un dragón y reconocí el corte en la ceja y el tatuaje con colmillos en el brazo. Era el guardia al que había atacado en la mina. Me miró con desprecio, pero no parecía contento de estar aquí. De hecho, parecía más bien que toda esta operación era una molestia para él. Como si prefiriera estar haciendo otra cosa.

—Por favor... déjame ir —balbuceé entre mi agonía.

—No puedo —dijo.

El choque había sacudido mi cuerpo. Tenía tantas ganas de quedarme allí tumbada y dejar que me llevaran, pero el último vestigio de mi fuerza y voluntad me impulsaba a resistirme. Cuando el guardia me agarró por el hombro y tiró de mí para ponerme en pie, le aparté de un empujón, sólo para gritar cuando el cristal de mis manos me cortó más profundamente y me envenenó con mi propia sangre.

El dragón esquivó hábilmente mi ataque. Mientras otros se reunían a nuestro alrededor, me agarró de las muñecas y me arrancó sin piedad todos los cristales de las manos, dejándome sangrando profusamente. Contemplé sombrío cómo otro metamorfo se ponía a nuestro lado y disparaba al todoterreno. Quienquiera que hubiera quedado vivo tras el choque, ahora estaba muerto. Esos dragones se habían asegurado de que no quedaran supervivientes que vinieran arrastrándose tras nosotros.

—Los Inkscales no se saldrán con la suya —les advertí, con la voz ronca por el dolor.

Me arrastraron junto a ellos, fuera de la zanja y dentro de la caja del camión negro. El dragón tatuado se sentó a mi lado, evitando mis ojos, pero sin dejar de agarrarme la muñeca. —No les importa lo que les ocurra a los Inkscales. Al final, lo que importa es que los dragones se den a conocer al mundo. Lo que importa es que ya no tendremos que escondernos —dijo.

Eso lo cambiaría todo radicalmente. Los humanos no estaban preparados para manejar la existencia de metamorfos peligrosos entre ellos. Causaría un caos. —No puedes...

—Podemos —El guardia me miró a los ojos, con expresión dura—. Agradece que no vivirás para verlo.

La cabeza y el corazón me retumbaban. Más que nunca, me sentía inútil. No podía hacer otra cosa que sentarme aquí mientras me conducían a mi destino.

Capítulo 24

Colt

Poco después de que hubiéramos terminado de preparar los dardos de plumas, el corazón se me hundió en el estómago con tal intensidad que me sentí enfermo. Blanqueado por las náuseas y un miedo inexplicable, me senté a la mesa de la cocina y me quedé mirando por la ventana más cercana, luchando por no hiperventilar. —Ha ocurrido algo.

Everett me miró con suspicacia. —¿Qué quieres decir?

—Algo ha pasado —repetí con creciente ansiedad. Al levantarme, me temblaban las piernas, lo cual era extraño, ya que hoy no había hecho ningún esfuerzo. Me acerqué a duras penas a la ventana y me quedé mirando la noche, como si pudiera ver el origen del trauma que me había asaltado de repente. Pero la ladera de la montaña estaba en silencio esta noche. En mi interior, sabía que algo iba mal. Mi compañera predestinada estaba experimentando un miedo intenso, y ahora el dolor irradiaba a través de mi cabeza y dentro de mi cuerpo, explotando a través de mis manos como si hubiera sido empalada por cien dientes. —Kiara está en problemas.

Todavía sentados a la mesa, Everett y Gavin intercambiaron miradas. Aislin y Billie se habían ido a la cama, dejándonos a los tres solos haciendo guardia. Deseé que Billie estuviera allí, a mi lado de nuevo, para que me tranquilizara. Esperaba que los dos hombres me dijeran que me relajara y volviera a sentarme.

Sorprendentemente, Gavin se levantó y vino a ponerse a mi lado. —¿Qué sientes?

Me miré las manos, temblorosas y enrojecidas, como si fuera yo quien hubiera sufrido algún tipo de impacto. —Siento como si me hubieran arrojado contra la pared. Y tengo algo en las manos, como agujas. Me duele la cabeza. Tiene que ser Kiara. Nunca me había pasado algo así.

—Llama a Sebastian —le dijo Gavin a Everett.

Ya tenía el teléfono pegado a la oreja. —Está sonando. Normalmente, Sebastián contesta enseguida.

—Sigue intentándolo. ¿Hay alguien más a quien podamos llamar?

—Tengo el número de Brad. Lo intentaré ahora —Everett buscó el número entre sus contactos. Esperamos en silencio a que empezara a hablar, pero Brad tampoco contestó—. A ver quién más tengo —murmuró, buscando en su teléfono más conexiones de la Guardia de los Mitos.

Cuanto más tiempo pasaba sin que contactáramos con la Guardia de los Mitos, peor me sentía. La sensación de que algo iba mal empeoraba a cada segundo. No me lo estaba imaginando. Todo lo que Kiara sentía, yo también lo sentía. Su dolor era inimaginable, su incertidumbre y su miedo resonaban en mí. Caminaba de un lado a otro, cada vez más inquieto... hasta que, por fin, la voz de Everett rompió el silencio.

—¿Dónde está Kiara? ¿Uno de los todoterrenos? Sí, definitivamente los dragones. Esa es la camioneta de David...Mierda. Vale, date prisa. Llámame cuando llegues.

Cada palabra clavaba una estaca de miedo más profundamente en mi corazón. Contuve la respiración mientras Everett nos daba la noticia.

—Los dragones atacaron a la Guardia de los Mitos en su camino fuera de Grandbay. Apuntaron al vehículo en el que iba Kiara y lo sacaron de la carretera, cayendo en una zanja. Chocaron con un árbol. El agente con el que he hablado me ha dicho que acaba de ocurrir hace un par de minutos y que van a comprobarlo ahora mismo.

Maldije al exhalar, pasándome la mano por el pelo. —Lo sabía. Debería haberme dejado marcarla. No, debería haber ido con ellos. Debería haber insistido.

Gavin me dio una palmada en el hombro. —Habrían atacado estuvieras o no con ellos. La diferencia es que tú sigues a salvo y puedes actuar en lugar de estar posiblemente muerto en un accidente de coche. Aún puedes sentir a Kiara a través de la conexión, eso significa que sigue viva.

—¡Pero ella está en peligro, y yo no estoy allí para ayudarla! —No podía hacer nada más que quedarme allí, preocupado.

Gavin dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza. —Iré a despertar a Billie y Aislin.

Se fue arriba y Everett se quedó conmigo. Me sentí expuesta a un torbellino de emociones incómodas. Ira. Miedo. Ansiedad. Quería largarme ahora mismo y conducir por la carretera

donde se había producido el accidente, buscando yo mismo a Kiara. No, sería mejor idea ir directamente a la mina e interceptar a los dragones antes de que pudieran esconder a Kiara en las profundidades de aquella cueva. Quería enfrentarme a mi padre y gritarle por poner en peligro a mi compañera predestinada. Había tantas cosas que quería hacer y nada que pudiera hacer, al menos no todavía.

El teléfono de Everett volvió a sonar. Contestó, luego asintió con la cabeza mientras sus ojos permanecían abatidos. Cuando terminó la llamada, dijo: —Todos los del todoterreno han muerto, incluido Sebastian —Una grave preocupación bajó el tono de su voz mientras volvía a mirarme. Everett nunca revelaba mucho en su expresión, pero vi un destello de pena y dolor tras sus penetrantes ojos grises por la repentina y despiadada muerte de su contacto. Tragó saliva. —Los dragones se llevaron a Kiara.

Cerré los puños, deseando golpear algo, cualquier cosa. —¡Joder!

Al cabo de unos minutos, Gavin bajaba las escaleras con Aislin y Billie caminando tras él. Probablemente apenas se habían dormido antes de que él las despertara.

—¿Qué ha pasado? ¿Kiara está bien? —preguntó Aislin, envolviéndose en los brazos de un jersey de gran tamaño que parecía haber sido de su compañera.

—Los Inkscales la tienen —dijo Everett—. Sebastian está muerto.

—Oh —Aislin frunció el ceño. Luego, al asimilar la noticia, su rostro se arrugó de frustración antes de gritar, incapaz de contener su ira— ¡Esos malditos dragones! ¡Hijos de puta! No les bastaba con llevarse a Muriel, ¿tenían que llevarse también a Kiara? ¡Aargh! ¿Qué se supone que tenemos que hacer?

—Tenemos que rescatar a Kiara —dijo Billie—. —Se la llevarán de vuelta a la mina.

—No podemos ir solos —dijo Everett.

—¡Tenemos que hacer algo! —argumentó Aislin.

—¡Tenemos que esperar los refuerzos de la Guardia de los Mitos! —insistió Everett—. Si vamos a la mina ahora, nos superarán en número y nos matarán. Sé que quieres actuar de inmediato; todos lo queremos. Pero tenemos que ser lógicos. No matarán a Kiara a menos que esté en su forma de bestia, y dudo que Kiara vaya a rendirse y transformarse rápidamente. Además, la luna

llena no es hasta mañana por la noche.

Everett tenía razón, pero no me relajaba en absoluto pensar en permitir que los dragones se llevaran a Kiara y la tuvieran prisionera de nuevo.

—Tú y Billie quedaos aquí abajo e intentad dormir un poco más en el sofá, ¿vale? Necesitáis descansar un poco, al menos.

—¿De verdad crees que voy a poder dormir ahora, sabiendo lo que acaba de pasar? —Aislin respondió.

—Por favor, inténtalo —dijo Everett.

Billie se acercó al lado de Aislin. —Yo tampoco sé si podré dormir, pero tumbémonos en el sofá a esperar, ¿vale? Probablemente la Guardia de los Mitos vuelva a ponerse en contacto con nosotros pronto.

Aislin se volvió hacia mí, arañándose en busca de solidaridad. —¿Y tú? ¿Tú qué crees? Los dragones tienen a tu pareja predestinada.

—Obviamente, quiero correr a la mina y salvarla —gruñí—. Pero Everett tiene razón. Actuar demasiado precipitadamente hará que nos maten.

Entrecerró los ojos y supe que quería acusarme de retener al grupo y permitir que los dragones y mi padre hicieran lo que quisieran con Kiara. Odiaba que Aislin aún no confiara en mí y que supusiera que estaba dispuesta a dejar que mataran a mi compañera predestinada. Deseaba tanto proteger a Kiara. Pero no iba a arriesgar la vida de todos como Aislin aparentemente creía que debíamos hacer.

—Bien —murmuró, volviendo al sofá con Billie.

Everett y Gavin se sentaron a la mesa, pero no me atreví a unirme a ellos. Pasé largos minutos de un lado a otro mientras los dos alfas discutían posibles soluciones a nuestro nuevo problema. Inquieto, cogí uno de los dardos de plumas de la mesa y lo examiné, sintiendo su peso en las manos. No podía esperar a que se me presentara la oportunidad de clavar esos dardos en la piel de los dragones. Habían aterrorizado mi hogar durante demasiado tiempo y habían llegado a robarme a Kiara esta noche... era demasiado.

Finalmente, el teléfono de Everett volvió a sonar. —¿Diga? Sí... ¿Sólo cuatro de ustedes? No,

estoy de acuerdo, no es suficiente. ¿Estás seguro de que podemos esperar hasta mañana? Sí, supongo que eso les daría tiempo suficiente para instalarse, así sabríamos con seguridad que ha vuelto a la mina...Tienes razón. De acuerdo. Estaremos despiertos y esperando.

Gavin y yo le miramos expectantes.

—Los refuerzos de la Guardia de los Mitos deberían estar aquí sobre las 4 o 5 de la mañana. Algunos de los operativos que estaban con la caravana van a volver y harán un reconocimiento alrededor de la mina para confirmar que es allí donde los Inkscales se llevaron a Kiara. Nos piden que esperemos y no hagamos ningún movimiento hasta que lleguen los refuerzos y el informe de reconocimiento.

Apreté la mandíbula y me senté en una silla junto a la mesa. Aunque la Guardia de los Mitos llegara a las cuatro de la madrugada, aún tendríamos que esperar cinco horas, aguantando la respiración mientras Kiara podía estar sufriendo, torturada por mi padre y Lothair para que se transformara.

—No tenemos más remedio que esperar —murmuró Gavin.

—Lo sé —refunfuñé—. Es que odio sentirme tan impotente.

Gavin se levantó y se cernió sobre mí. Estaba acostumbrado a que su intimidante figura se cerniera sobre mí, amenazando con hacerme daño, pero esta vez su lenguaje corporal se había amansado hasta hacerse comprensivo. Me miró a los ojos y me tendió la mano con una empatía que no esperaba de él. —La salvaremos. ¿Entiendes? Vengaremos a Muriel, acabaremos con Lothair y podrás desahogarte con David antes de que acabemos con él también. Te lo prometo.

Todavía había una parte de mí que se sentía conflictuada por el afán de Gavin de matar a mi padre. En cierto modo, siempre había querido a mi padre, pero tenía que recordarme a mí mismo que David ya no era el hombre que me había criado y cuidado. No era el hombre que una vez creí que era. Era malvado y debía ser destruido. Por el bien de todos.

Si quería vivir mi vida libre de la influencia de su crueldad, tenía que dejarle marchar.

Todo lo que había hecho -herir a Billie, matar a gente inocente, llevarse a mi compañera predestinada- hacía que fuera mucho más fácil odiarle. Nunca había odiado a mi padre, pero a medida que pasaban los minutos, olvidaba rápidamente lo que se sentía al amarlo. Esa pequeña parte de mí se hizo cada vez más pequeña hasta que supe con certeza que tenía que morir.

Capítulo 25

Kiara

Después de que me arrastraran lejos del accidente, mi conciencia empezó a parpadear. En la parte trasera del camión, me desplomé hacia delante y dejé que el cansancio y el dolor me llevaran a un aleteo de medio sueño, pero no me sentí como si durmiera, ya que el shock me cegó y me insensibilizó a todo lo demás. Supuse que nos adentrábamos de nuevo en las montañas, hacia la mina de plata. Pero cuando el camión se detuvo y levanté la vista, me sorprendió ver que los árboles se cerraban a mi alrededor y, frente a mí, la monstruosa fachada de la mansión Hexen.

—¿Por qué estamos aquí? —gemí.

El guardia del dragón me agarró del brazo y me sacó de la caja del camión. Casi me fallan las piernas al caer al suelo. —¿Acaso importa? —gruñó.

Alguien entregó una cuerda de nylon al dragón. —Envuélvela bien, Kipling.

Asintiendo, Kipling cogió la cuerda y me la enrolló con fuerza en las muñecas por detrás de la espalda, subiendo por los brazos hasta los codos. Me rodeó la garganta con tanta fuerza que me costó tragar, y luego la enrolló alrededor de las ataduras de los brazos, inclinándome la cabeza hacia atrás. Cuando terminó, el dragón me empujó hacia delante. —A la casa.

Subí tambaleándome las escaleras, llegué al porche y entré. El olor de la mansión me ahogaba porque no sólo era el hedor de David y los dragones lo que llenaba la casa, sino también el olor de Colt, que me afligía con una mezcla de ira y dolor y el deseo desesperado de volver a estar con él. Lo parecidos que eran los olores de Colt y de su padre no me gustó nada. Dejé que Kipling me guiara por el salón y por un pasillo hasta que llegamos a un despacho con la puerta abierta. Sentado ante el escritorio estaba David, con un aspecto más limpio que la última vez que lo había visto. Frente a él había un cuerno brillante y opalescente, con la base ensangrentada, prueba evidente de la matanza de mi madre. El dolor estalló en mi interior mientras luchaba contra las lágrimas y miraba fijamente el cuerno.

David sonrió satisfecho. —Siéntala.

El dragón apartó la silla que había frente a David y me obligó a sentarme. Luego cerró la puerta del despacho y se quedó de pie frente a él, con los brazos cruzados, custodiándome en silencio como antes.

La verdad de lo que representaba el cuerno me trabó la lengua.

—Aún no he decidido si te mataremos o no —dijo David. Apoyó los dedos en el escritorio y me miró a los ojos mientras el cuerno se interponía entre nosotros—. Eres tan valioso para nosotros vivo como muerto. Quizá más vivo, puesto que ya tenemos lo que necesitábamos de tu madre.

—Maldito monstruo —dije en voz baja.

—Todos los metamorfos son monstruos —dijo David con indiferencia—. Nuestra existencia inherentemente oprime a alguien o algo más. A los animales que matamos para alimentarnos. A los humanos que silenciamos para proteger nuestras identidades. Incluso entre nosotros matamos indiscriminadamente para que sobreviva el más fuerte. No me digas que los unicornios nunca han causado muertes para seguir ocultándose. Puede que no hayáis degollado a nadie, pero reservaros vuestra magia para vosotros mismos también ha segado vidas sin querer.

—Es un poco exagerado llamarnos asesinos por intentar protegernos de ser explotados —gruñí, probando la fuerza de las cuerdas alrededor de mis muñecas con sutiles retorcimientos. Estaban demasiado apretadas para que pudiera zafarme de ellas, tal y como estaba sentada en ese momento.

—No obstante —continuó David—, tu egoísmo ha arrancado a la gente de sus seres queridos. Tu madre es culpable de la muerte de Sibyelle, y tú... bueno, esa niña podría seguir viva si no hubieras intentado robársela. —Frunció el ceño—. Como he dicho, todos somos monstruos de alguna manera.

Negué con la cabeza, obligando a retroceder al desagradable sentimiento de responsabilidad que tenía por la muerte de la hija de Lothair. —Entonces, a tus ojos, ¿es justo robarle a mi madre su cuerno y usarme a mí por mi magia?

—Estoy muy justificado para hacer esto —aceptó—. La Guardia de los Mitos dirá que mis acciones justifican el exterminio, pero pretendo mostrarles la hipocresía de sus métodos. Ellos también son monstruos por reprimirnos y perseguirnos. Estamos en nuestro derecho de alzarnos y contraatacar. Merecemos el mismo grado de libertad que los humanos, si no más, teniendo en cuenta cada nueva normativa y ley que impone la Guardia de los Mitos para oprimirnos.

Me quedé con la boca abierta al principio de una discusión, pero la verdad es que no sabía si estaba totalmente en desacuerdo con David. Estaba obligada a vivir mi vida en secreto porque, si conocían las capacidades de una metamorfa unicornio, los humanos me explotarían, como ya hacían otros metamorfos. Sí, quería vivir tan libremente como los humanos y abrazar a mi bestia híbrida sin miedo, pero... ésta no era la forma de hacerlo. Un gruñido se gestó en mi garganta. —Matar a la gente no va a conseguir lo que quieres, David. Sólo va a causar una reacción más violenta. Vas a empeorar las cosas para los cambiaformas, no a mejorarlas.

—Esto me va a conseguir exactamente lo que quiero. El mundo es demasiado blando para un enfoque suave y consciente, Kiara. Es hora de hacernos valer, esté o no el mundo preparado para nosotros.

Discutir con David era inútil. Sabía que nada de lo que dijera le haría cambiar de opinión, pero al menos era reconfortante decirle a la cara lo equivocado que estaba. Mostré los dientes y él sonrió, levantándose de detrás de su escritorio. —Ya me he decidido —dijo David, cogiendo el cuerno de unicornio—. En realidad no te necesito después de mañana, pero me complacerá mucho desangrarte y saber que mi hijo traidor sufrirá al sentirte morir.

El frío pavor me hizo sentir pesada y desesperanzada. —¡Cabron! —le espeté, forcejeando en la silla como si eso pudiera ayudarme en algo. Pero no fue así. Lo único que podía hacer era ver a David caminar a mi alrededor con el cuerno iridiscente y admirarlo cuando llegaba a la puerta.

—Llévala abajo. Quiero que reflexione sobre el sacrificio de su madre en las pocas horas que le quedan, mientras preparamos el atrio para el ritual. Ven, te enseñaré dónde guardarla —dijo David.

Kipling me arrancó de la silla y me arrastró por la mansión hasta el sótano, donde me habían encerrado antes. Sólo que esta vez no me llevaron a la cámara frigorífica donde Colt descuartizaba los cadáveres. David nos condujo al sótano, a una cámara frigorífica que se mantenía bajo cero, donde se almacenaba toda la comida de Dalesbloom y de los Inkscale. No me había dado cuenta de que habían almacenado tanta carne. Debían de haber estado cazando en exceso en las últimas semanas para mantener alimentados a los suyos. Eso explicaría por qué Grandbay y Eastpeak no habían tenido mucha suerte cazando. Pasaban hambre porque Dalesbloom y los dragones mataban todo lo que veían y lo acaparaban donde nadie pudiera encontrarlo.

El aire frío me rasgaba la piel y me ponía los pelos de punta. Me escocían los pies descalzos y

me estremecí al caminar por el suelo de cemento helado, sintiendo de inmediato que mi energía se agotaba no sólo por la gélida temperatura, sino por la envolvente presencia de la carne. La sangre fresca me resultaba intensamente venenosa, pero la carne podía ser igual de mala, pues dejaba al descubierto extensiones de músculo y hueso que deberían haber estado vivas. Ahora estaba muerta, con el proceso de descomposición -la antítesis de la fuente de magia de un unicornio, que era la vida y la curación- suspendido en el frío. Kipling se acercó sigilosamente hacia mí. El aire condensado se escapó de mis labios mientras le gruñía, pataleando en resistencia cuando me agarró y me levantó del suelo. —¡Suéltame! ¡Que te jodan! Imbécil, ¡espero que alguien de la Guardia de los Mitos te meta una bala en la cabeza!

Me ignoró.

Detrás de mí, David agarró dos pesadas cadenas que estaban enrolladas alrededor de una gruesa barra metálica que se extendía entre las paredes. Con los ganchos de los extremos de cada cadena, aseguró las cuerdas de nailon que me rodeaban las muñecas y luego puso un candado alrededor de los eslabones de ambas cadenas. Kipling me soltó y la gravedad me tiró bruscamente hacia abajo hasta dejarme colgando indefensa de las cadenas, con los pies colgando y el cuello dolorido.

—Dejemos que se enfríe un poco, ¿eh? —David soltó una risita y se volvió hacia el cadáver de un cerdo entero que había colgado boca abajo. Aún estaba fresco, probablemente lo habían matado el día anterior—. No quiero llevar este cuerno encima por si a alguien se le ocurre algo. Voy a dejarlo aquí abajo como recordatorio a Kiara de sus fracasos. Quizás, si demuestra ser lo suficientemente fuerte, encarnará la hipocresía que tanto ama y arrancará este cuerno de cuajo, como hicimos nosotros.

Las náuseas me inundaron al ver cómo David apuñalaba el abdomen del cerdo colgado con el cuerno, cortando carne y empalando órganos, hundiendo la mano en las vísceras hasta que hubo alojado el cuerno en lo más profundo de su cuerpo. Un cruel escondite a plena vista, pues sabía que tendría que envenenarme para recuperar el cuerno si lograba liberarme de las cadenas.

David abofeteó al cerdo y me dedicó una sonrisa malvada antes de hacer un gesto a Kipling para que le siguiera, con la mano manchada de carmesí. —Medita sobre tu destino, Kiara. Aún tendrás unas horas antes de que esté listo para ti.

Salieron de la habitación mientras yo les profería obscenidades. La puerta se cerró de golpe, encerrándome en la cámara frigorífica con mis gritos sofocados por las paredes heladas. Luché,

dando patadas al aire y sacudiendo el cuerpo mientras el tintineo de las cadenas me llenaba los oídos. La rabia y la angustia brotaron con tanta fuerza de mi interior que grité; mi voz resonó en los cadáveres y volvió a mí. David me había dejado congelada en esta habitación, rodeada de mi mayor debilidad. Mi bestia híbrida aullaba de hambre y dolor. Tenía muchas ganas de comer, pero el hedor de la carne me irritaba la garganta. Este era el peor lugar posible para mí.

Grité, rugí y forcejeé con las cadenas durante veinte minutos antes de que el cansancio se apoderara de mí. La escarcha se acumuló en mi piel desnuda mientras el calor de mi ira se rendía gradualmente al frío. Aun así, no permití que cayeran lágrimas. Una respiración desesperada y entrecortada se apoderó de mi cuerpo mientras me debilitaba, redirigiendo mi energía hacia esfuerzos mentales.

Tenía que encontrar una forma de salir de aquí. Cuanto más me quedaba, más débil me volvía, pero no iba a dejar que David tuviera la satisfacción de matarme. No si podía evitarlo.

Mi mirada se fijó en el cerdo donde David había metido el cuerno de mi madre. Pagaría caro esta ofensa enfermiza y retorcida. No era una persona sádica, pero quería hacerle sufrir por esto.

Capítulo 26

Colt

No recordaba haberme dormido, pero cuando me desperté sobresaltado en el sofá, aún no había salido el sol. La puerta principal se abrió de golpe y Everett habló en voz baja con alguien que entraba. Gavin seguía dormitando a mi lado, con Billie a su lado y Aislin en el otro extremo del sofá. Al inclinar el cuello, miré más allá del reposabrazos y vi entrar a unos hombres vestidos de negro, y entonces me encontré con los ojos de Everett.

—Los chicos de la Guardia de los Mitos están aquí —dijo—. Despierta a todos. Empezaremos a planear mientras el equipo de reconocimiento visita la mina.

Aislin ya estaba desplegando las extremidades y parpadeando para quitarse el sueño de los ojos, lo cual era bueno; no quería acercarme a ella. Sacudí suavemente el brazo de Gavin y luego me puse en pie mientras él y Billie se removían, mirando a la gente que entraba en el salón. Everett dio la bienvenida al enjambre de extraños a nuestro espacio, con aspecto concentrado y endurecido mientras el resto de nosotros nos hundíamos con el cansancio y las ojeras.

Tras un rápido desayuno, nos sentamos a la mesa cinco representantes de la Guardia de los Mitos. Otros cuatro patrullaban fuera, mientras que los seis restantes que habían sido enviados como refuerzo fueron a ver al resto de los compañeros de manada de Everett y Gavin, que se refugiaban en casa de la madre de Everett. El equipo de reconocimiento estaba formado por diez agentes más. Eso hacía veinticinco agentes de la Guardia de los Mitos en total, más nosotros cinco. Seguíamos en inferioridad numérica respecto a Dalesbloom y los Inkscales, pero pensamos que sólo necesitábamos eliminar a David y a Lothair para que la lucha llegara a su fin; era dudoso que sus seguidores siguieran luchando si sus líderes caían. Ciertamente contábamos con que su lealtad flaquearía una vez que David y Lothair se convirtieran en Lycans.

El plan consistía en que la Guardia de los Mitos se acercaría primero a la mina, armada con pistolas tranquilizantes, y atraería a la primera línea hacia el exterior o entraría en la mina, si fuera necesario. Como el ritual Lycan requería la exposición a la luz de la luna, teníamos que atacar antes del anochecer, ya que sospechábamos que mi padre estaría escondido en las profundidades de la mina hasta entonces. Los tranquilizantes dejarían inconsciente a la mayor

parte de la línea defensiva, y entonces nos adentraríamos en la mina, empleando fuerza letal si era necesario, hasta encontrarnos con David y Lothair. Los exterminaríamos y rescataríamos a Kiara. El plan era sencillo en teoría, pero en la ejecución ninguno de nosotros sabía cómo resultaría, y estábamos preparados para más muertes. Era un riesgo que debíamos correr para garantizar la seguridad de nuestro hogar. Yo estaba dispuesto a sacrificarme si eso significaba mantener a salvo a todos los demás.

A las 6 de la mañana, el equipo de reconocimiento llegó a la casa de Everett. —Hemos contado tres lobos y cuatro dragones patrullando las afueras de la mina de plata. Brad y Carla también han confirmado que el camión de David, que lleva el olor de Kiara, está aparcado en la mina, lo que nos lleva a creer que tanto David como Kiara están dentro —informó uno de los humanos de la Guardia de los Mitos.

Una hora más tarde, subimos a un par de furgonetas de la Guardia de los Mitos y nos dirigimos a la mina.

Todo el mundo estaba en silencio. Preveía que aquel sería el último día que vería a mi padre con vida, y estaba dispuesto a hacer lo que hubiera que hacer. Si eso significaba verle morir, que así fuera. Tenía los nervios a flor de piel y los oídos me zumbaban de anticipación. Un escalofrío se apoderó de mi cuerpo, pero no sospeché que se debiera a otra cosa que a mi nerviosismo, aunque era lo bastante intenso como para hacerme temblar. Apreté los puños sobre el regazo, pensando en los tres dardos de resina balsámica que llevaba en el bolsillo y que estaban destinados a Lothair.

Condujimos lo más cerca posible de la mina sin que nos detectaran, pero una vez aparcada la caravana, todos salimos en fila y nos deslizamos entre los árboles por la ladera de la montaña hasta el borde del pozo, nuestra presencia ya era conocida. Los siete cambiaformas de la patrulla nos esperaban, algunos ocultos tras las rocas, otros acechando en la oscuridad de la boca de la mina. Cuando uno de ellos cometió el error de exponer demasiado su brazo, uno de los francotiradores de la Guardia de los Mitos disparó. Dio en el blanco; el cambiaformas herido gritó y se tambaleó hacia el exterior, disparando una pistola en nuestra dirección. No nos dio y cayó al suelo, ya mareado por el tranquilizante.

En un abrir y cerrar de ojos, nuestros agentes de la Guardia de los Mitos salieron de sus escondites y los cambiaformas avanzaron hacia ellos. La lucha concluyó rápidamente: un humano de la Guardia de los Mitos yacía muerto en el suelo polvoriento, y todos los lobos -mis compañeros de manada- estaban inconscientes, al igual que todos los dragones menos uno. Ese

cambiaformas estaba tendido en el fondo del pozo con la columna rota, tras haber caído por un saliente rocoso.

Yo ya estaba sudando, y ni siquiera había entrado en combate. Algunos de los agentes de la Guardia de los Mitos se escabulleron en la mina mientras los demás esperábamos señales de nuevos enfrentamientos, pero sólo se hizo el silencio.

Un minuto después, nuestros chicos reaparecieron fuera. —No hay nadie ahí —dijo uno de ellos—. Está vacío.

—¿Qué? —gruñó Everett.

—Tienen que estar aquí —dijo Gavin, empujando hacia adelante.

—Las primeras habitaciones están despejadas —confirmó uno de los hombres.

Gavin se adentró en la oscuridad de la cueva. Le seguí, dándome cuenta rápidamente de que ni siquiera las linternas estaban encendidas en el interior. Everett irrumpió tras nosotros. —Deberíamos dejar que los agentes barran toda la mina antes de entrar —dijo.

—Si no hay un clan entero de dragones aquí para proteger a David, dudo que esté escondido en la parte de atrás —dijo Gavin.

—Tiene razón, Everett. Deben haber dejado algunos metamorfos atrás para dar la ilusión de que todavía estaban aquí —dije—. Pero todavía puedo oler a alguien, incluso a través de la plata. Creo que hay un olor fresco dentro.

Guie a Gavin y Everett por los túneles, adentrándonos en la mina. Billie y Aislin se quedaron atrás bajo la protección de la Guardia de los Mitos, pero los tres estábamos decididos a estar en primera línea para proteger a nuestras manadas y a nuestros compañeros si nos encontrábamos cara a cara con nuestros oponentes. Sentí una extraña solidaridad con Gavin y Everett. Todos teníamos el mismo objetivo, el mismo odio hacia los que habían sumido nuestro hogar en el caos.

Pero por muy preparados que estuviéramos para el enfrentamiento final, la mina estaba vacía de vida. Mi pequeño rincón en la caverna estaba intacto. La habitación donde se alojaba mi padre, con su mesa y su saco de dormir, y sus cajas ahora vacías, se había enfriado sin su presencia. A medida que nos acercábamos al túnel donde Muriel y las niñas habían permanecido prisioneras,

la única linterna encendida de la mina parpadeaba contra las paredes. Doblamos la esquina y simultáneamente nos tensamos al ver a alguien con forma humana, esperándonos.

Levantó la cabeza, el pelo rubio caía delante de sus ojos tristes y hundidos mientras acunaba a un bebé en brazos. Una cadena alrededor del tobillo lo mantenía anclado al suelo. —Has venido a matarme —dijo Lothair, con la voz quebrada por la derrota—. Que sea rápido, entonces.

Una terrible tristeza envolvía al dragón Alfa, pero no se reflejaba en su rostro, sólo en su postura y en la pesada atmósfera que lo rodeaba. No sabía lo que sentía por Lothair en aquel momento.

Gavin se lanzó hacia delante, dispuesto a hacer lo que le decían, pero se detuvo de repente cuando sus ojos se posaron en la niña. Everett y yo nos unimos rápidamente al lado de Gavin; allí vimos a la niña en brazos de Lothair, con los ojos cerrados, respirando suavemente en su manta, arrullada por la comodidad de un sueño reparador.

—Sigue viva —dije, incapaz de evitar que el alivio se apoderara de mi voz.

—Sí. Muriel utilizó lo último de su magia para curar a mi hija —respondió Lothair sin emoción. Miró a la niña, aparentemente desconectado de ella, como si fuera un objeto y no su amada hija—. Está perfectamente sana —Luego volvió a mirarnos—. Pero sospecho que no lo estará por mucho tiempo, bajo su custodia.

La ira impidió a Gavin decir nada.

Everett dirigió su atención a la cadena que rodeaba el tobillo de Lothair. —Te dejaron atrás. ¿Por qué?

Esta vez, Lothair dudó en hablar. Su mirada se aventuró más allá de nosotros.

Pero yo sabía la respuesta. —Te derrocaron.

Lothair frunció el ceño. —Sí. Mis Inkscales decidieron que estaba demasiado débil para seguir liderándolos.

—¿Hablas en serio? —se mofó Gavin.

—Lothair desapareció tras la muerte de Sibyelle —expliqué—. Evidentemente, los Inkscales no se tomaron bien su proceso de duelo.

—Cualquiera de vosotros habría hecho lo mismo si su pareja predestinada hubiera muerto ante sus propios ojos —dijo Lothair con amargura.

Probablemente tenía razón, al menos con respecto a Gavin. No sabía si Everett se habría aislado. Pero eso no importaba; lo que importaba era que los miembros de las manadas Grandbay y Eastpeak no habrían expulsado a sus alfas por llorar la muerte de sus compañeros. En eso se diferenciaban los lobos de los dragones.

—¿Es Kipling el Alfa ahora? —le pregunté.

—No —dijo Lothair—. Ese cachorro puede haber reunido a los dragones en mi contra, pero no sabe cómo liderar de ninguna manera. Han jurado lealtad a quien les ofreció la oportunidad de convertirse en Lycans junto a él. Los dragones de Inkscale ahora sirven a David Hexen.

Un gruñido retumbó en Gavin. —Bueno, eso demuestra la falta de decencia de los dragones allí mismo. No están haciendo esto por alguna razón honorable, por la libertad. ¡Sólo quieren carnicería!

—¡Mis dragones quieren libertad! —Lothair respondió—. Servirán a quien les dé lo que desean.

—Claro. Y por eso fue tan fácil para ti y tus dragones masacrar a mis padres, ¿verdad?

Lothair entrecerró los ojos. Su labio se curvó, dejando al descubierto una astilla de sus colmillos. —Nuestras prioridades nunca cambiaron. David nos prometió que conseguiría la libertad. Hacemos lo que tenemos que hacer.

En un arrebato de ira, Gavin cargó contra Lothair, le arrancó el bebé de los brazos y me lo entregó bruscamente. Luego agarró a Lothair por el cuello de la camisa y le propinó un puñetazo que derribó al dragón sobre su espalda. —Debería matarte a golpes aquí mismo —gruñó Gavin.

Tosiendo, Lothair nos miró a todos. Sus ojos miraron brevemente a su hija en mis brazos, luego se apartaron de ella para siempre y volvieron a fijarse en Gavin. —Soy el único que ve que David está llevando a mis dragones por el mal camino. Me he dado cuenta de que nunca alcanzaremos la libertad que queremos. Los dragones nunca serán libres para abrazar sus verdaderas formas; ese día nunca nos pertenecerá. David está utilizando a los Inkscales para ganar fuerza —dijo con voz ronca—. Siempre estuve dispuesto a darle la espalda a David. ¿Por qué crees que sugerí que él y su manada se escondieran aquí, en la mina de plata?

Everett agarró a Gavin del brazo y tiró de él hacia atrás, con la curiosidad despertada. —¿De qué estás hablando?

—Mis dragones usaban este lugar como escondite mucho antes de que Dalesbloom lo ocupara. He tenido dinamita de nitroglicerina escondida por todos los túneles, lista para ser activada en cualquier momento. Nunca iba a permitir que David se convirtiera en Lycan conmigo. Si había elegido quedarse aquí, entonces esta noche, mientras él y su manada se preparaban para el ritual, yo iba a derrumbar la mina de plata sobre ellos. Si el derrumbe no los mataba, el envenenamiento de plata lo haría. No tenían idea de que había nitroglicerina aquí. La plata les impedía olerla.

Mis ojos se abrieron de par en par. Todo este tiempo, Lothair había estado planeando matar a mi padre por nosotros. Y si yo no me hubiera separado de David, habría sido una de las víctimas junto con él. Todo este túnel había sido preparado para derrumbarse sobre Dalesbloom. No sabía si quería alabar el ingenio de Lothair o atacarlo. Al fin y al cabo, Dalesbloom seguía siendo mi manada; no toleraría más muertes innecesarias, ni siquiera de mis insensibles compañeros de manada. —¿Lo saben los otros dragones? —pregunté.

—No. Era el pequeño secreto de Sibyelle y mío —dijo Lothair—. Estoy seguro de que lo olieron, pero no habrían sabido lo que era. Lástima que mi trampa haya quedado inutilizada.

—¿Dónde están todos ahora? —preguntó Gavin.

—No lo sé —dijo Lothair—. Dondequiera que estén, puedo garantizar que realizarán el ritual Lycan esta noche. Sólo hay una razón por la que David puede volver a la mina: querrá matarme antes que los Inkscales, para afirmar su dominio como su Alfa. Me dejó vivo para poder hacerlo como Lycan, para demostrar su capacidad de mantener la cordura.

—¿Dónde está el detonador de la dinamita? —preguntó Everett.

El estoicismo del rostro de Lothair fue sustituido por una fina sonrisa de complicidad. —
Desátame las cadenas y me encargaré de que la mina se derrumbe cuando David venga a por mí.

Dejando a Lothair encadenado donde estaba, Gavin, Everett y yo volvimos a reunirnos con Billie y Aislin para compartir con ellos lo que habíamos aprendido. Nadie confiaba en el dragón, pero sabíamos que no iba a entregar el gatillo gratis. Cuando volvimos junto a él, Everett se adelantó con una gran roca en las manos y rompió el candado de la cadena de Lothair.

—Es la decisión más sabia que has tomado hasta ahora —dijo Lothair, levantándose

lentamente. Su atención se volvió hacia mí, que aún sostenía a la niña en la cadera—. Mantenla a salvo. Ya no tengo motivos para perseguirte a ti ni a ella. Mi clan ha desaparecido y mi compañera ha muerto. Dondequiera que vaya, seré un hombre buscado. Así que mantendré mi palabra mientras prometas proteger a mi hija.

Lothair podía engañarnos con la misma facilidad, pero ¿qué otra opción teníamos? Aplastar a David en la mina era sólo una solución entre muchas, pero no íbamos a renunciar a esta oportunidad. En realidad, no había nada que Lothair pudiera hacer para fastidiarnos aparte de no activar la dinamita; de todos modos, David estaría acorralado en la mina una vez que inevitablemente apareciera para matar a Lothair. Tras intercambiar miradas con Everett y Gavin, asentí.

La expresión de Lothair se suavizó. —He decidido su nombre —dijo—. Es Nefrit.

La niña se agitó y bostezó como si el anuncio de su nombre la hubiera despertado de un sueño.

—Será mejor que cumplas tu palabra —advirtió Gavin—. No me contendré la próxima vez.

Lothair no dijo nada. Se limitó a observar cómo nos retirábamos por el túnel con su hija, dejándole a la espera de su destino.

Capítulo 27

Kiara

Las horas en el frigorífico me habían dejado al borde de la hipotermia. Me castañeteaban los dientes y mis músculos temblaban sin parar. El dolor provocado por la exposición a toda la carne de la habitación me irradiaba. Sólo podía pensar en cómo entrar en calor, pero, con el cuerpo atado, no podía mover las manos ni los pies para generar calor ni cubrirme la piel desnuda. Unas cuantas veces pensé que David se había equivocado al dejarme aquí para que muriera congelada, y encontré una pequeña satisfacción en la idea de que viniera a buscarme sólo para encontrar un cadáver. Pero a medida que pasaban las horas, seguía viviendo. Por pura fuerza de voluntad o por simple desgracia, no lo sabía.

Cuando mi cuerpo se insensibilizó al frío y dejé de temblar, supe que mi estado se estaba deteriorando hasta un punto sin retorno. Cuando se produce la hipotermia, el cuerpo deja de sentir frío; de hecho, los vasos sanguíneos se dilatan y el cuerpo entra en calor. A medida que mis pensamientos se desviaban de mi situación hacia fantasiosas ensoñaciones, me di cuenta de que no me quedaba mucho tiempo. Tenía que concentrarme. Inspiré con fuerza, abrí los ojos y miré a mi alrededor. ¿Qué podía hacer?

Sacudir mi cuerpo sólo consiguió que me balanceara indefenso donde estaba colgado. Sin embargo, me habían dejado las piernas desatadas, lo que significaba que tal vez podría alcanzar algo. Con los pies descalzos, me estiré hacia el cadáver más cercano, balanceando el cuerpo hasta hacer contacto. La carne helada me picó en los dedos de los pies y perdí el agarre la primera vez. La segunda vez aguanté el dolor, inclinando el cuerpo lateralmente hasta que, milagrosamente, los ganchos de mis muñecas se soltaron y salieron disparados. Sin las cadenas que me sujetaban, caí al suelo al instante y me golpeé el hombro con un «uf».

La emoción de la libertad me devolvió la vida. Volví a estremecerme, rodé sobre las rodillas y evalué mi situación física. Aunque la mayor parte de mi piel se había oscurecido por el frío, las plantas de mis pies estaban rojas, casi como si se hubieran quemado con la carne. Lo siguiente que tenía que hacer era deshacer la cuerda que me rodeaba los brazos y el cuello.

Varios ventiladores empotrados contra la pared soplaban aire frío en la habitación. Sus aspas

giratorias eran los únicos objetos afilados que podía ver. Se me revolvió el estómago de incertidumbre ante la posibilidad de abirme en canal, pero no tenía otra opción. Me tambaleé hacia un ventilador que estaba a la altura del pecho en la pared, pero me di cuenta de que no sería capaz de arrancar la rejilla protectora, no con los pies descalzos. En lugar de eso, me contorsioné para intentar deslizar la cuerda entre las muñecas y el cuello hasta los barrotes metálicos de la rejilla, con cuidado de que no se me cayera el pelo. Las aspas del ventilador dieron un fuerte tirón y la cuerda quedó cortada por la mitad. Meforcé, apretando la piel contra la rejilla, intentando cortar el resto de la cuerda hasta que, por fin, mis esfuerzos dieron resultado. El nylon se rompió y me tambaleé hacia delante, inclinando la cabeza hacia abajo con alivio. Con cuidado, pasé las muñecas atadas por debajo de los pies hasta tener las manos delante. La cuerda estaba demasiado tensa para que pudiera liberarlas, pero al menos ahora podía usar las manos. Volví los ojos hacia el cadáver del cerdo donde estaba escondido el cuerno de mi madre.

—Que te jodan, David —murmuré entre dientes. Respirando hondo, me preparé para el dolor y hundí las manos en el cadáver, conteniendo un gemido mientras buscaba el cuerno entre las vísceras. No fue difícil encontrarlo, pero el proceso fue agonizante, abrasándome la piel con carne y sangre venenosas. Agarré el cuerno entre las palmas de las manos y lo arranqué, con la sangre roja y brillante untándome los brazos. El dolor era tan intenso que me hizo temblar.

Pero ya casi estaba libre. Me tambaleé hacia la puerta, agarré el claxon con una mano y tiré de la manilla con la otra. La puerta se abrió y me recibió una nube de aire ligeramente más cálido. Mis labios azules se abrieron de par en par ante la calidez mientras me tropezaba con las brillantes luces del pasillo del sótano, para darme cuenta de que no había estado sola en todo este tiempo.

Kipling estaba de pie, de espaldas a la puerta.

El enorme dragón guardián se volvió hacia mí, claramente sorprendido de que me hubiera bajado de las cadenas. Mi instinto fue atacar. Cuando se abalanzó sobre mis brazos, le clavé la afilada punta del cuerno de mi madre en el abdomen, hundiéndola profundamente entre las costillas. Los ojos de Kipling se abrieron de par en par cuando ambos miramos la sangrienta herida que le había hecho.

—Mierda —murmuró.

Sin la desventaja de haber estado congelado durante horas, Kipling fue más rápido que yo. Se apoyó contra la pared con un brazo y, con el otro, me agarró de la muñeca, sacó el cuerno de sí mismo y me lanzó hacia un lado. El cuerno cayó al suelo entre nosotros mientras yo me

estrellaba contra la otra pared. Luché contra el dolor para mantenerme en pie, pero la exposición colectiva a la carne y la sangre y las temperaturas bajo cero me estaban destrozando poco a poco. Respiraba con dificultad, pero no tenía fuerzas para moverme cuando lo único que necesitaba era pasar corriendo junto a él.

Las manos ensangrentadas de Kipling fueron de nuevo a por mis brazos. —¡Que alguien coja a David! —gritó a los dragones que custodiaban las escaleras del sótano.

Luché con todo lo que tenía, pero no fue suficiente.

Para cuando David bajó corriendo al sótano, Kipling me había dado un rodillazo en la espalda mientras yo me desplomaba indefensa en el suelo. El alfa de Dalesbloom rugió divertido y recogió el cuerno ensangrentado del suelo antes de agacharse frente a mí y agarrarme la barbilla. —Esperaba que me dieras una muestra de tu mal genio antes de que todo estuviera dicho y hecho. Es mucho más dulce aplastar la esperanza cuando se ha construido con tanto esfuerzo.

Le escupí.

David se burló y se levantó. —Ya podemos llevarla al atrio. Aún faltan siete horas para que empiece el ritual, pero me gustaría empezar pronto con su sufrimiento.

Cuando David se dio la vuelta, Kipling vaciló, con la mano sobre la profunda herida que le había hecho en el abdomen. Incliné la cabeza para mirar al guardia dragón. Me llamó la atención, con la boca tensa por el disgusto, y me pregunté si estaría reconsiderando su compromiso con David, a quien no parecía importarle que Kipling estuviera tan malherido. Finalmente me puso en pie y caminamos tras David. Yo seguía temblando, el frío me había calado hasta los huesos, mientras Kipling sangraba profusamente durante todo el trayecto por las escaleras.

Me arrastró por la mansión hasta un pasillo que iba en dirección opuesta al despacho y a la escalera que conducía al segundo piso. Nos adentramos en el ala este de la mansión, que, por la capa de polvo acumulada en las esquinas y paredes del pasillo, deduje que era poco frecuentada. Terminamos en una gran sala circular con paredes de cristal; era como un invernadero, lleno de una variedad de plantas vibrantes y de una luz solar dorada y resplandeciente. El suelo empedrado estaba lleno de suciedad, y el hedor de un estanque estancado hacía que el aire apestara a estiércol.

—El atrio —empezó David—, era la habitación favorita de mi mujer en la mansión. Después de su muerte, me dolía demasiado visitarla. A mis hijos nunca les interesó. Mantenía la habitación

cerrada con llave todo el tiempo, pero ahora, por fin le he encontrado un propósito de nuevo.

En el centro de la habitación había una mesa de madera y, junto a ella, entre la suciedad del suelo, un grifo de metal. Una vez más, me colocaron las muñecas a la espalda y ataron una nueva cuerda a la que tenía alrededor del cuello. Kipling me obligó a arrodillarme y me sujetó al grifo metálico. Después de eso, vaciló, su pérdida de sangre se intensificó.

—Véndate esa herida y diles a los demás que se alimenten. Te dará fuerzas para someterte al ritual Lycan —instruyó David.

Kipling asintió y salió de la habitación sin mirarme ni un segundo. En su lugar llegaron dos lobos, que se colocaron sobre mí para que no volviera a intentar escapar.

Realmente había creído que tenía una oportunidad de salir de allí cuando había escapado de la sala de hielo. Había pensado que podría coger el cuerno de mi madre y huir de vuelta al bosque, reunirme con Colt antes de que fuera demasiado tarde y evitar que se celebrara el ritual Lycan. Pero me había equivocado. Había hecho exactamente lo que David quería. Quería verme fracasar, ver cómo se desvanecía mi esperanza mientras me encadenaba y me obligaba a participar en el ritual. No quería que la derrota me afectara, pero después de todo lo que había pasado, luchando contra la hipotermia y los efectos del envenenamiento, me costaba seguir luchando.

Durante las siguientes siete horas, vi a David prepararse para el ritual Lycan.

Se me encogió el corazón cuando golpeó el cuerno de mi madre contra la mesa. Colocó los trozos rotos en un cuenco de piedra y los machacó con un mortero. Sobre la mesa había un arreglo de plantas y flores, todas recogidas para apaciguar a la diosa de la Luna. Los seguidores de David limpiaron la suciedad de las ventanas para que la luz pudiera entrar con claridad en la habitación.

De vez en cuando, David detenía sus preparativos para atormentarme. Primero, sostenía delante de mí un cuchillo de hoja de plata que yo sabía, incluso sin que me lo dijera, que había utilizado para arrancar el cuerno de la frente de mi madre y matarla; con ese cuchillo, me arrancó dos uñas de los dedos. Con cada una, apreté la mandíbula y me tragué el dolor, pero era cegador. Luego me rompió todos los dedos del pie izquierdo, uno a uno. Por último, me cortó el pelo y me arrancó varias muescas de la oreja derecha. Sabía que, con el tiempo y con suficientes transformaciones, estas heridas se curarían. Pero en aquel momento, con cada profanación de mi

cuerpo, perdía un poco más de mí misma.

Estaba segura de que David estaba disfrutando, sabiendo que no era sólo yo la que sufría, sino también su hijo.

Más tarde, cuando el sol había descendido más allá del horizonte y el cielo se había oscurecido, Kipling condujo a un cerdo vivo al atrio. Estaba sin camisa, con una venda alrededor de la cintura. David se había despojado de toda su ropa y permanecía desnudo junto a la mesa con un cuenco de mi sangre, que había recogido durante las últimas horas torturándome, así como una botella de cristal con agua y el cuenco de piedra lleno de cuerno de unicornio en polvo. La luna llena brillaba en lo alto, iluminando el atrio con una plata etérea.

David, Kipling y otros tres dragones estaban a mi alrededor: todos los destinatarios del ritual Lycan. Otros dragones de Inkscale y lobos de Dalesbloom, entre ellos Garrett, el beta de David, observaban desde sus formas humanas.

—Ahora comenzaremos el ritual —declaró David. Armado con la espada de plata, se arrodilló ante el cerdo y miró fijamente a la luna—. Diosa de la Luna Vana, escúchame ahora. Te pido tu bendición en esta noche con la ofrenda de una presa fresca. Te pido que nos concedas los poderes de la licantropía, que nos ofrezcas el máximo potencial del que son capaces nuestros cuerpos, la unión del poder del hombre y la bestia combinados. Hemos reunido tus hierbas favoritas y hemos cazado en tu nombre para que puedas alimentarte junto a nosotros esta noche y nutrirte con la magia que te ofrecemos. Bendícenos, Diosa de la Luna Vana, para que podamos llevar el poder a tu nombre.

De un manotazo, David degolló al cerdo, derramando la sangre sobre el suelo de piedra. El cerdo chilló, se sacudió y se volcó, gorgoteando mientras se ahogaba con su propia sangre.

David cerró los ojos e inspiró, sonriendo perversamente. Luego se levantó y se acercó a la mesa. —Ahora, conjuraré la poción que inducirá nuestro estado Lycan. Agua, bendecida por la Diosa de la Luna. Cuerno de unicornio, el conducto más puro de la magia. Y sangre fresca de unicornio, cuya magia curativa fortalecerá nuestros cuerpos durante la transformación.

Uno a uno, los ingredientes se mezclaron en el cuenco de cuerno de unicornio en polvo hasta producir una sustancia espesa, brillante y roja.

No podía dejar de temblar mientras veía a David administrar sorbos del brebaje a sus seguidores. A cada uno de los tres dragones, luego a Kipling y finalmente a sí mismo. Los productos sagrados de mi madre y míos habían sido tomados y utilizados por esos horribles hombres.

Ahora, el proceso irreversible comenzaría.

Los cinco se doblaron, gimiendo y gruñendo mientras la Diosa de la Luna bendecía sus cuerpos, legándoles la transformación licántropa. La cabeza de David se torció y sus ojos se clavaron en los míos, llenos de horror, mientras su cuerpo se contorsionaba.

Las paredes de cristal del atrio se hicieron añicos de repente.

Sobresaltada, miré hacia los árboles más allá del atrio y vi una horda de cuerpos materializarse en la oscuridad.

—¡Kiara! —escuché que gritaba una voz familiar, tensa por la misma agonía que yo sentía.

El corazón me dio un vuelco. Por fin estaba aquí, mi compañero predestinado. Pero... era demasiado tarde.

El ritual Lycan ya estaba completo.

Capítulo 28

Colt

Durante siete horas, habíamos deliberado sobre dónde podrían estar escondidos mi padre y los dragones. La mansión Hexen fue uno de los últimos lugares que comprobamos, simplemente porque parecía demasiado obvio, pero hacia las cuatro de la tarde, el equipo de reconocimiento confirmó la fuerte presencia de lobos y dragones allí. Concebimos un nuevo plan y, para evitar el riesgo de precipitarnos sin estar preparados, nos tomamos una hora para considerar detenidamente nuestro enfoque y todos los posibles resultados. Parte de nuestro equipo regresó a la mina para asegurarse de que Lothair seguía allí; ya habíamos entregado a su hija a las madres de Everett y Aislin para que la vigilaran. A las siete de la tarde, por fin estábamos listos para ir a la Mansión, pero sabiendo que se acercaba el anochecer, optamos por esperar hasta que las transformaciones de los Lycans estuvieran en marcha. Atacaríamos cuando sus cuerpos estuvieran cambiando, cuando fueran más vulnerables.

Todo el tiempo, estaba en tanta agonía que apenas podía pensar.

Kiara seguía viva; lo habría sentido si hubiera muerto. Pero estaba sufriendo, probablemente a manos de mi padre, y lo sentía en todas partes donde él le hacía daño. En las uñas de las manos, en los dedos de los pies, en la oreja. Cada dolor punzante me hacía odiar aún más a mi padre. Me quedaba sin fuerzas cuanto más tiempo pasaba, pero insistí en que quería participar en la redada. Billie quería estar a mi lado y juntos íbamos a matar a David. Luché contra la vertiginosa angustia y esperé entre los árboles, observando desde lejos cómo el cuerpo de mi padre se retorció y se sacudía, brotando pelo negro a través de una grotesca amalgama de humano y bestia.

Cargamos hacia delante, disparando contra las paredes de cristal del atrio. Nunca habría sospechado que esta sala en la que mi padre nos había prohibido entrar se convertiría en el lugar de su sacrilegio. Cuando el cristal se hizo añicos, los otros metamorfos de la sala saltaron a la acción mientras los cinco destinatarios del ritual se desplomaban al suelo en plena transformación. Cerca estaba mi compañera predestinada, irremediabilmente atada con cuerdas. —¡Kiara! —La llamé. Me lancé a la habitación a través de la ventana rota; mis compañeros de manada y los dragones nos encontraron de frente y, en un instante, la escena se convirtió en un

caos.

En cuanto estuve lo bastante cerca, lancé un dardo a uno de los dragones que se retorcían en el suelo. Reconocí el tatuaje con colmillos de su brazo: Kipling. Milagrosamente, el dardo se le clavó en el pecho y soltó un grito gutural y diabólico. Antes de que pudiera lanzar otro dardo, uno de mis compañeros de manada se abalanzó sobre mí y me tiró al suelo. Mis otros dos dardos salieron volando de mi bolsillo y se dispersaron mientras forcejeaba con mi compañera de manada en forma humana. No era nadie con quien hablara habitualmente, una chica joven que había sido arrastrada a la refriega, probablemente obligada a servir a los crueles objetivos de David por sus padres, que creían en él. No quería hacerle daño. Me la quité de encima y dejé que la Guardia de los Mitos se ocupara de ella mientras yo recogía mis dos dardos y me adentraba en el atrio. El cristal crujió bajo mis zapatillas cuando me enfrenté a otro compañero de manada, un hombre mayor. Me dio un puñetazo en la mandíbula y yo le pateé la rodilla, haciéndole caer al suelo.

—¿Qué haces, Colt? —me gruñó mientras intentaba ponerse en pie—. ¡Deberías estar luchando a nuestro lado, no contra nosotros!

Jadeé, agarrándolo de la camisa y obligándolo a permanecer en el suelo. —¡Esto está mal, y lo sabes!

—¡Es la única opción que tengo!

—¡No! Siempre tienes otra opción. Cuando te suelte, levántate y corre. Vete de aquí. Deja todo esto atrás, ¡o la Guardia de los Mitos te exterminará a ti también! —advertí.

A nuestro alrededor, la Guardia de los Mitos tranquilizaba o, si era necesario, mataba a los que luchaban contra nosotros. Ver caer a nuestros compañeros de manada y a los dragones fue suficiente para convencer al hombre de que se rindiera. Cuando lo solté, se puso en pie y huyó.

Los metamorfos que una vez se habían interpuesto entre mi prometida y yo estaban ahora enfrascados en una batalla, intentando proteger a David y a los demás que estaban sufriendo la transformación en Lycans. Kiara estaba sentada sin vigilancia, intentando desesperadamente liberarse de las cuerdas. Cuando mis ojos se posaron en ella, mi corazón dio un salto de alivio y luego de compasión al ver la sangre que la cubría. Corrí a su lado y la agarré por los brazos. Al principio se apartó de mí, pero luego me miró con un grito ahogado. —¡Colt!

—Kiara —repetí su nombre mientras la abrazaba. Me dolía todo el cuerpo reunirme con ella,

sentir su piel contra la mía, curarla de todo lo que había sufrido. Pero estábamos en medio de una batalla, así que le besé la mejilla y luego me aparté, mirándola con determinación—. Voy a sacarte de esta.

—Por favor, date prisa —dijo débilmente.

Ambos luchábamos contra su dolor. Esa era la desventaja del vínculo de la pareja predestinada: cuando uno de nosotros sufría, ambos lo hacíamos. Escudriñando la escena frenéticamente, vi el cuchillo de plata ensangrentado sobre la mesa, lo cogí y corté las cuerdas que ataban a Kiara. Ella se desplomó en el suelo, tratando de sostenerse ahora que sus miembros estaban libres. Cuando intenté ayudarla a levantarse, una larga cola en forma de látigo me golpeó la pierna y me derribó.

Me giré sobre mi espalda para ver un dragón listo para atacar. No era un Lycan; uno de los otros Inkscales había cambiado a su forma de bestia. Cuando el dragón saltó hacia mí, apoyé una mano en su garganta, impidiendo a duras penas que sus dientes chasqueantes me arañaran la cara. El corazón me latía con fuerza cuando le clavé un dardo en el cuello. El dragón chilló y retrocedió; la resina de bálsamo ya corría por sus venas, envenenando al monstruo. Salí de debajo de él y agarré la mano de Kiara. Mi primera prioridad era sacarla de aquí, pero mientras buscaba a alguien que la ayudara a escapar, descubrí que todos mis compañeros estaban envueltos en combate. Billie y Aislin estaban espalda contra espalda, cada una luchando contra un dragón. Everett estaba bloqueando los golpes de uno de mis compañeros de manada. Gavin y un humano de la Guardia de los Mitos se enfrentaban a uno de los nuevos Lycans. Sostuve a Kiara cerca de mí y decidí que yo mismo la sacaría de la refriega. —Quédate cerca, Kiara. Te pondré a salvo —prometí, buscando de nuevo sus ojos violetas.

En el momento en que establecí contacto visual con ella, un cuerpo se lanzó sobre Kiara, arrancándola de mis brazos.

—¡Kiara! —grité, aturdido.

La enorme criatura que se la había llevado se irguió y se giró para mirarme fijamente. Kiara estaba escondida bajo su brazo largo y malformado; tenía el cuello arqueado y me enseñaba los dientes desde unas fauces nudosas. Su cuerpo estaba cubierto de pelaje negro y sus ojos azules como relámpagos me penetraban hasta el alma, recordándome a mí mismo. La corpulenta bestia no parecía humana ni lupina, sino una horrible combinación de ambas: le faltaba pelaje por partes y tenía los músculos y las venas abultados. Incluso en esa forma, le reconocí: mi padre.

—¡No! —grité, abalanzándome sobre él—. ¡Déjala ir!

La horrible bestia rugió, esquivándose con facilidad. Aterricé en el suelo y rodé hasta ponerme en pie, tropezando tras ellos mientras mi padre sacaba a Kiara a través de las paredes de cristal rotas del atrio, en dirección a los árboles. Uno de los Lycans dragón me interceptó, con su deformada postura dracónica retorciéndose con violencia descerebrada. Alcancé mi último dardo, pero lo perdí. Presa del pánico, me quedé mirando las fauces abiertas de mi destino que se cernían sobre mí, y luego me estremecí cuando los disparos resonaron en el aire. Dos balas perforaron el cráneo del Lycan, que se desplomó.

—¡David tiene a Kiara! —grité a cualquiera que quisiera escuchar—. Se dirige hacia allí.
¡Tenemos que ir tras él!

La batalla ya se estaba diluyendo. La mitad del contingente de la Guardia de los Mitos estaba muerto o inconsciente. La mayoría de mis compañeros de manada estaban muertos o inconscientes, o habían huido; lo mismo ocurría con los dragones. Cuando los cambiaformas restantes se dieron cuenta de lo poco que había por lo que luchar, huyeron mientras todos dirigíamos nuestra atención hacia el camino que había tomado David.

No sabía adónde pensaba llevarla, sólo que seguiría a Kiara hasta el fin del mundo.

Capítulo 29

Kiara

Toda la situación se había desarrollado como una pesadilla. Apenas estaba consciente y no podía moverme por culpa de las cuerdas cuando la Guardia de los Mitos irrumpió en escena. La lucha simplemente me desconcertó y, de repente, Colt estaba a mi lado, liberándome. Durante unos fugaces segundos, pensé que por fin estaría a salvo. Mi compañero predestinado había venido a protegerme, como había prometido que haría. Iba a salvarme. Apenas conseguí sonreír, y entonces me arrancó de sus brazos.

Pero no sin antes agarrar cualquier parte de Colt que pudiera. Metí el dedo en su bolsillo y conseguí enganchar una especie de pluma. Me aferré a ella.

El monstruo que me atenazaba era el mismo que me había torturado horas antes. Había visto cómo el cuerpo de David se transformaba en una forma desconocida. A medio camino entre el ser humano y el lobo, se erguía sobre dos patas, encorvado, con el pelaje ondulándole por la columna vertebral y los brazos desgarrados con uñas largas y afiladas. Se me echó al hombro y echó a correr, alternando un sprint a dos patas y un galope a tres, despejando sin gracia el follaje que nos precedía. Las ramas me rozaban y me cortaban los brazos. La vista de la mansión se desvaneció rápidamente cuando desaparecimos en el bosque, dejándome a solas con el demonio gruñendo y gruñendo que era David. Incluso cuando el sonido de la batalla se desvaneció, el desconcertante silencio del bosque se rompió con el chasquido de las cortezas y los jadeos.

Me agarré a su pelaje, tratando de no lanzarme de su hombro. Si me soltaba, sabía que se daría la vuelta para atraparme de nuevo o, peor aún, atacarme con sus despiadados dientes. Así que me concentré en mantenerme pegada a él. —David —dije, luchando por mantenerme consciente—. ¿Adónde vamos? Por favor, no vayas a la ciudad. Esos inocentes no han hecho nada para merecer esto.

Pero David me ignoró, o tal vez me oyó y no registró lo que le decía. La locura de la forma Lycan estaba anulando cualquier sentido de la conciencia que tenía. Ahora era una criatura sin mente, que funcionaba a base de sed de sangre y hambre, destruyendo todo a su paso mientras corríamos por la noche. No tenía ni idea de en qué dirección íbamos. Sólo la luna llena que

entraba y salía de las copas de los árboles podía guiarme, pero no podía verla.

Detrás de nosotros, una voz hizo eco de mi nombre. Colt me estaba llamando, sin ser visto. Mis pulmones tartamudeaban de miedo, pero David siguió corriendo.

Durante treinta minutos, el ahora Lycan Alfa atravesó el bosque hasta que los árboles se hicieron más delgados y llegamos a las laderas de las montañas. El bosque se desvaneció y, a medida que el cielo se abría y revelaba estrellas parpadeantes y la lejana contaminación lumínica de Eastpeak, me di cuenta de que nos dirigíamos hacia el sur. La colina estéril que se acercaba al borde de la fosa me indicó exactamente adónde habíamos ido. David me había llevado hasta la mina de plata.

Las manchas de sangre que podía ver a la luz de la luna me advertían de que antes se había producido una pelea, pero no había cadáveres por ninguna parte. David entró en la mina y recorrió los túneles, ahora vacíos de sus anteriores habitantes, llevándome hasta la cámara más alejada, donde antes había estado prisionero. Estaba vacía. David hizo una pausa, evaluando la situación, y yo aproveché para impulsarme hacia delante en un intento de zafarme de sus brazos.

Aterricé con fuerza en el suelo.

David se limitó a dejarme caer, con la mirada fija en la habitación vacía. Una linterna encendida daba a entender que alguien había estado aquí antes.

Rodando sobre mis manos y rodillas, me levanté y escondí la pluma en mi bolsillo. —¿Por qué estamos aquí? —le pregunté a David.

El Lycan gruñó, olfateando por la habitación a pesar de que, sin duda, su sentido del olfato seguía mermado. No se molestó en volver a mirarme mientras buscaba lo que fuera que estuviera buscando: algo o alguien. Mientras estaba distraído, retrocedí con la esperanza de que fuera mi oportunidad de escabullirme, hasta que mi pie golpeó una piedra. David se enderezó y me clavó en el sitio con sus ojos azules y vacíos. Sus labios se curvaron en un gruñido.

Mi cuerpo se tensó, preparándose para luchar. Agarré la pluma y la apreté con fuerza, sin saber exactamente cómo podría ayudarme. Pero si Colt había venido armado con ella, entonces tenía que servir para algo.

David se acercó, erizado. Sus dedos con garras se flexionaron con anticipación. Entonces sus ojos me miraron.

—Pensé que habrías traído público —dijo alguien detrás de mí—. En vez de eso, has traído a la persona más inútil para los dos.

Me di la vuelta, con el estómago revuelto al ver a Lothair. El rubio parecía harapiento y cansado, con el cuerpo maltrecho. Imaginé que algún tipo de enfrentamiento lo había dejado abandonado en esta cueva. Me arrinconé contra la pared y miré entre él y David. —Si crees que voy a transformarme por ti, te estás engañando. No voy a dejar que uses mi cuerno para otro ritual —anuncié.

—Si hubiera querido utilizarte para un ritual, no habría dicho que eras inútil —respondió Lothair con indiferencia.

David gruñó, ignorándome para acercarse a Lothair. Inmediatamente consciente del peligro que representaba el Lycan, Lothair retrocedió también. —¿Dónde están los demás?

—No tiene sentido —dije—. Está fuera de sí.

—No, no lo es —Lothair entrecerró los ojos—. Sabe exactamente lo que hace.

Me costaba creerlo. David no había reconocido nada de lo que le había dicho. Si hubiera sabido lo que hacía, habría ido directamente a la ciudad más cercana para causar la mayor destrucción posible. O me habría matado a la primera oportunidad que hubiera tenido. Negué con la cabeza y retrocedí un paso antes de que David rugiera, saltara por encima de Lothair y de mí y entrara en el túnel. Se dio la vuelta y nos encaró, bloqueando nuestra única vía de escape con un destello de sus dientes.

El sudor frío se acumulaba en mi piel. La única forma de que esto acabara era que David nos matara a los dos.

—Estás esperando a que aparezca alguien, ¿verdad? —desafió Lothair.

Los labios de David transformaron un gruñido en una sonrisa enfermiza. Se irguió más, cambiando su deformе postura bestial por una más humana. Sus fauces se abrieron y un extraño gruñido animal se convirtió en palabras apenas coherentes. —Quiero... que lo vean.

La cadencia de su monstruosa voz me llenó de pavor. Las formas bestiales de los cambiaformas no podían hablar. Su anatomía física no lo permitía. Pero un Lycan seguía siendo medio humano, y la voz de David lo reflejaba, en parte primitiva y en parte inteligible. —¿Ver qué? —me atreví

a preguntar.

—Quiere testigos que miren mientras nos mata. Pero es un tonto. No hay dragones siguiéndote aquí. Si quisieras demostrar algo a alguien, ¡no me habrías dejado en esta mina! —gritó Lothair.

—¡Este... es... el... escenario... de... mi... conquista! —David rugió antes de estallar en carcajadas estruendosas.

—Deberías haberme encadenado con el híbrido en vez de perder el tiempo volviendo aquí, pero siempre te ha gustado el melodrama, ¿verdad, David? Quieres montar un espectáculo. Pensaste que probarías tu poder a los dragones, llevándolos de vuelta a esta mina donde una vez goberné y donde me dejaste encadenado, para poder matarme en mi propio dominio. Pero mira. Aquí no hay nadie que lo vea —argumentó Lothair.

David se acercó. —Sólo... espera...

—No —Lothair me agarró del brazo, manteniendo el contacto visual con David—. No te daré la satisfacción de matarme y demostrar nada, David. Entonces, Lothair me susurró rápidamente: —Tienes resina de bálsamo. Sé que la tienes. Puedo sentirla. Úsala conmigo.

La cabeza me daba vueltas. No supe de qué estaba hablando hasta que sus ojos miraron la pluma que tenía en la mano. Debía de ser por eso que Colt la tenía: ¡habían preparado las plumas como dardos, como armas para usar contra los dragones! En el momento exacto en que David se dio cuenta de lo que Lothair me estaba diciendo, Lothair ladeó la cabeza y expuso su cuello ante mí y, sin pensarlo, le clavé el dardo en la yugular.

El dragón gruñó de dolor mientras David saltaba en un intento lamentable de detenerme. El daño ya estaba hecho; me quité de en medio y David chocó con Lothair. Era mi oportunidad: ¡tenía que salir de aquí!

Mientras David se levantaba del suelo, yo me metí en el túnel, corriendo tan rápido como me permitían mis pies. Al oír a David arrastrándose por la mina tras de mí, reuní el último vestigio de mis fuerzas para huir. Pero sólo podía pensar en que Lothair se había sacrificado para darme la oportunidad de escapar. Nunca lo habría esperado, pero, al parecer, esos Alfas eran tan mezquinos que renunciarían a sus propias vidas sólo para joderse unos a otros.

—¡Vuelve... aquí! —David gruñó detrás de mí. Estaba tan cerca que podía sentir su aliento caliente sobre mí y oír el chirrido de sus pulmones malformados expulsando aire por la garganta.

La luz de la luna iluminaba la entrada de la mina. Estaba al borde de la libertad. De repente, un cuerpo apareció en la entrada, y mi vínculo predestinado me magnetizó hacia él. —¡Colt! —Nos había seguido hasta aquí. ¡Lo había conseguido!

—¡Kiara!

Una cacofonía explosiva sacudió la mina, haciéndome perder el equilibrio. David chocó con mí y me inmovilizó bajo sus enormes manos. De repente, un fuego cegador atravesó el túnel y el mundo se estremeció.

No tenía ni idea de lo que había pasado. Sólo sabía que todo estaba a punto de venirse abajo.

Capítulo 30

Colt

Lothair había tenido razón. Mi padre había vuelto a la mina de plata, con la intención de darle un escarmiento. Pero no iba a demostrar nada; sólo los llevaría a ambos a la muerte. Y si no llegaba lo bastante rápido, Kiara se uniría a ellos.

Mientras la Guardia de los Mitos se retiraba a sus vehículos, Gavin, Everett, Billie, Aislin y yo nos transformamos en lobos y seguimos el rastro de mi padre. Le dijimos a la Guardia de los Mitos que enviara a la mitad de sus agentes a la ciudad y a la otra mitad a la mina, basándonos en conjeturas sobre adónde iría David. Resultó que mi padre nos condujo de vuelta al pozo enclavado en las montañas. Corrimos tras él lo más deprisa posible, pero nos sacaba algo de distancia debido a nuestra lentitud para transformarnos; aun así, sólo llevábamos unos minutos de retraso. Su olor desapareció a medida que nos acercábamos a la mina, mientras que las huellas deformadas de sus enormes pies en el polvo prometían que estaba allí.

Volví a transformarme, recuperando mi forma humana y vistiéndome con la ropa que llevaba entre los dientes. Aislin, Everett y Gavin permanecieron como lobos, mientras que Billie se transformó en humana conmigo. Apenas había terminado mi transformación cuando oí que algo monstruoso se abría paso a través de la mina, esparciendo rocas y gruñendo en su feroz persecución. Al llegar a la entrada de la mina, vi cuerpos moviéndose en la oscuridad y reconocí a mi prometida corriendo hacia mí. Su voz gritó desesperadamente mi nombre. —¡Kiara! — grité, avanzando hacia ella incluso cuando la horrible forma de mi padre Lycan se materializó en la oscuridad.

Entonces, desde detrás de ellos, llegó un estallido al rojo vivo. Una luz cegadora inundó el túnel desde las profundidades, acompañada de una onda expansiva de calor abrasador que barrió los pies de Kiara y mi padre y me hizo caer hacia atrás. Caí al suelo con fuerza, desorientado por la explosión, olvidando por un momento que había sido planeada para explotar. Cuando volví a ponerme en pie, vi a mi padre apoyado sobre Kiara, con la mandíbula abierta apuntándole a la cara.

No pensé en otra cosa que en salvarla. Tenía que hacerlo. Incluso mientras la cueva traqueteaba y

las grietas rasgaban el techo, mientras las rocas y el polvo se desprendían desde arriba, corrí hacia Kiara. Me lancé sobre ellos, rodeé la cabeza de mi padre con los brazos y tiré de él hacia un lado, intentando apartarlo de ella mientras el techo empezaba a derrumbarse. Pesadas rocas se estrellaron contra la mina más abajo en el túnel. Al mismo tiempo, Billie se unió a mi lado, clavando sus dedos en los ojos de David. —¡Suéltala! —gritó.

—¡No vas a ganar esto! —gruñí a mi padre.

Rugió y se agitó hasta que una piedra le cayó en la pata trasera y se la rompió. Gavin y Aislin agarraron a Kiara por los hombros y la sacaron de debajo de mi padre. Everett agarró a Billie del brazo y la apartó de un tirón. Intenté retroceder, pero mi padre me agarró del brazo y me retuvo. La mina empezó a desmoronarse a nuestro alrededor. Le arañé la mano, tratando desesperadamente de liberarme, pero mi padre me aferraba como si yo fuera su última oportunidad de victoria.

—Colt... —se atragantó, intentando levantarse del suelo.

Más rocas se soltaron, aplastándolo bajo su pesado peso. Gruñó y siseó con sonidos salvajes, como nunca antes había oído. Sus garras se clavaron en mi piel, abriéndome en canal y negándose a soltarme. Quería enterrarnos vivos a los dos.

La entrada de la mina se hizo añicos, robando luz de luna con cada milisegundo. —¡No! ¡No me quedaré atrapada aquí contigo, papá! —grité, dándole una fuerte patada en la nariz. Eso fue suficiente para aflojar su agarre y poder liberarme—. He terminado contigo. Te mereces morir solo. No vas a hacer sufrir más a nadie.

Le miré por última vez. Mientras las rocas caían sobre él, clavándole en el suelo, mi padre me miró, finalmente impotente. En los últimos momentos de su vida, sabría lo que se siente al estar atrapado. Le devolví la mirada desafiante.

Tal vez pasé demasiado tiempo saboreando el hecho de que había recibido lo que se merecía.

Cuando me di la vuelta para escapar, el techo se rompió y cayó sobre mí. Apenas vislumbré la luz de la luna por última vez antes de que todo se oscureciera y una presión devastadora me sepultara.

El sonido de piedras raspando me devolvió la conciencia. Las voces se gritaban unas a otras órdenes: —Mueve esa piedra, levanta esa esquina y agárrale el brazo —Hice una mueca de dolor

cuando el dolor me invadió el cuerpo. Pero no era nada nuevo, sólo otra aburrida molestia en el gran esquema de las cosas... hasta que de repente fui consciente de lo que había pasado y de que seguía vivo. Estupefacta, vi cómo un grupo de humanos me sacaba de las rocas y me llevaba a un terreno llano, mientras aspiraba una bocanada de aire fresco.

Me tumbé boca arriba con los ojos cerrados, haciendo muecas de agonía. Alguien cayó de rodillas a mi lado, rodeándome con sus brazos y temblando contra mi pecho. —Colt... Volviste por mí...

Nuestro vínculo predestinado hacía imposible no reaccionar ante ella. Abrí los ojos y sólo pude ver a Kiara, cubierta de sangre, nimbada por la luz de la luna. Estaba más guapa que nunca. A pesar del cansancio, el polvo, la sangre y la suciedad, el pelo revuelto y los moratones, seguía siendo la criatura más perfecta que jamás había visto. Le sonreí y estiré la mano para tocarle la mejilla mientras sus manos se aferraban a mi camisa. La acerqué lo suficiente como para rozar su nariz con la mía y luego, con un alivio impresionante, le robé los labios en un largo beso.

Kiara se inclinó hacia mí, su gratitud eclipsando todo el dolor que ambos sentíamos. Cuando dejamos de besarnos para respirar, estaba medio riendo y medio llorando, tumbada encima de mí. —No puedo creer que los dos sigamos vivos. Tú estás aquí. Sobreviviste... Colt... ¡Lo logramos!

Me incorporé trabajosamente y la acuné en mis brazos, hundiendo la nariz en el pliegue de su cuello. En mi periferia, observé los escombros que se habían amontonado a la entrada de la mina, pero nada se movía. Nada podía haber sobrevivido a aquella explosión y a aquel derrumbe. —Te dije que iba a protegerte —murmuré, cerrando los ojos de nuevo y hundiéndome en el calor del abrazo de mi compañera predestinada—. Siento mucho que te hicieran daño, pero mi padre ya está muerto. No volverá a hacerte daño, ni a ti ni a nadie. Y si me dejas, te protegeré el resto de mi vida de monstruos como él. Te lo prometo, Kiara.

Kiara lloriqueó y se derritió en mis brazos, asintiendo. —Sé que lo harás. Confío en ti, Colt. Me has salvado la vida. Me alegro mucho de que estés vivo.

Apenas podía creer que lo estuviera. Por lo que yo sabía, esto podría haber sido el sueño de mi fugaz conciencia. Podría haber sido lo último en lo que pensé antes de que las rocas me aplastaran hasta la muerte. Pero tenía la sensación de que aquello era muy real. La intensidad del amor y la alegría en mi interior me decían que lo era.

No recordaba gran cosa del resto de la noche. Nos metieron a Kiara y a mí en una furgoneta y nos llevaron a casa de Everett, donde nos curaron las heridas. Luego, nos dejaron solos para dormir, compartiendo la cama en una de sus habitaciones de invitados. No volví a despertarme hasta la mañana siguiente, con el peso del brazo de Kiara sobre mi pecho.

Parpadeé para quitarme el sueño de los ojos, giré la cabeza y la miré. La luz del sol brillaba en su corto cabello plateado salpicado de castaño. Su espalda subía y bajaba suavemente con respiraciones tranquilas mientras seguía dormida. No quería molestarla, así que durante otra hora me quedé tumbado con ella y la observé, maravillándome de lo afortunado que era de estar aquí con ella. Los dos estábamos vivos. Aunque mi cuerpo dolía y el suyo estaba destrozado, y ambos habíamos sufrido una pérdida tan inmensa, estábamos juntos. Mi padre había muerto, y lo más probable era que Lothair también. Su reino de terror había terminado. Por fin podíamos descansar.

Una pequeña y aguda inhalación fue la precursora del despertar de Kiara. Arrugó la cara en respuesta a sus dolores subyacentes, luego abrió los ojos y me miró. Sonriendo, esperé pacientemente a que se diera cuenta de la escena. Me devolvió la sonrisa y, una vez más, quedé impresionado por su belleza.

—Buenos días —dije suavemente. Nunca había podido decirle eso a alguien así, en el momento en que se despertaba—. ¿Cómo te sientes?

La sonrisa de Kiara vaciló, pero antes de decir nada, arqueó el cuello y me besó la mejilla. —Me siento como si me hubiera atropellado un camión —respondió, riendo en voz baja.

Me reí con ella. —Yo también.

—Hmm. Me pregunto por qué.

Probablemente compartiríamos estos dolores durante un tiempo. No quise presionarla con su magia curativa, sabiendo que ya estaba debilitada por todo lo que había pasado. Estaba bien; ahora teníamos todo el tiempo del mundo para recuperarnos. —Estoy tan contenta de haberme despertado a tu lado —admití.

Los dedos de Kiara recorrieron distraídamente la línea de mi mandíbula. —Me alegro de que esto no acabara de otra manera.

—Podría quedarme aquí para siempre contigo.

Volvió a sonreír, con un brillo en sus ojos violetas que expresaba una alegría sincera que nunca antes había visto. Lo llevaba muy bien. Quería que tuviera ese aspecto el resto de su vida. — Finjamos estar dormidos las próximas horas para que nadie nos moleste —sugirió Kiara.

—Puedo hacerlo —Sinceramente, no quería hablar con nadie más.

Nos tumbamos juntos, abrazados, durante largos y tranquilos minutos, compartiendo tiernos besos y caricias. Las yemas de sus dedos exploraban bajo mi camisa y me acariciaban el vello del pecho o me recorrían las caderas. La puse encima de mí y, aunque a los dos nos seguía doliendo, el dolor se atenuaba cuando estábamos tan juntos. Durante esos dulces momentos, nos olvidamos de todo lo que habíamos perdido en los dos últimos días y nos refugiamos en nuestra cercanía.

Volví a pensar que esto debía de ser un sueño. Los besos de Kiara eran demasiado buenos para ser verdad.

Luego se rio por lo bajo y dijo: —Colt, lo he decidido. Quiero ser tu compañera —y me pellizqué, esperando despertarme.

Pero no lo hice. Estaba despierto y vivo, tumbado aquí debajo de Kiara.

—Márcame —susurró.

Yo deliraba. Apretamos los dientes contra el cuello del otro e iniciamos un ritual propio. Nuestros cuerpos estaban preparados para entrelazarse eternamente. Sin embargo, ya habían estado tan poderosamente conectados que el ritual de marcado no nos hizo sentir diferentes.

Sólo que ahora, no tenía ninguna duda de que Kiara sería mía para siempre.

Capítulo 31

Kiara

En las semanas siguientes al ritual Lycan, la zona de Gunnison cayó en la somnolienta tranquilidad de la recuperación. Las secuelas habían dejado a las tres manadas destrozadas, su número reducido a la mitad y cualquier sensación de seguridad hecha añicos. Incluso con la partida de Lothair y los dragones, la incertidumbre sobre el destino de las manadas hizo que muchos lobos se preguntaran si valía la pena permanecer en el hogar que siempre habían conocido cuando se había contaminado con tanta muerte y pérdida.

La Guardia de los Mitos limpió el desastre que había dejado David. Tuvimos suerte de que no llegara a la ciudad ni atacara a ningún humano, pero aún quedaban muchos metamorfos cuyas muertes había que explicar a sus amigos y familiares humanos. Se celebró un funeral por Sebastian Hicks y los otros operativos humanos que habían perecido en los intentos de exterminio, y luego cada manada celebró su propio funeral por los que habían sido asesinados en los últimos dos meses. Con la llegada de octubre, el frío otoñal hizo que el ambiente se volviera gris y miserable, y el ánimo solemne se apoderó de todos y cada uno de nosotros. Era difícil sentir alivio cuando todos teníamos a alguien a quien llorar.

Dalesbloom se desmoronó tras la muerte de David. Garrett, su Beta, había muerto la noche del ritual, sin dejar ningún líder en su lugar. Colt consideró la posibilidad de abandonar la zona de Gunnison. Sugirió que nos mudáramos a una gran ciudad e intentáramos construir una nueva vida allí, dejando atrás el legado de su padre. Aunque estaba dispuesto a ir a cualquier parte con él, Gavin y Everett le imploraron que lo reconsiderara. Los dos Alfas insistieron en que siempre había habido tres manadas en la zona de Gunnison, una manada por cada ciudad, por lo que el territorio podía protegerse por igual entre ellas. Si Colt no se quedaba, no sabían si podrían confiar en quien se hiciera cargo de Dalesbloom. Billie tampoco quería que se fuera, era su hermano, independientemente de lo que hubiera pasado entre ellos. Eran familia y aún se necesitaban. Al final, Colt desechó la idea de mudarse, al menos por el momento.

En una tarde oscura y lluviosa, Colt y yo estábamos limpiando la mansión Hexen. David se la había dejado, pero Colt aún no había decidido qué hacer con ella. Fuimos habitación por habitación y organizamos lo que había, purgando todo lo que no necesitábamos, rebuscando

entre los documentos de su padre para hacernos una mejor idea de los negocios en los que estaba metido y de lo que podríamos encontrarnos tras su muerte. Junto con la mansión, Colt heredó todas las deudas pendientes de David y los arreglos para los productos ilícitos que circulaban por las ciudades. No sabía cómo iba a pagarlo todo, excepto posiblemente vendiendo la Mansión. No tenía ningún problema con eso. Los únicos recuerdos que tenía de aquella casa premonitoria eran los de haber sido secuestrada y mantenida como rehén en su interior.

Llevábamos toda la tarde trabajando en el estudio de David, metiendo cosas en cajas, cuando Colt se levantó y suspiró. —Llevamos horas con esto —dijo—. Creo que necesito un descanso.

Sentada en la silla de David, miré a Colt a través del escritorio. Tenía mejor aspecto últimamente. Más sano. Colt llevaba el pelo cortado al estilo de la Ivy League, pero hoy se lo había dejado un poco al azar, con mechones de pelo negro desordenados que resultaban mucho más atractivos que cuando se lo peinaba para un día en la oficina. Sus ojos azules parecían más brillantes tras las gafas de montura oscura que llevaba con más frecuencia. A pesar de la delgadez de su cuerpo, la definición muscular de sus brazos era difícil de ignorar, y su pecho se estaba ensanchando a medida que redoblaba su régimen de ejercicio. Unos simples vaqueros azules y una camiseta negra le hacían parecer tan intelectual como atractivo. Me sorprendió mirándole y me dedicó una sonrisa encantadora.

Me entraron mariposas en el estómago. Era tan fácil sentir que me enamoraba de él una y otra vez.

—Parece que estás pensando en algo —dijo Colt, plantando las manos sobre el escritorio—. ¿Qué es?

Me distrajo brevemente el atractivo rugoso de sus nudillos y luego la cicatriz que cruzaba el puente de su nariz. Me recliné en la silla, me pasé los dedos por el pelo, me quité la coleta y la reconstruí, ya que mi pelo corto estaba a punto de volver a crecer. —Justo lo que preferiría estar haciendo en lugar de revisar el aburrido papeleo de tu padre.

—¿Y qué es eso?

Le dediqué una pequeña sonrisa y apoyé la barbilla en la palma de la mano. Si de verdad quería saber lo que pensaba, podía sondear la conexión telepática de nuestro vínculo marcado, pero sabía que sólo estaba siendo tímido. —¿Por qué no te acercas a este lado del escritorio y lo averiguas?

Colt no perdió el tiempo. Se puso encima de mí y agachó el cuello para darme un largo beso. Deslizó la mano por mi costado y bajó por el muslo, animándome a ponerme de pie, pero sólo para poder acercarme al escritorio. Me separó las piernas, se acurrucó entre mis muslos y me subió el culo al escritorio, apretándome todo lo que pudo hasta que lo sentí abultado contra mi ingle. Era habitual que nos distrajáramos con el cuerpo del otro, sobre todo cuando estábamos solos en la mansión. Pero aún no habíamos tenido sexo. Todo este tiempo, simplemente nos habíamos estado conociendo, pero hoy, lo deseaba de una manera que nunca antes lo había deseado.

Mientras me colmaba el cuello de besos, metí una mano bajo su camisa y utilicé la otra para jugar con la hebilla de su cinturón, bajarle la cremallera de los vaqueros y acariciarle la erección oculta en los calzoncillos. Gimió contra mi cuello y se agitó contra mi mano, pidiendo más. Cuando tomé la longitud de su polla con la palma de la mano, me atrapó con los labios y me empujó contra el escritorio, tirando todo lo que había sobre él en el proceso. La respiración de Colt se hizo cada vez más agitada mientras se introducía en mi mano, para luego deslizar sus dedos entre mis labios vaginales, frotándome por fuera de los leggings. La excitación se apoderó de mi cuerpo y ansiaba sentir más. —Quítame la ropa —murmuré entre besos.

Colt me quitó obedientemente los leggings, llevándose el tanga con ellos. Me senté y me quité la blusa mientras él se despojaba de los vaqueros y la camiseta; luego, me impidió quitarme el sujetador y prefirió hacerlo él mientras me besaba en el cuello. En cuestión de segundos, los dos estábamos desnudos y tumbados sobre el escritorio de su padre, disfrutando del calor del contacto piel con piel. Al sentir su cabeza entre mis labios, me estremecí, ya tan mojada que le habría resultado fácil penetrarme.

Pero no lo hizo. Sabía que debía tener cuidado y respetar mis límites, aunque la sensación de su polla desliziéndose por mi clítoris me embriagaba de éxtasis. Por fin me quebré. —Te quiero dentro de mí.

Las palabras por sí solas despertaron suficiente gratificación en mi compañero como para hacerle gemir. Me agarró por el culo y tiró de mí para acercarme, colocándose en posición para penetrarme. —¿Estás segura?

—Sí. Necesito sentirte —respiré.

—¿Estás cómodo?

—Por supuesto que sí.

—No, quiero decir... —Colt hizo una pausa, deslizando su mano por la parte baja de mi espalda para apoyarme—. ¿En el escritorio?

Me reí. El escritorio no era muy cómodo, pero no importaba. No quería arruinar el momento corriendo a la cama más cercana. —Está bien, Colt. Te quiero ahora.

—Yo también te deseo —Con mi permiso para proceder, Colt se arqueó sobre mí, observando la reacción visceral de mi cuerpo mientras empujaba dentro de mí. La sensación de su miembro penetrando en mi calor era vertiginosa, de repente ejerciendo presión en mis puntos sensibles y encendiendo el placer por cada centímetro de mí. Mis entrañas ardían en deseos de absorberlo por completo. Con empujones cautelosos, Colt me fue llenando poco a poco y luego jadeó por encima de mí, mirándome a los ojos con una entonación ronca. —Tu apretado coño está para morir.

—Casi te mueres por él —dije entre risas, apretando las piernas alrededor de sus caderas y atrayéndolo hacia mí. Colt cogió un ritmo constante, meciéndome en el escritorio lenta y tiernamente al principio, permitiéndome tomarme mi tiempo para experimentarlo. Nos dimos besos largos y apasionados, apenas pausados para respirar antes de volver a entrelazar nuestras lenguas. A medida que aumentaba el calor entre nosotros, Colt aceleró el ritmo hasta que empezó a golpear con fuerza entre mis muslos, apagando todas las sensaciones excepto las de nuestros nervios estimulados eróticamente. No esperaba que la satisfacción fuera tan poderosa, pero con cada embestida, mi cuerpo se sentía más tenso y caliente, mis entrañas enroscándose en anticipación de la culminación. Y cuando por fin llegó, el éxtasis fue cegador. Mi cuerpo se tensó y luego se volvió fluido y cálido desde el centro hasta las extremidades, hormigueando y zumbando de placer. Mis músculos apretaron a Colt hasta el orgasmo y él profirió un gemido largo y tembloroso mientras se liberaba dentro de mí.

Cuando terminó, los dos nos quedamos sin aliento y sudorosos, con los cuerpos relucientes. Colt seguía encima de mí, besándome lentamente y sin querer separarse. Aunque sólo estaba tumbada debajo de él, mi cuerpo se sentía agotado, el placer había drenado toda mi energía. —Ha sido increíble —le dije.

Sus hombros temblaron con una risita. —Te daré eso todos los días del resto de tu vida.

—Sí, por favor.

Le pasé los dedos por el pelo e incliné la cabeza hacia atrás para volver a mirarle a los ojos. La sonrisa borrosa de su rostro me mostró el aspecto que podía tener Colt sin preocupaciones ni traumas que asolaran su corazón. Esa felicidad despreocupada era lo que yo también quería para él el resto de su vida.

Pero su expresión se desvaneció después de un momento, volviendo a la seriedad que recordaba a las últimas semanas. —Kiara, si me quedo aquí, lo más probable es que tenga que convertirme en el Alfa. ¿Estás preparada para eso?

Era algo en lo que había pensado mucho. —Te apoyaré decidas lo que decidas. ¿Estás preparada para ello?

—No sé si alguna vez estaré preparada. Pero Gavin y Everett quieren que lo haga, y confío en que ellos... no sé, me den indicaciones, al menos.

—Quieren restaurar las alianzas entre vuestras manadas. Por supuesto que ayudarán.

—Sí. Pero si me convierto en Alfa, contigo como compañera... nunca más podrás vivir tu vida en secreto. Todos sabrán que eres parte unicornio.

Yo también había pensado mucho en eso. —¿Crees que mi vida podría estar en peligro?

—Siempre habrá peligro. Te protegeré como prometí que haría. ¿Pero estás dispuesta a correr ese riesgo?

Pasé mi mano por la nuca de Colt, apretando mi frente contra la suya. —No soy sólo un unicornio, ¿sabes? También soy un lobo. Cualquiera que intente meterse conmigo se llevará los dientes.

—Es verdad. A veces olvido lo asustadizo que puedes ser.

—Necesitas que te lo recuerden —Apreté su labio entre mis dientes y lo mordí suavemente.

Nos estiramos sobre el escritorio, riéndonos y mordisqueándonos antes de sumergirnos en otra apasionada sesión de sexo. Nunca habría imaginado que estábamos hechos el uno para el otro. La Diosa del Cielo nos declaró una pareja hecha en el cielo.

Capítulo 32

Colt

A mediados de octubre, había reunido a todos los lobos de Dalesbloom que habían decidido quedarse. No eran muchos. Lo que solía ser una manada de cuarenta se había reducido a unos diez, incluidos Kiara y yo. La mayoría de los lobos habían sido capturados y reubicados por la Guardia de los Mitos, habían muerto o habían huido. Lo mismo ocurría con los Inkscales, salvo que no quedaba ninguno. Lo más preocupante era que Kipling había desaparecido después del ritual. No quedaban dragones en nuestro hogar, sólo los restos de mi otrora gran manada. Pero volveríamos a ser grandes, junto a Grandbay y Eastpeak, y nuestras manadas florecerían. Sólo tomaría tiempo.

El sol brillaba en una clara mañana de sábado cuando mi manada se reunió en el patio detrás de la mansión Hexen. El bosque circundante se había teñido de vibrantes tonos anaranjados y amarillos con el avance del otoño, y la hierba bajo nuestros pies era quebradiza. Los cuervos revoloteaban entre las ramas y graznaban a lo lejos mientras una suave brisa arrastraba una mezcla de nuestros olores por el patio. No sólo los nuestros, sino también los de nuestros vecinos. Gavin y Billie estaban a un lado con sus compañeros de manada, mientras que Everett y Aislin estaban al otro con los suyos. Kiara y yo estábamos a la cabeza de la reunión, mirando a nuestros ocho compañeros de manada. Las tres manadas estaban aquí para la declaración oficial de mi reclamo a Dalesbloom.

Respiré hondo y los miré a los ojos uno por uno. —Gracias a todos por reuniros hoy aquí. Todos y cada uno de vosotros formaréis los cimientos de un nuevo Dalesbloom, con ambiciones más brillantes, objetivos benévolos y humanos, y la búsqueda proactiva de una integración sana y equilibrada de nuestra existencia como metamorfos entre humanos —empecé. Era crucial hacerles saber que las cosas iban a ser diferentes ahora conmigo al mando. No iba a seguir los pasos de mi cruel padre—. En esta nueva era de Dalesbloom, no buscamos el poder sobre nuestros contemporáneos. No permitiremos que nuestros vecinos y amigos sufran si vemos fortuna. Dalesbloom, Grandbay y Eastpeak son iguales y, como tales, trabajaremos para elevarnos mutuamente en lugar de utilizarnos unos a otros para nuestro beneficio personal. Nos uniremos contra las amenazas y nos veremos prosperar mutuamente.

Sonreí con confianza al alfa de Grandbay y luego al de Eastpeak, segura de la fortaleza de nuestra alianza tras las pruebas que habíamos pasado todos juntos.

—Dalesbloom verá algunos cambios críticos en el futuro. Por mutuo acuerdo de todos los compañeros de manada presentes, venderemos Hexen Manor y, con los fondos de la venta, compraremos el bloque de apartamentos del 102 de Main Street. Este edificio se convertirá en la nueva base centralizada de las operaciones de nuestra manada, y cualquiera que desee poseer una suite en el edificio será más que bienvenido. Comenzaremos una tradición mensual de cazar junto a nuestros vecinos de Grandbay y Eastpeak, y cada dos semanas, los Alfes llevarán a cabo una reunión, cuyo lugar rotará entre nuestras tres ciudades. En cada luna llena, realizaremos una ceremonia de canto en honor a las vidas perdidas durante el descenso a la locura de David Hexen. Y, finalmente, en una ruptura de la tradición, la pareja de cada Alfa será vista como igual en poder a su Alfa. Gavin Steele y Billie Steele lideran Grandbay. Everett March y Aislin Mundy lideran Eastpeak. Y yo, Colt Hexen, lidero Dalesbloom junto a mi compañera, Kiara Vale. Nuestra unidad y amistad verán un largo y exitoso reinado sobre los pueblos del Bosque Nacional Gunnison.

La multitud prorrumpe abruptamente en aplausos, vitoreando esta declaración de prosperidad prometida. Las tres manadas se unieron a la triunfal ovación. Nuestra forma de vida estaba a punto de cambiar irrevocablemente para mejor, y todos lucharíamos para defenderla de cualquiera que intentara derrocarlos. Estaba decidido a liderar mi manada mejor de lo que mi padre lo había hecho antes que yo.

Esa noche, nuestras manadas se reunieron para celebrar nuestra alianza. Se colocaron mesas con comida y bebida, se encendió una gran hoguera en el patio y nos sentamos, hablamos y reímos unos con otros, deleitándonos con la abundancia de nuestra amistad. Disfrutamos de nuestra compañía como amigos y, por primera vez, sentí que era realmente igual a Gavin y Everett, que me respetaban.

Kiara sostenía una copa de vino y estaba de pie junto a Billie y Aislin, charlando amigablemente con las mujeres que se habían convertido en sus amigas tras la muerte de su madre. Me admiraba que estuviera dispuesta a dejarlas entrar en su vida, honrando el afecto que su madre les profesaba. Mientras bebía una cerveza, me acerqué a Kiara por detrás y le pasé la mano por la cintura. Las risas de las chicas se convirtieron en sonrisas silenciosas cuando me saludaron. — ¿Interrumpo algo?

—No, sólo estábamos haciendo apuestas sobre cuál de nuestros fornidos compañeros alfa nos

llenaría primero de bebés —se rio Aislin.

—Oh, bueno, supongo que ya estoy descalificado. Me queda mucho para estar tan fornido como Gavin y Everett —me reí.

Todos miramos al otro lado del patio, donde Gavin y Everett estaban jugando una partida de beer pong con sus compañeros de manada.

—Lo estás consiguiendo, cariño —dijo Kiara cariñosamente, dándome una palmada en el abultado bíceps—. Ooh. Qué sexy.

Me flexioné sólo para ella. —Entonces, ¿quién tiene más probabilidades de ser bombeado lleno de bebés?

Aislin se apresuró a responder. —Billie —Obviamente. No creerías lo mucho que ella y Gavin f...

—Ew —interrumpí mientras las mejillas de Billie se sonrojaban—. Estás hablando de mi hermana.

Billie empujó a Aislin en el brazo. —Ten un poco de discreción —dijo, riéndose por lo bajo.

—Da igual —Aislin puso los ojos en blanco—. No puedes negar que los tres alfas se lo montan a menudo —dijo, señalándome a mí y luego gesticulando hacia Everett y Gavin, que rugían de victoria al ganar su partida.

—Bueno, ya sé que Colt va a ser un gran padre —ronroneó Kiara—. Deberías haber visto cómo mimaba a ese bebé dragón —Me miró con total adoración. En aquel momento, no había pensado en cómo me sentiría yo cuidando tanto del bebé. Supongo que a Kiara le habría hecho un poco de cosquillas.

—¿Nefrit? ¿Qué decidió hacer la Guardia de los Mitos con ella? —preguntó Billie.

—Actualmente está en acogida por un agente de la Guardia de los Mitos —dije—, pero Kiara y yo hemos iniciado el proceso de solicitud para adoptarla. Claro que es una dragona, pero ambas sentimos debilidad por ella. Creemos que podríamos educarla bien, inculcarle una moral adecuada, de una forma que Lothair no habría podido. Queremos que sepa que, como dragón, no tiene que ser oprimida. Aún puede vivir una vida libre y no tener que esconderse en la noche. Y tal vez a partir de ahí, pueda predicar con el ejemplo.

—Es muy generoso de tu parte —dijo Aislin—. Espero que funcione.

No estaba segura de si Aislin estaba siendo sincera, pero supe por el asentimiento entusiasta de Billie que al menos mi hermana esperaba de verdad que la solicitud saliera adelante. —Le darías una vida maravillosa —dijo Billie.

—Sí —estuvo de acuerdo Kiara—, y creo que nos daría a ambas un cierre tener a Nefert con nosotras.

Al poco rato, Gavin y Everett se unieron a nosotros, cada uno con una cerveza en la mano: Gavin, ruidoso y alborotado por la embriaguez, y Everett, extrañamente sonriente. Los seis nos aventuramos en una conversación diferente, riéndonos unos de otros y haciendo nuevas bromas que formarían los poderosos lazos de nuestra amistad durante mucho tiempo.

Esta era mi gente. Mis amigos y mi familia, a quienes amaría mientras viviera. Y yo, Colt Hexen, Alfa de Dalesbloom, trabajaría duro para protegerlos a ellos y a esta nueva vida que habíamos construido. Por primera vez en mucho tiempo, era feliz. Todos pertenecíamos juntos, y todos lo veíamos.

Unidos por la sangre y el amor, nada nos separaría.